Margarita Karapanou

El sonámbulo

Traducción de Julia Osuna

LA FUGA

Table of Contents

Escalones
Créditos
Biografía_autora
Biografía_traductora
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

Índice

Escalones
Créditos
Margarita Karapanou
Traducción de Julia Osuna
El sonámbulo

Escalones,
18.

LA FUGA
EDICIONES

Título original: Ο υπνοβάτης
© Margarita Karapanou, Ο υπνοβάτης (O ypnovatis), Kastaniotis Editions S.A., Athens, 1997, 2005, 1st edition 1991

Edición digital: junio 2023
© de la traducción: Julia Osuna, 2023
© de la presente edición: La Fuga Ediciones, 2023
© de la foto de la autora: Kostis Charalambis
© de la imagen de cubierta: Chini, 2023

Corrección: Olga Jornet Vegas
Revisión: Iago Arximiro Gondar Cabanelas - Leticia Clara Cosculluela Viso

Diseño gráfico: Joan Redolad
Maquetación: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

ISBN: 978-84-127258-4-1

Esta publicación ha sido financiada por el Ministerio Helénico de Cultura y Deporte y la Fundación Helénica para la Cultura en el marco del programa GreekLit.

GreekLit.

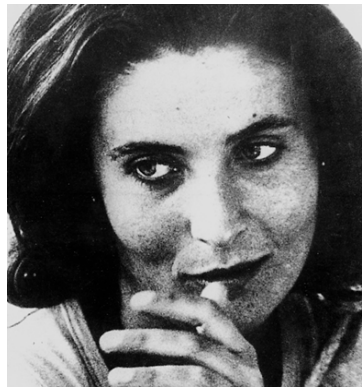
Este libro forma parte del proyecto *Cien Años de Humor en la Literatura Europea* que cuenta con la financiación de la UE a través del programa Europa Creativa.

Financiado por la Unión Europea

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados:
La fuga ediciones, S.L.
Passatge Pere Calders 7, 1º 2ª
08015 Barcelona
info@lafugaediciones.es
www.lafugaediciones.es

Margarita Karapanou



Atenas 1946 – 2008

Margarita Karapanou nació en Atenas. Tras el divorcio de sus padres cuando tan solo tenía un año, se trasladó con su madre, la novelista Margarita Liberaki, a París donde estudió filosofía y cine. Su primera novela, Casandra y el lobo, obtuvo un gran reconocimiento por parte de la crítica y el público. A pesar de su corta producción, Karapanou es considerada como una de las grandes autoras de la literatura griega.

Este libro ha sido traducido por:

JULIA OSUNA

Julia Osuna (1981) ha traducido más de 160 libros de literatura de expresión inglesa, francesa, griega e italiana desde 2005. Con el tiempo se ha especializado en literatura anglosajona actual escrita por mujeres, así como en géneros como la novela negra o la comedia británica. Algunas de las autoras que ha traducido son Miriam Toews, Vivian Gornick, Tana French, Bernardine Evaristo, Emmanuel Guibert o Riad Sattouf. El griego fue su primer idioma de traducción gracias a los profesores de Griego Moderno de la facultad de tradudcción de Málaga. De Margarita Karapanou ha traducido también *Casandra y el lobo* (Ardicia, 2017). Más en www.lamujercambiante.es.

Margarita Karapanou

El sonámbulo

Traducción de Julia Osuna

Para mi querido amigo y editor Yannick Guillou.

1.

Dios estaba cansado.

Se había tumbado en una roca en lo alto del cielo y le había vuelto la espalda a la Tierra. Por primera vez sentía desconsuelo y un profundo tedio. Veía a los seres humanos —esos a quienes en su lengua llamaba «criaturas»— pequeños, ridículos incluso, y se apoderaba de él una rabia tremenda cuando pensaba en el amor que había puesto al crearlos. Hacía tanto tiempo de eso, sin embargo, que no se acordaba de nada. Y ahora ya era viejo. También su amor le parecía viejo y echaba de menos la pasión que había sentido cuando había soñado el mundo.

Recordó cuando había lanzado sobre la Tierra recién hecha los primeros animales, los pájaros, y cómo había reído orgulloso al verlos correr y volar y, luego, por la noche, dormir en sus cuevas sin dejar de pensar en él. Y ahora veía su Tierra y en lo que se había convertido. Se preguntó si quizá, al envejecer él, había envejecido ella a su vez, y así el tedio, ese gran vacío que lo atormentaba, pasó a ser también de ella. Pensó si tal vez no había sido fruto de un arrebato de trasgresión y por eso estaba marcada por los estigmas del error. Por momentos, momentos de un deseo inefable, prohibido, se sentía un forajido de sí mismo. Temía que la Tierra hubiese sido concebida en uno de esos momentos, hija del deseo y no de la ley. Él mismo no era más que un hijo pequeño también cuando la creó; jugaba con el universo, desliaba un carrete, regalo de algún Padre desconocido, y sondeaba las profundidades celestiales. En esa época tenía un sueño extraño y turbio, que duraba justo siete días: formas con el encanto de la verdad, rostros con la refulgencia del error, movimientos ágiles sin propósito alguno. Y ahora temía que, jugando de esa manera, hubiera hecho realidad aquel sueño y hubiera surgido así la Tierra. Siempre había querido alumbrar algo, había veces en que se sentía mujer y quería un hijo propio, pero su gravidez no alcanzaba la alegría del parto y temía ahora haber dado a luz sin querer a aquel sueño imperfecto pero tan sensual, el sueño de su trasgresión.

¿Qué más daba, sin embargo? Era todo tan viejo, estaba tan deslavazado en su recuerdo. Así y todo, como hija suya que era, la Tierra debería ahora devolverle la vida y la pasión que en su momento él le había brindado, y que pudiera él, ya anciano, sentarse en su roca y contemplarla orgulloso para no caer en ese aburrimiento. Los humanos habían acabado con él. Su Tierra lo había traicionado. Y la maldijo.

Y, con esas, decidió mandar a la Tierra a un nuevo Dios, uno al que reconocerían y adorarían desde el principio, un Dios a su imagen y semejanza, el Dios que se merecían. Un Dios que haría enemigos y no fieles. Un Dios bello, porque solo eran capaces de adorar la belleza. Un Dios de caderas estrechas, hombre y mujer, puesto que ninguno respetaba ya las leyes. Apretó los dientes y se levantó. Se llevó las manos a la cintura, se dobló sobre la Tierra y vomitó. Y los cielos se abrieron y se escuchó un gran rugido.

Manolis estaba durmiendo arriba en el monte. Se llevó las manos a la cara para protegerla del líquido espeso y maloliente que azotaba los arbustos y las espigas. En cuanto abrió los ojos, sin embargo, comprendió que era un sueño y que el vómito era lluvia.

Se levantó. Pero no reparó en la presencia de Dios, que estaba inclinado sobre él y lo miraba, su boca, un agujero espumoso, los ojos, dos bóvedas negras. Tampoco sabía que lo que había visto no era un sueño, que la lluvia era vómito y que lo habían vuelto a bautizar como Emmanuel.

Caminaba por el monte, era ya allí amo y señor, lo obedecían los cuatro elementos de la naturaleza, los animales agachaban la cabeza a su paso, y la tierra temblaba bajo sus pies, y él no sabía nada. Y así empezó el nuevo Culto y la nueva Ley.

2.

Mark se despertó.

«Es de día. Es de día y tengo que levantarme, hacer como que abro los ojos, que me desperezo, que sonrío con picardía al pensar en mi trabajo, que me lavo los dientes, que me hago un café.»

Volvió a dormirse. Cuando abrió los ojos, había anochecido.

«Es de noche. Es de noche y quedan dos horas para ir a casa de Maggie. Tengo que hacer como que aguanto, dos horas solo, yo puedo.»

Se levantó, se desperezó, sonrió, se lavó los dientes, echó una gota de café en un vaso de vodka. Tenía en la mesa siete vasos de vodka listos para beber, los preparaba todos los lunes para que le duraran toda la semana, salvo porque el martes ya no quedaba ninguno, por eso para él las semanas terminaban los martes por la noche. «Nos vemos el sábado», le decía Alex, y Mark cogía y se presentaba el martes por la noche a jugar al póker en su casa y Alex lo echaba: «Vete a trabajar, anda».

La casa estaba a oscuras, conectó solo el foco del caballete, se sentó en una silla, se encendió un cigarro y se quedó mirando el cuadro. Había corriente, era febrero, «El peor mes porque está en medio —pensó— aunque ¿en medio de qué medio?». Sintió un vahído, el mar se escuchaba a lo lejos, le pareció que las olas trepaban por las rocas, galopaban por la montaña, saltaban las tapias, rodeaban la casa y le lamían los pies. «Febrero. El peor de todos.» Se puso en pie, también fuera soplaba el viento y parecía dibujarle círculos cada vez más cerrados alrededor de la garganta, se tomó otro vodka, volvió a sentarse ante el caballete. El retrato llevaba allí dos años, sin terminar, sin cara, tan solo un cuerpo de caderas estrechas y una mano que llevaba un cigarro hacia una boca invisible. Se parecía a alguien, pero era incapaz de recordar a quién, y así, el retrato se había quedado descabezado pero con el cuerpo acabado. Dejaba todos sus retratos sin rostro —y los demás decían que era eso lo que los hacía únicos—, pero en realidad él los dejaba así porque empezaba siempre por los pies y, para cuando llegaba al cuello, estaba borracho. Con todo, aquel retrato sí que quería acabarlo. Puso un poco de rojo con el pincel en la punta del cigarro, se bebió otro vodka y empezó a correr por el cuarto cantando:

—En mi casa hace frío, en mi casa hay humedad, en mi casa hay mugre, my dear lady, pero esta noche quisiera pintar vuestra blanca apostura, a vos quiero y no a este hombre que su rostro me niega. Sí, tengo a menudo sueños con

muchachitos, niños pequeños a los que desnudo, tiendo sobre la alfombra, les beso en la boca y luego pinto… Ay, cuánto deseo esas sonrisas inocentes y pícaras, mientras que este de aquí del caballete tiene algo insufriblemente viril, voy ciego perdido, my dear lady, y os quiero a vos esta noche, ayer os vi en el bar, tenía frío y estabais tan blanca y redonda, quise echarme encima de vos y calentarme, me agarré a la silla para no abalanzarme, en febrero siempre me entra necesidad de grasa femenina, los muchachitos son para la primavera. Febrero, oscuridad infinita, días breves, tengo frío, tengo un frío insoportable. —Mark se enjugó las lágrimas con el trapo de los pinceles, se tomó la última copa, se echó en la cama—. Llevo unos días sumido en un pánico mudo. Cómo me gustaría sentarme de una vez por todas en mi trasero hecho añicos y descansar.

Cerró los ojos. Había pasado otro día. Se había salvado.

Luca se despertó.

Alana se había meado en la última página de su libro, que estaba en blanco, como todas. Cogió en brazos a la perra, bajó a la cocina, preparó el café, le puso al animal un cuenco de leche con cereales, Alana se hizo caca encima del sofá, volvió a subir con la perra en brazos, era una cachorrilla y todavía no podía subir y bajar sola. Luca llevaba tres días sin calefacción ni luz, llamó por teléfono a Rebucos, el electricista, y lo cogió su mujer, que le dijo que qué perdida que andaba, que por qué no iba a su casa, que había hecho una fruta en dulce muy rica, pero que Yanis no estaba, que no volvía ni para comer, andaba liado con una instalación en la piscina de Dandy, el banquero, «Tú sabes quién te digo, Luca, ese que se parece a Elvis Presley, muy joven, muy joven, pero banquero de pro».

—¿Se hace usted cargo, mi querida señora, de que llevo tres días sin luz ni calefacción?

—¡Tú imagínate, Luca! La piscina bajará por la colina y llegará hasta abajo, a los últimos olivos, hablamos de kilómetros, tendrá climatización y pendiente, se mete uno por lo bajo y no tiene ni que nadar, se deja resbalar y, fiium, aparece en lo hondo, y es Yanis quien está instalando todo, hablamos de millones, Luca, la mujer de Dandy quiere incluso poner medusas de plástico, puede que una mielga también, para divertir a los invitados en las fiestas, Mark hará los bocetos. Luca, ¿cuándo te vas a pasar a tomarte un licorcito y nos vemos?

Esta colgó con fuerza el auricular. Subió, se sentó a escribir, empezó a sonar el teléfono, cogió a Alana en brazos, bajó corriendo, era Rebucos.

—Despreocúpate, la avería no es tuya.

—Rebucos, amigo, ¿y a mí qué? Vivo congelada y con una vela en la mano.

—Te digo que te despreocupes, que no es culpa tuya. Llama a la DEI, es una avería de la central. Te volverá la electricidad en cuanto el equipo vuelva de la montaña. No sé exactamente cuándo, porque han subido al monasterio, va con ellos Cornaros, que es el que se encarga de los empalmes, y es también cantante y se ha llevado a todo el equipo con él para tirarse la noche cantando. Hoy es Santa Valentina y su ayudante, Costas, quiere casarse y le pidió a Cornaros que le cantara himnos nupciales, porque solo funcionan la noche de Santa Valentina. Quiere casarse con María, que quiere casarse con Yorgos, que quiere a Matina. Y con las prisas por subir al monte, le dieron a un botón sin querer y han dejado a media isla sin luz.

Luca volvió a subir, se sentó al escritorio. «Tengo que escribir.» Llevaba en la isla desde el verano, ya era febrero, no había escrito ni una palabra. Se levantaba a las cinco de la mañana, a veces a las cuatro, saltaba de la cama con unas ganas tremendas de escribir, en su interior el libro estaba listo, cada capítulo, cada frase, cada coma, estaba todo en su sitio, perfectamente ordenado, y se sabía capaz porque su primer libro lo había escrito allí mismo cinco años antes. Sin embargo, en cuanto se sentaba al escritorio, el papel en blanco se volvía espejo y solo veía su cara. «Tengo que escribir», decía cien veces y luego lo decía otras cien, y algunos días, a la enésima vez, se equivocaba y tenía que empezar desde el principio, y pasaban los días y pasaban los meses, y el papel blanco se volvía más blanco, «Tengo que escribir», y el otoño se volvió invierno, «¡Tengo que escribir!», gritaba Luca en la casa vacía y era ya febrero y el mar a su alrededor como un cerco. En cuanto se sentaba al escritorio, el libro se volvía reflejo, color verde, huevo redondo, cara que la miraba, cogía el bolígrafo, y la frase se elevaba ante ella como las olas que golpeaban el muelle, el papel se alejaba y la mano luchaba por agarrarlo, como un náufrago que intenta aferrarse a las rocas.

Luca recordó que su primer libro lo había mandado a Estados Unidos desde la oficina de correos de la isla. Era también febrero y no había nadie, y el empleado le dijo: «Ábrelo para que lo vea, no sé qué significa “manuscrito”». Y Luca lo abrió y vio de nuevo las frases que viajarían solas tan lejos. Luego, sin embargo, esas mismas frases, en aquellas manos sucias y gordas, se volvieron obscenas, porque estaba leyéndolas él, y tomaron el significado que él les daba al volver las páginas y leer. «Luca, querida, y yo que te tenía por una chica seria…». «Los manuscritos son todos así», le respondió ella. «Bueno, entonces lo mandamos, ¿qué le vamos a hacer?» Y el hombre escupió en los sellos, el sobre se humedeció con su saliva. Luego, al salir, estaba lloviendo, no había ningún bar abierto ni nadie a quien decirle: «He mandado mi libro a Estados Unidos». Se sentó en el suelo, al lado de un

pescador que cosía sus redes.

—He mandado mi libro a Estados Unidos.

—¿Me ayuda usted a enhebrar la aguja? No veo nada con esta dichosa lluvia.

—Sí —dijo Luca llorando—. Encantada.

Y ahora de nuevo ante el mismo papel, con la perra meando donde pillaba, y con el mismo frío, y el libro de sus adentros quebrándose y pudriéndose, cogió en brazos a Alana, destapó el bolígrafo, echó la cabeza hacia atrás, se lo llevó a la boca y chupó toda la tinta, y el libro desapareció.

Plácido y Ron se habían pasado la noche haciendo el amor, más por frío que por gusto. A Plácido se le había repetido el sueño de siempre: se afeitaba y, en cuanto se llenaba la cara de espuma, creía tener detrás al fantasma de su padre, que lo miraba desde el espejo, sonriéndole, y entonces no se atrevía a mirar ni en el espejo ni hacia atrás, se limpiaba rápidamente la espuma con la toalla y, cuando por fin se atrevía a volverse para verlo, se despertaba. Siempre tenía este sueño a las cuatro de la mañana y luego se quedaba desvelado y pensando cosas horribles en español. Era a la única hora del día que pensaba en su idioma, porque con Ron hablaba en inglés y los sueños los tenía en inglés. Menos mal que el fantasma no hablaba en el sueño porque los fantasmas no hablan, aunque Plácido estaba convencido de que, de hablar, su padre hablaría en inglés, y eso sería más aterrador aún, porque el padre solo sabía español. «Mientras el fantasma no hable, podré acostumbrarme», pensaba Plácido, y en plena noche el problema con los idiomas se volvía irresoluble, lo pensaba todas las madrugadas de cuatro a ocho y lo aterraba más que el propio sueño, había imaginado al padre hablándole en inglés de mil formas distintas, y una noche soñó que Ron le hablaba en español y el padre le respondía «fuck you», y del susto no se despertó como suele pasar, el sueño siguió, hasta que el padre le dijo «filthy faggot» y acto seguido se vistió de mujer y se fue a tomar el té con unas señoras en Londres, en la plaza de Princess Gate, frente a una escuela Montessori.

Se despertó a las once y vio a Ron sentado con el camisón puesto y haciendo punto.

—El fantasma ha vuelto a hablar —dijo Plácido.

—¿En español?

—No. En inglés, me temo.

—No me hables. Estoy haciendo planes para los siguientes tres años de mi vida.

—¿Es mucho trabajo?

—Sí. No me hables. Trabaja tú también.

Plácido levantó en alto la máscara que llevaba haciendo desde el verano para contemplarla. Le recordaba a alguien, pero ¿a quién? ¿Y cómo iba a terminarla si no lo sabía? Le pintó un poco de colorete por las mejillas con el pincel. Después metió un Camel en la boca de la máscara. Sí, seguro que fumaba Camel, pero ¿quién?

Maggie llevaba cocinando desde por la mañana.

Todos los días se levantaba y, con los tres recetarios bajo el brazo, se encerraba en la cocina y se ponía a guisar con Vivaldi de fondo. Los libros eran: *Cocina isabelina*, *Los banquetes de Platón* y *Aliños y salsas del Renacimiento*. Era así como por las noches todos viajaban juntos con el paladar: masticaban y se convertían en antiguos griegos cuando comían cosas complejas y ligeras, o se sentían bárbaros de la Edad Media cuando comían carnes ensangrentadas, o, por qué no, creían escuchar una mandolina cuando se les pegaba a los dientes un trocito de alguna hierba aromática que desconocían. Cada noche era una sorpresa, no iban por la comida, sino para saborear una época desconocida, y solo entonces, alrededor de la mesa, se sentían por fin en alguna parte.

Maggie había ido a la isla para escribir un superventas y hacerse rica. La primera noche que se puso a construir el armazón de la obra, le pareció tantísimo trabajo que lo tiró a la chimenea junto con la primera frase: «Le pidió que bailara un vals con él. Ella lo miró y del amor que sintió se le erizó hasta el último pelo de la cabeza». Había algo que no funcionaba en la frase, no le recordaba a los amores de los superventas, le recordaba a King-Kong, y así fue como el libro se detuvo en la primera frase y la primera noche. Ahora Maggie cocinaba todo el día escuchando a Vivaldi y tenía otro libro en mente, que seguro que se convertiría, ese sí, en un superventas: *Las primeras recetas del homo sapiens*. Se vistió rápidamente, se maquilló —era incapaz de cocinar sin maquillarse—, fue a la cocina y decidió que esa noche comerían isabelino.

El primero en llegar fue Mark. Siempre se presentaba algo temprano, sobre las ocho menos diez. Todas las noches en su casa se juraba que llegaría a las ocho en punto, pero acababa saliendo antes de la cuenta y, por mucho que intentaba ir despacio, a medio camino echaba a correr y llegaba a la puerta sin aliento. «Para que no se me haga de noche —decía, a pesar de que anochecía a las cuatro—. Es que se me ha vuelto a olvidar la linterna.» Se sentaba delante de la chimenea, ponía las manos casi encima de las llamas, pedía vino. «He dejado de beber —decía rezumando vodka—, solo bebo por las noches, just social drinking, darling», se excusaba ante Maggie con manos

temblorosas.

A las ocho y cinco llegaron Ron y Plácido. Este último llevaba una bandeja con limones, cada fruta adornada con un lacito rojo. «Maggie, querida, es un dessert surprise, lo abrimos después de comer.»

A las ocho y cuarto llegó Luca, con Alana metida en una cestita, seguida de Stanley y Boris. Todos se sentaron alrededor de la chimenea, acercaron las manos a las llamas, Mark se quedó un poco más atrás, con el vaso entre las manos, el cigarro se le había terminado y mantenía en alto la colilla para que no se le cayera la ceniza, miraba el cuello de Luca, y Luca a su vez miraba las llamas y pensaba en Mark. «Está tan solo, es tan inocente, tan malvado, tan puro. Es libre porque ya no le queda nada que perder, por eso pinta como pinta, mientras que yo por eso no puedo escribir ni una palabra, porque yo quiero a mi perra, y adoro algunas mañanas, y las tiropitas de la panadería, y no quiero morir todavía.» Luca solo pensaba en ello cuando tenía al lado a Mark. Mientras miraba la ceniza creciente del cigarro del otro, iba escribiendo en su cabeza, y todas las noches en casa de Maggie, mientras Mark encendía y apagaba cigarros, se elevaban ante ella imágenes, paisajes, cuerpos, el libro se escribía solo, serena, lentamente, se tendía a sus pies como un perro y ella se agachaba y lo acariciaba, luego abría la cola como un pavo real y sus mil colores se convertían en palabras, frases, párrafos, capítulos y, en cuanto volvía a su casa y cerraba la puerta, el libro se esfumaba.

—Hay momentos que pareces un niño —le susurró Mark al oído riendo—. Si fueras un niño, me enamoraría de ti. —Nadie más lo oyó—. Maggie, anda, un poco más de vino, una gotita. —Se encendió el enésimo cigarro de la noche—. Cuando no vengo aquí por las noches, voy al bar y luego vuelvo borracho a casa, siempre son las cuatro de la mañana, enciendo el magnetófono y hablo, me echo en la cama y escucho mi propia voz. Puedo soportar cualquier cosa menos el silencio a las cuatro de la mañana después del bar. No es por soledad, ya no me siento solo, a veces me siento solo pero también siento muchas otras cosas… No, lo que no soporto es el silencio, cuando la casa a mi alrededor me asfixia con su silencio, me vuelvo como un agujero que se llena de tierra, piedras, como si cayeran escombros y se quedaran atrapados dentro de mí, como si fuera una casa que se construye sola, dentro de mí, me quedo cada vez más inmóvil, petrificado y, de repente, como el vértigo, la casa se derrumba dentro de mí, como la casa esa de la loca en lo alto de la montaña, que se derrumbaba para dentro, como si también la casa estuviera loca, anoche volví del bar, estaba borracho, ni recuerdo haber encendido el magnetófono y hablar, y en la cama, cuando le di al botón, me sorprendió mi propia voz, era limpia, una pronunciación perfecta y decía: «Me gustaría entrar en la pirámide de Keops. Sentarme justo en medio de

piernas cruzadas, encenderme un cigarro… and spend some time». Mi casa es pequeña, recogida. Pinto sentado. El gato me la tiene jurada porque ya no lo quiero.

Mark tiró el cigarro al fuego.

—À table! —gritó Maggie.

Llevaba una capa de terciopelo negra con capucha, un antifaz negro que le ocultaba los ojos, guantes también negros hasta los codos.

—¡Isabelina! —gritaron todos entre aplausos.

Plácido la seguía llevando una fuente con un cochinillo tendido bocarriba, naranja en boca y lazo al cuello, hundido en ciruelas.

Maggie hizo una reverencia.

—My lords, my ladies, take a seat!

Plácido apagó las luces, encendió las velas, puso música barroca.

—¡Con las manos! —ordenó Maggie quitándose ya los guantes.

Todos arrancaron trozos enormes, las salsas y la sangre chorreándoles por las barbillas, desgarraron la carne con los dientes, emitiendo gruñidos que se confundían con la música, los festines isabelinos los clavaban ya, bebían vino tinto y se miraban en silencio porque en esa época los señores cenaban sin hablar, la conversación no empezaba hasta que llegaba la fruta, y, cuando terminaron, Maggie llevó agua de rosas y se lavaron las manos, Ron eructó como un Tudor, Boris le dio un beso en la boca a Stanley, todos dijeron: «Thank you, Lord» y estallaron en risas, se había acabado el juego. Llegó el café y el té y los cigarrillos aromáticos de la India. Volvieron a sentarse al lado de la chimenea.

—Conversation time —anunció Maggie.

Ron sacó el punto. Guardaba la lana en latas vacías de café, Grandos Café Espresso, una lata por color, esa noche tocaba rosa, y se puso a hacer punto a una velocidad tremenda, con un cigarro en la boca.

—Llevo haciendo este jersey desde el verano y no pienso en otra cosa. Por las noches, mientras Plácido sueña con su padre, yo me levanto a hurtadillas y hago una vuelta. No sabía cómo cerrar el cuello y fui a ver a doña Cula y me lo cerró en redondo cuando en realidad yo lo quería cuadrado, así que he dejado el cuello por ahora y estoy haciendo el pavo real del pecho, el rosa de las alas, me he traído también la lata con la lana verde por si intento empezar la cola… —Ron hacía punto, fumaba y hablaba cada vez más rápido, estaba sudando.

Mark le puso una mano en el hombro y le dijo:

—No te pongas así, que seguro que terminas tu pavo real.

—Sí —dijo Ron y paró abruptamente, las lágrimas saltadas.

—Cada vez que paso por delante de casa de Sue por la noche, veo un

murciélago —contó Mark—. Vuela lento alrededor del techo, hace varios círculos delante de la puerta, es el mismo todas las noches. Un día vi a Sue montándose en el barco rápido, que justo zarpaba, y, esa noche, cuando pasé delante de la casa, el murciélago había desaparecido. Sue estuvo varios meses fuera y ni rastro del murciélago. Hasta que ella volvió un buen día. Pues bien, esa noche allí estaba el murciélago. Me quedé de piedra.

—Me ha contado Alex —terció Luca— que la isla está en un mapa secreto donde se encuentran todos los lugares que se consideran mágicos, esas tierras que destilan magia o están tocadas por ella. Por lo visto los une una línea roja que empieza en los Cárpatos y se pierde por Asia. Y la isla entera está dentro.

—Chorradas —dijo Mark—. Chorradas —repitió y miró enfadado a Luca porque se acordó del retrato que lo esperaba en casa, de aquel cuerpo descabezado que lo perseguía por las noches en sueños.

—¿Qué habéis hecho hoy? —Maggie preguntaba siempre lo mismo a la misma hora, las diez en punto.

—Yo me he levantado a las cuatro y he terminado la máscara para la exposición —dijo Plácido—. A las seis he parado cinco minutos, me he bebido un té de menta, después he trabajado en el jarrón con los motivos españoles hasta las dos, en total, diez horas de trabajo, luego le he hecho una ensalada de arroz a Ron, a las tres me he echado y me he puesto a leer *La rama dorada* hasta las ocho.

—Nosotros nos hemos quedado en cama —dijo Stanley mirando con ojos tiernos a Boris.

—Yo he escrito sin parar —contó Luca—. Me he zambullido de cabeza en la segunda parte, nunca he trabajado mejor, la mano me corre sola por el folio, nunca me…

Mark le sonrió. Ella dejó la frase sin terminar, se puso colorada y bajó la mirada.

—Yo me dedico a hacer planes y proyectos —intervino Ron—. Me levanto por las mañanas y hago planes. Planes de tres años, planes de cinco años, los días que me siento muy descansado hago planes incluso de diez años: dónde estaré, quién seré, qué andaré haciendo por entonces. Es mucho trabajo y me cansa. Por las tardes me echo la siesta y luego hago un plan general de todos los planes. Calculo que para primavera habré llegado al plan ciento cincuenta y seis, que será: dónde estaré, quién seré, qué hare cuando tenga noventa años.

Mark se echó a reír.

—No me río de ti. Me recuerdas a mi primera mujer, Beth. Era una beoda, pero ella también se pasaba el día haciendo planes. Yo el único plan que he hecho en mi vida fue verla como mi ex desde el primer momento en que la vi. Con todo y con eso, estuvimos veinte años viviendo juntos.

—No le veo la gracia —dijo Boris.

—Yo tampoco —dijo Mark.

—Entonces ¿por qué te ríes?

—No sé.

Era las once y cuarto, la hora de jugar al Monopoly. Era una modalidad particular por la que compraban y vendían toda la isla. Luca ganó la mansión de Tombasis y la oficina de correos, Ron perdió el bar, Mark perdió dos tabernas en las calas de Kaminia y el banco.

A las doce en punto bebieron chocolate y jugaron, como todas las noches, al Asesino. Cada uno cogió una carta del sombrero y el asesino le tocó a Mark, que apagó las luces mientras los demás corrían a esconderse. Se quedó solo, el salón iluminado tan solo por el fuego de la chimenea, se encendió un cigarro, le gustaba ser el asesino, «Quizá fui verdugo en la época isabelina». Las noches que le tocaba ser asesino no se daba prisa en ir en busca de los demás; en los pocos minutos que se sentaba solo al lado del fuego, cogía fuerzas, despejaba la cabeza, eran momentos preciados, de calma, los únicos que tenía ya. De repente revivía, como si mudara de piel, como si nunca hubiera existido, «¡Que voy!», gritaba, pero se quedaba inmóvil en el sillón, fumaba, se terminaba el cigarro, pasaba el tiempo, se levantaba. Subía las escaleras e iba odiándolos porque le robaban esos momentos, y así hacía perfectamente de asesino, «¡Aquí huele a carne humana!», gritó y todos se echaron a temblar, había llegado ya al desván, alguien jadeaba bajo la cama.

Se sentó en el colchón, se encendió un cigarro, se agachó, cogió un brazo. Era Luca. Ninguno de los dos dijo nada, Luca no gritó «¡Socorro!», como manda el juego, se calló. Mark se arrodilló y le acarició la muñeca, fue subiendo por el brazo con la mano y, con ternura, dulzura, le apagó el cigarro en una vena que le brillaba en la oscuridad. Y el cuarto olió igual que la chimenea y Mark apoyó los labios en la herida sin llegar a besarla, los apoyó y los olvidó, y así se quedaron un buen rato y Luca cerró los ojos y vio de nuevo su libro, la boca de Mark se lo ofrecía, se lo susurraba por la herida, y el libro se le colaba por la sangre y buscaba salida una vez más, como un torrente, buscaba que lo escribieran.

Se quedaron así hasta que los demás salieron de sus escondites, Luca se tapó la herida con el jersey. Era la una y media, la hora a la que siempre se iban, se dieron las buenas noches, bajaron por la colina, otra vez «buenas noches» en el cruce y cada uno para su casa.

3.

Luca iba todas las tardes a casa de su vecina Anesula para darle un masaje. Había descubierto por pura casualidad que tenía unas manos con propiedades mágicas, «Y ya que no puedes escribir, querida, ¿por qué no me arreglas la pierna?», le había dicho hacía tres meses Anesula. Y si bien su vecina la adoraba, se alegraba enormemente de que Luca no escribiera, la quería el doble cuando la veía venir con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Has escrito hoy? —le preguntaba.

—No —respondía Luca.

Y a Anesula se le iluminaban los ojos.

Iban al salón, donde la estufa humeaba con la leña y la televisión estaba siempre encendida sin volumen, Luca se sentaba en un taburete bajo, Anesula en una poltrona roja de respaldo alto, le plantaba los pies delante, con su olor a patata y a vaselina, a Luca le daban arcadas, Anesula abría la boca y se pasaba horas hablando sin coger aliento. Fuera oscurecía, su vecina no encendía la luz, el cuarto se llenaba de los efluvios de la estufa, Luca, medio desmayada, escuchaba la voz como si le llegara de lejos mientras en la televisión muda iban cambiando los programas.

—Así me fastidié la condenada pierna, en los jardines de los Fisher. Estaba fregando y me caí de cuatro metros de altura. Y mira que me los conozco bien esos jardines, llevo veinte años limpiándolos. Por eso también estoy convencida de que ni me caí yo sola ni me tocó mano humana. Me empujó por detrás un fantasma, lo noté perfectamente. Con razón dicen que los fantasmas te empujan y te tiran en las casas que no quieres, porque yo la casa de los Fisher la odio con todo mi ser. ¿Cómo se me ocurrió maldecir la terraza mientras la fregaba? El fantasma me escuchó, el muy puñetero, estaba acechando detrás de los limoneros. Pero, vamos, que da igual lo que diga, el daño ya está hecho. Ocho mil miserables dracmas me pagan por limpiar cuatro jardines colgantes y regar esos árboles que traen de África y que parecen pelucas, y cuando les dije «My leg», me respondieron «Nice legs, Anesula! Nice legs!». Y cuando les dije «Cartilla del médico», me respondieron «Nice Greek, Anesula! Nice Greek!». En verano los veía correr desnudos por los jardines, a los dos hermanos, él y ella, dando brincos por esos jardines que yo tenía que regar en pleno invierno, con todo el frío, en pantuflas y bata, y se esconden detrás de los limoneros y de los cactus esos africanos, te hablo de unos hermanos que rozan ya los setenta, y ellos jugando

al escondite y a saber a qué más. Luego, sería agosto, vino también el amigo del señor Grey, Don. Se queda siempre en el cuarto de invitados. El día de antes yo le pongo las sábanas de satén negro y friego el suelo hasta que se me cae la mano para que no se le ensucien sus delicados piececitos. El señor Grey tiene veinticinco años y siempre va descalzo por la isla. «Dear Anesula, yo isla descalzo, porque Nueva York, siempre botas». «Nueva York siempre botas, pero aquí viva la virgen», le digo. «Dear Anesula, no entiende». «Anda y que te zurzan», le digo yo. Por la noche el señor Grey sale a los jardines con una chilaba dorada de arriba abajo y se esconde detrás de los naranjos. «Don! Darling! ¿Voy ya?» Luego hace voces de pájaros, el autillo, la lechuza, el año pasado aprendió también el gallo. Y yo me pregunto, Luca, ¿para qué andar llamándolo a gritos en vez de darle directamente al tema y dejarnos a los demás en paz, que nos quedamos desvelados hasta el alba con sus voces?

—A lo mejor es que no le dan al tema y por eso grita.

—Eso mismo lleva Stavros diciéndome desde hace años y yo me pongo negra. «¿Y le iban a pagar tanto viaje y tantos oros para luego no darle al tema? Ese hombre lleva tanto oro encima que no puede ni andar del peso», le grito yo a Stavros. Y él enciende su tele y se pone a ver películas policiacas hasta por la mañana, la pone a todo trapo para no escuchar las voces. «Apaga la tele», le digo. «Que no, que me voy a volver loco oyendo al viejo mariquita ese haciendo el autillo debajo del balcón, porque, además, te lo digo, no le dan al tema.» «Que si le dan, te digo, le dan después.» «¿Después de qué?», grita Stavros. «Se le habrán desgarrado las cuerdas vocales de tanto chillar y ya no podrá ni llegar a la cama. Que no lo hacen, te apuesto lo que quieras.» «¡Ve y les preguntas!», le grito yo. Y así nos pasamos todo el verano desvelados, Luca. Por la mañana aparece la señora Cynthia con su batín de seda con dragones y Matina trae la bandeja de plata con el breakfast, lo pone en la mesa y le pregunta: «Señora Cynthia, ¿quiere algo más? Si no, voy a pintar». Esa es otra cosa que me trae por la calle de la amargura: la señora Cynthia, que tiene una galería, convirtió en pintora a nuestra Matina. La misma que antes se dedicaba a sacar a pastar a las cabras y ahora hace exposiciones en París, y le han sacado hasta un libro, con una portada toda negra y su nombre escrito en alfabeto latino. Madame Cynthia la llama Naif, será un pseudónimo. Y ahora, cuando vuelve de París, Matina viene a verme en vaqueros y con tres pendientes en cada oreja, me enseña recortes de periódicos extranjeros, con su fotografía, y me dice: «Ay, Anesula, ya podía romperme la pierna yo también. ¡Así podría pasarme el día pintando sin que nadie me interrumpiera!». Yo hago como que no la escucho y le pregunto: «Matina, hija, ¿qué te cuentas? Y me dice: «Ça va».

Luca le masajeó la pierna a Anesula, la obligó a hacer también ejercicios,

fuera había anochecido y su casa, que se veía desde la ventana, estaba negrísima, parecía más grande y muda en la penumbra. A cada día que pasaba, su vecina hablaba más y más rápido. Cuando regresaba por la noche a su casa, no quería ni leer ni pensar, ni siquiera dormir, pero todos los días contaba las horas para volver a la casa de enfrente. Envidiaba que su vecina hablara como ella habría debido escribir: sin pensar, sin papeles, sin bolígrafos, solo palabras salvajes, las palabras que ella había perdido. Y Anesula lo sabía, y era como si a diario la castigara dando una actuación cada vez mejor y, sin saberlo, se había convertido en artista para vengarse de Luca por tener una casa más grande, los ojos verdes, los hombres que imaginaba pululando a su alrededor, y así, poco a poco, en la obra que representaba todas las noches solo para Luca, se había vuelto insuperable.

A las ocho llegó doña Evyenía.

—¿Qué tal, Evyenía? ¿Ha estado usted aojando a alguien?

Doña Evyenía se sentó en el sofá, no le quedaba ni un diente y tenía la barbilla llena de pelos.

Luca temía esa hora. El ambiente cambiaba, Anesula bajaba la voz, se volvía tierna en presencia de la mujer.

—Era luna llena —contó doña Evyenía— y he estado tres días con sus noches aojando. Esa muchacha lo desposará, ahora que por fin él se ha bebido la cerveza. Lo hemos mareado pero bien. Tres días con sus noches he dicho las palabras en el cruce y, si no se casa con ella, no saldrá de la cama y no podrá beber ni un solo vaso de agua.

—¿Y nuestra Luca? ¿No se va a casar nunca? —preguntó Anesula—. Luca, no digas que no con la cabeza porque en el fondo quieres, yo siempre sé lo que tú quieres, ¿es verdad o no es verdad?

—Sí —respondió despacio Luca—, siempre lo sabes.

—Dile por lo menos las palabras, para que las sepa, y ya más adelante nos ocuparemos de ella seriamente —dijo la señora Evyenía.

—Cuando una joven se enamora —empezó a decir Anesula—, en los casos en los que la muchacha no consigue casarse y todos sus esfuerzos han sido en vano, se le aparece de pronto una amiga suya muy cercana y le dice: «Puedo hacerte un servicio para solucionar la situación que te atormenta». En esta isla hay un espejo secreto que una anciana practicante lleva utilizando cuarenta años. Antes de nada, el espejo deshace las ataduras de la muchacha para que pueda casarse. El servicio se lo presta la anciana sin ni siquiera aparecérsele a la chica. Esta manda su recado con otra mujer e inmediatamente, si la situación es complicada, la practicante invisible pasa por el espejo al joven que se niega a la boda y, después de dar tres vueltas, se queda inmóvil, y entonces le pregunta: «¿Te vas a casar con esta muchacha o quieres padecer

males?». Y en cuanto el chico le responde, la anciana se pone manos a la obra, arranca el mal y lo quema, libera a la muchacha de la magia, el chico da el «sí» y se hace la unión. Si la situación se complica más, ata un cordel. Después del primer encuentro, para que haya boda, hace falta que el joven beba, sea como sea, una cerveza, la cual estará hechizada y habrá pasado también por el espejo. Es beberla y empezar a amarla, y en tal caso tiene que beber otra, pasada por el espejo tres veces. Empieza entonces a marearse, le hablas, pero no te responde, se queda pensativo.

Eran las diez, doña Evyenía se fue, Stavros volvió y puso la tele, el masaje terminó, Anesula por fin se calmó. Luca le dio las buenas noches. Cuando volvió a su casa, se bebió de un trago dos frascos de tinta negra. Y ya solo le quedaba de la roja, y con la roja nunca escribía.

—Paso.

—Diez mil dracmas.

—Voy.

—No —dijo Mark.

Freddy repartió la segunda carta bocarriba y dijo:

—Habla el as.

—Cincuenta mil —dijo Alex.

—O tienes dos ases o vas de farol.

—Yo también veo las cincuenta mil —dijo Freddy.

—Y yo —dijo Klaus.

La tercera carta tocó bocabajo.

—Cien mil —dijo Alex.

—Las veo —dijo Freddy.

—Quinientas mil —dijo Klaus.

—Es un farol, voy —dijo Alex.

Freddy mordisqueó el puro.

—Yo también y doy la cuarta carta bocarriba. Hablo yo primero con los dos reyes. Ochocientas mil.

—Las veo —dijo Alex.

La partida se jugaba a tal velocidad y precisión que las miradas, de tanta concentración, parecían distraídas, Mark y Klaus pasaron, quedaron Alex y Freddy, que repartió entonces la última carta bocabajo.

—Un millón —dijo Alex.

—Un millón quinientas mil, o sea, lo que tengo delante, más un cheque. —Freddy lo escribió con una pluma Montblanc y lo lanzó a la mesa.

—Dos millones —replicó Alex—. Los bancos están cerrados, mañana llamaré a Ginebra y tendrás el dinero por la tarde.

—Voy. Se ven. —Freddy volvió a coger la Montblanc y escribió un segundo cheque.

—¿Qué tienes? —preguntó.

Alex desplegó las cartas.

—Full de ases y damas. ¿No has visto por cómo he jugado que tengo los ases desde el principio? No me corre prisa el dinero, deja lo de Ginebra, me lo cargas a mi cuenta de aquí.

Freddy enseñó sus cartas.

—Póker. ¿No has visto que no habría seguido si no hubiera tenido una buena mano? No me corre prisa el dinero, deja lo de Zúrich, cárgamelo aquí.

Alex se había puesto muy rojo, le costaba respirar. Freddy rio, cogió un cigarro, lo encendió y se lo llevó a la boca.

—Venga, Kopesky, no es para tanto. El sábado volvemos a jugar y las recuperas. Siempre juegas muy agresivo, Alex, y se te olvida que los demás también jugamos. Te pasas el día diciéndome que hay que tener sangre fría para el póker y vas tú y, en cuanto la partida se pone calentita, pierdes el temple y juegas como una ninfómana. ¿Te acuerdas de lo que hablamos de la frigidez femenina, de lo excitante que es y de cómo se parece al temple en el póker?

Alex rio.

—¿Te acuerdas de Jristina? Ella estaba entre los dos, el fuego ardiendo en la chimenea, el *Bolero* de Ravel que se escuchaba hasta el puerto y ella allí contando los cuadraditos del techo, le hicimos de todo y por la mañana nos dijo: «Hay cuatrocientos y por la esquina de la derecha se los están comiendo los gusanos».

—Yo ahora solo voy con mujeres frígidas, así practico para el póker y cuando juego, descubro nuevas caricias equivalentes, tan complejas, que hasta las mujeres más frías dejan de serlo, y así todos esos cuerpos que se abren se vuelven tediosos, mientras que el póker se resiste a toda caricia, siempre frío, se me brinda solo cuando gano, y yo me brindo a él cuando pierdo.

—C'est ça l'amour —dijo Klaus, que esa noche había perdido dos casas en Londres.

La partida había acabado. Alex echó las cuentas.

—Mark, debes ochocientas mil. ¿Las vas a pagar en cuadros o en contante?

—En cuadros.

—¿Los tienes pintados?

—No.

—Los quiero para el sábado a las cuatro.

—¿Paisajes o desnudos?

—¿Para qué preguntas si siempre pintas mocosos decapitados?

—Yo quiero un desnudo del pequeño que canta en la iglesia. Hazme las caderas con un toque femenino y ponle una escalera imperial alrededor del ombligo —le pidió Freddy—. Con la cabeza no te molestes…

Todos rompieron a reír, aunque en realidad coleccionaban y cuidaban con celo los cuadros de Mark, sabían que algún día valdrían millones, y cuando no tenían dinero que jugarse, se jugaban los cuadros. Y los cuadros se mudaban de una casa a otra, unas veces los ganaba Alex, otras Klaus, y cada vez venía la mula para llevarlos de un monte a otro, los sábados que jugaban estaban

colgados o en la casa de Freddy o en la de Alex, mientras que Klaus los tenía en el sótano porque le parecía más seguro. El único que no tenía ningún cuadro suyo era Mark.

La partida había terminado. Llevaban dos días seguidos jugando, eran las cinco de la mañana de un diecisiete de febrero y Mark, como siempre, había perdido. Ya solo pintaba para jugar al póker, pintaba con tanta impaciencia por tenerlos para la siguiente partida que sus obras estaban como inacabadas: niños tendidos en sofás, con las manos tan solo bosquejadas, rostros medio roídos, movimientos que no iban a ninguna parte y, en el fondo, paisajes esbozados solo a lápiz. La prisa se volvía así abstracción superior, y para poder jugar los sábados al póker, Mark hacía obras de arte. Él no era consciente, pero los demás sí y no se lo decían, compraban sus obras en plena partida y las obras se amontonaban en los sótanos, a la espera.

Las noches que pintaba, cada rostro, cada pierna se convertía en un as, una reina, una escalera, un full. Borracho bajo el foco, y con toda la casa a oscuras, la mano no le temblaba, la precisión de sus movimientos, absoluta, y era extraño porque bebía sin parar, pero en cuanto dejaba el pincel, temblaba tanto que tenía que sentarse, apretar los dientes para que no se le rompieran, unir las manos detrás de la espalda para no arañarse la cara. Por las noches, a cada pincelada murmuraba: «Con este rojo, haré un full, con el negro, una escalera, no voy a hacer la boca para que pierda Freddy, la pierna la dejo a la mitad para que Klaus pase, quizá pueda ganar a Alex con una escalera de color si dejo al chico sin cabeza».

La partida había terminado.

Era febrero, llovía, todos fumaban puros, había llegado la hora de las historias. Siempre la contaba el que ganaba.

—Os voy a contar la historia de Leonora —dijo Freddy, que se levantó, apagó las luces y encendió las velas—. Me acuerdo de la primera vez que vi a Leonora en la isla. Tuve la sensación de que la conocía, como si nos hubiéramos cruzado de pequeños por la calle, camino del colegio, como si la viera a menudo en sueños. Por eso, cuando la vi aquí, no me causó impresión alguna. Ya me ha pasado con otras muchas personas que he conocido en la isla. Los rostros me resultan conocidos, familiares, como si nos hubiéramos cruzado de pequeños y, con una mirada, hubiéramos concertado entonces un encuentro secreto aquí y ahora, años después, con algún fin concreto y desconocido. Y con vosotros me pasa lo mismo. El caso es que una tarde, cuando vi a Leonora en el bar tomando un tequila Sunrise, fui a sentarme a su lado y estuvimos toda la tarde bebiendo en silencio, escuchando a George tocando *My way* al piano. Leonora era delgada y vestía siempre de blanco. Tenía la cara alargada, con un punto inacabado, como los cuadros de Mark,

aunque sus ojos eran pequeños y pícaros, como los de las muñecas y los de los tiburones. Tenía un punto romántico y vulgar. No puedo describirla mejor porque en el fondo estaba loca, tomando como tomaba prestadas las miradas de los demás para existir, no tenía nada permanentemente propio, y a cada mirada de los demás se mostraba distinta, la iluminación cambiaba. Cada vez que la veía, era una nueva Leonora, pertenecía a la mirada que la había mirado justo antes que yo, y yo no veía ya más que residuos, escombros, trozos inconexos que los demás habían dejado sobre ella.

»Leonora era alcohólica. Por las noches, después del bar, nos la encontrábamos desmayada dentro de los contenedores y los gatos comían cabezas de pescado encima de sus ropas blancas. Pero la dejábamos allí, a ella le gustaba, se mosqueaba mucho cuando la llevábamos en brazos a su casa. Por la mañana se despertaba a las seis, se echaba su colorete y se iba a lo de Antonio a tomarse el café.

»Antes de venir aquí fue durante muchos años la amante de Batista. "De Cuba, darling", enfatizaba siempre ella, y un día, en el bar, me contó la historia: "Freddy, querido, yo estaba loca por él. Era feo y calvo, pero hasta entonces nadie me había hecho el amor como él. Y además era un dictador y eso a mí me ponía mucho. Yo era su amante oficial, vivía en el palacio y dirigía Cuba con él. Celebraba veladas con fuegos artificiales, organizaba picnics para las mujeres de los militares, preparaba cenas exquisitas para los ministros, fiestas en las escuelas. Era la única que entraba en el despacho de Batista, donde se organizaban las ejecuciones y las torturas. Recuerdo cómo volvía él las páginas con los nombres y los leía al teléfono para que los arrestaran y, darling, era como si volviera las páginas de una partitura de Bach, ¡qué bonitos nombres! Después siempre hacíamos el amor, me ponía mucho tener la sensación de que a esa misma hora estaban torturando a esos nombres tan bonitos». —A Freddy le entró la risa—. Así era Leonora. Me contaba todo esto en el bar mientras bebía un cóctel tras otro, como si cotorreara sobre la última moda, o sobre lo que teníamos enfrente, que siempre le parecía gorgeous, todo era gorgeous para Leonora, hasta las torturas y lo que tuviéramos al lado, y Cuba, y la isla, y los contenedores que la esperaban por la noche. Cuando Batista perdió Cuba, perdió también a Leonora. En cuanto los opositores tomaron el palacio y le prendieron fuego, por un segundo Leonora pensó en unirse a los gorgeous revolucionarios, pero, cuando oyó que gritaban: "¡Batista, entréganos a tu puta!", se lo pensó mejor y le dijo: "Darling, si no me das ahora mismo quinientos mil dólares en dinero contante, tiro por el balcón todos los expedientes secretos". Poco tiempo después Leonora apareció en la isla. Se compró un palacete y, de primera dama de Cuba, pasó a primera dama de la isla. Aquí, sin embargo, no había ni

ejecuciones ni nombres bonitos. Leonora se aburrió pronto y se metió a alcohólica. Su nueva pasión eran los americanos, “Ellos sí que saben beber, darling”. Y en lugar de ejecuciones, descubrió un nuevo juguete que también le ponía mucho: elegía cada noche un hombre distinto, americano, cogían el barco rápido, el Delfín Volador, se presentaban en el aeropuerto sin maletas, sin dinero, solo con las tarjetas de crédito, y se montaban al azar en el primer avión que despegaba. Y así, una vez aparecían en Alaska, otra en Moscú, otra en Tahití, nunca salían de los aeropuertos, se quedaban en los bares y se la pillaban, vodka en Rusia, ponche en las Seychelles, tequila en México, y luego regresaban directamente. Por la noche, en el bar de Bill, Leonora nos enseñaba cómo decían los esquimales “screwdriver” y nos moríamos de la risa. Al día siguiente Leonora elegía a otro.

»Un día, sin embargo, Leonora se enamoró. Se llamaba David, era un inglés de veinte años que solo bebía naranjada. Y Leonora dejó la bebida por él. David se pasaba el día en la cama leyendo *Por quién doblan las campanas*. “Hemingway tiene action, por eso me gusta”, decía. Hacía el amor como si escribiera un libro al que le faltara la idea central. Pasaron los meses. Un día a Leonora empezaron a darle vértigos. Fue al médico y le dijeron que le quedaba solo un año de vida. Le pareció muy romántico. Y David empezó a leer *La montaña mágica*. Leonora vendió la casa, se puso un velo blanco y se fue con David a Deauville. Alquilaron una suite en un palace por encima del mar y Leonora me mandó una postal de la plage: “Darling, quiero morir in style, besos, L.”. Por las tardes daban paseos por las playas desiertas, los dos vestidos de blanco, con su paraguas blanco, bajo la lluvia blanca, en paralelo a las olas blancas, y Leonora estaba tan hermosa en su papel de moribunda, con su falda y su rostro alargado y sus ojos pícaros. Solo bebían champán y comían caviar, David también se volvió alcohólico. Y así, borracho como estaba siempre, se enamoró perdidamente de ella, todo el día encerrado en el cuarto con los champanes y los caviares y la idea de la muerte. Pero el tiempo pasaba y Leonora no se moría. Tenía las mejillas rubicundas, incluso cogió varios kilos y una mañana murió David de tanto beber. Leonora se quedó sola, viva y arruinada. Había calculado el dinero solo para un año. Se enfureció con el médico que se había equivocado con el diagnóstico, vendió las pieles y se fue a vivir a un pueblecito de Portugal. Allí sus amantes eran pescadores y, en lugar de champán y caviar, bebía brandi de barril y comía sardinas. Pasó otro año más y seguía sin morirse. Ahí se le pierde el rastro. Y de pronto, el verano pasado, me encuentro con Finley en el bar. “Tengo noticias de Leonora”, me dice. Y esta es la historia de Finley, tal y como la oyó de boca de otro en un bar cualquiera de la frontera con Portugal. Leonora se había metido a monja y se había convertido en santa portuguesa. Cuenta la leyenda que, una noche

que estaba durmiendo borracha en los contenedores del pueblo, la visitó Cristo. Un Cristo brusco y cabreado que llevaba vaqueros y blandía una navaja. Leonora insistía en que además fumaba Player's para que a ella le viniera a la cabeza la palabra "prayers". Le señaló con el dedo un monasterio en la montaña, apagó el cigarro con el talón y se perdió. Cuando la madre superiora le abrió la puerta, Leonora, llena de raspas de pescado, gritó: "¡Lo he visto!". La puerta se cerró tras ella y un año después su estatua estaba en todas las iglesias de Portugal. Esa es la historia de Leonora.

Nos quedamos todos callados. Freddy estaba empapado en sudor, pidió una copita de brandi.

La partida había terminado. Era febrero, llovía, en breve tendrían que volver a sus casas vacías, a caminar por las calles desiertas y oscuras de la isla, meterse en sus camas húmedas, esquivar los sueños. Todos, cada uno a su manera, deseaban que pasara algo. No se habían dado cuenta ni de que las noches habían cambiado de textura ni de que el cielo respiraba como una piel, palpitaba y envolvía la isla como una telaraña.

5.

Luca estaba en el escritorio.

—Me muero —dijo enfrente doña Anguelikí.

La ventana de Luca daba al patio de la mujer y doña Anguelikí llevaba todo el invierno muriéndose. Se pasaba el día en el patio desde primera hora de la mañana y se tiraba las horas mirando el mar y diciendo «me muero». Había bajado de la montaña donde vivía para morir en casa de su hijo, pero la nuera, doña Zeodora, la odiaba. La sacaba a sentarse en el patio cuando había nubes y, en cuanto salía el sol, la levantaba con la poltrona incluida y la encerraba en la cocina. Doña Anguelikí extendía la mano hacia el sol y, con lágrimas en los ojos, decía:

—Luz.

—Le va a sentar mal —le respondía doña Zeodora.

Por las tardes venían las visitas.

—Me muero —decía Anguelikí.

—Lo sabemos, Anguelikí, hija, lo sabemos —decían todas y comían pastas de almendras, sentadas a su alrededor, y a cada día el círculo de las sillas se estrechaba, Anguelikí apenas se veía en el centro.

Por la noche se sentaba a solas en la terraza, miraba el cielo y decía: «Las estrellas». Estaba serena y sonriente, esperaba la muerte como un acontecimiento placentero y dulce, como si fuera a reencontrarse con una persona querida a la que había añorado. Luca le había cogido cariño a pesar de que ni siquiera había hablado con la mujer. Había seguido a escondidas el paseo diario de Anguelikí hacia la muerte durante todo el invierno, la observaba por entre los postigos entornados y todos los días Anguelikí se hacía más pequeña, se volvía un bebé.

Luca bajó a casa de Anesula, llovía, el salón estaba en penumbra, la tele muda encendida.

—Dame un masaje —le dijo la dueña de la casa—. Hoy te voy a contar lo del bebé sin bautizar, tú solo tienes que apagar la tele y encender la lamparita. Ese crío era mío.

Luca cogió la pierna hinchada con ternura, contempló las venas y los huesos rotos.

—¿Quieres que me vaya?

—No —dijo tajante Anesula—. Si no te lo cuento a ti, ¿a quién se lo voy a contar? Sucedió hace veinticinco años, tal día como hoy, un dieciocho de

febrero. Ocurrió todo en una noche, tan rápido que al día siguiente creí que había sido un sueño. A las siete de la noche me entró un dolor muy fuerte y enseguida nació un chiquito, no duró el parto ni veinte minutos. Vinieron todas las vecinas con flores y dulces, Stavros bailó un zeibekiko, por entonces la abuela todavía vivía con nosotros, se pasó la noche haciendo café en la cocina y cantando, y yo miraba al crío y me decía: «Tengo un hijo». Al amanecer refrescó y mi abuela cogió al crío y dijo: «Aquí hace un frío que pela. Me lo voy a llevar abajo, que está calentito». La abuela encendió el brasero de picón, puso al lado la cunita y, con las emanaciones, el crío a la hora estaba muerto. Las vecinas lloraron y se tiraron de los pelos, maldiciendo a la abuela para que muriera de esa misma manera, vino también el médico, lo examinó y dijo: «Tendría que ser Cristo para poder salvarlo». Y yo empecé a gritar: «¡Está sin bautizar! Que alguien lo lance al aire por favor antes de que entregue el alma para hacerle un bautismo de aire, que el chiquillo se vaya a la tumba con un nombre». Se arrodillaron todas entonces, se cogieron de la mano y se pusieron a rezar:

Creo en Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible…

»Y mientras decían la plegaria, Stavros puso al niño muerto sobre una bandeja de plata (se hacía así cuando el niño no tenía nombre), tenía que ir él solo al cementerio, enterrarlo sin pope y cavar la sepultura con su propia pala. Y cuando pasó a mi lado en la cama, jamás olvidaré su mirada mientras me decía: “Anesula, vida mía, dime, por Dios, ¿qué padre puede enterrar a su hijo solo, tirarlo en la Tierra como a un perro?”. Yo quería haberle puesto Manolis de nombre.

Esa noche Luca soñó que un hombre rubio se le plantaba delante, de espaldas, y no podía verle la cara. Se lo notaba apenado y no paraba de decir: «Me llamo Manolis», y Luca lloraba y gritaba: «¡No te llamas de ninguna manera porque no estás bautizado!». Y este empezó a volver la cabeza y a Luca le entró un pánico tremendo, no quería verle la cara, no debía verlo, y este siguió volviéndose, le vio la mejilla, «¡No!», se despertó con su propio grito. La casa estaba tranquila, en silencio. «¡No!», gritó. «¡No! ¡No! ¡No!» Fue a la cocina a beberse un vaso de leche. «No», volvió a decir, pero esa vez más despacio y abstraída, mirando la lluvia que golpeaba los cristales.

●○

Estaban a principios de marzo, pero los días eran oscuros, llovía sin parar y,

en vez de llegar la primavera, el invierno se recrudecía. Luca seguía yendo a diario a casa de Anesula, ya no iba ni a lo de Maggie ni al puerto, no llamaba a nadie, se pasaba el día entero inmóvil ante el escritorio, y a las seis se ponía las katiuskas e iba a ver a su vecina, y ya no existía otra cosa que Anesula y la pierna rota, el salón oscuro, la tele muda.

Y las historias.

—Luca, hija, ayer te fuiste cinco minutos antes de la cuenta, hoy nos quedaremos hasta las ocho y veinte y así te cuento lo del cochinillo.

—Sí, Anesula —respondió Luca mientras le untaba vaselina en la pierna, ya no le molestaba el olor.

Su vecina le sonrió y comenzó el relato:

—Érase una vez tres jóvenes hermanas. Alguien que les tenía ojeriza las embrujó. Un día que volvían a casa, cayeron fulminadas en la puerta, se llevaron un buen golpe y tuvieron que meterse rápidamente en la cama. Una había salido mejor parada y fue la que cuidó de las otras dos. Una noche escuchó unos gritos horribles en el cuarto y corrió a ver qué pasaba. Estaban sentadas en la cama y una balaba como una oveja y otra mugía como una vaca. La muchacha fue al momento en busca de ayuda, llegaron corriendo los vecinos, pero ninguno conseguía acercarse. Después de muchos esfuerzos las ataron a la cama, vino también el cura a hacerles un exorcismo, pero de nada sirvió. Estuvieron cuatro años encamadas, sin comer, sin agua, y día y noche una ladraba como un perro, la otra balaba como una ovejita, y al tiempo cambiaron, una maullaba como un gato, la otra rebuznaba como un burrito. Todos temían acercarse, hasta que un día una mujer llevó de su casa horta y leche. Le echó la horta a la que balaba, la leche a la que maullaba, y las dos se abalanzaron sobre la comida y, del hambre, se desgarraron el camisón la una a la otra. Desde entonces habían seguido viviendo con la energía satánica, atadas a la cama, eran ya viejas y una chiquilla les lanzó heno y una botella de leche por la ventana, en quince años no había ido nadie por la casa. Nos queda todavía un cuarto de hora de masaje, al final siempre te embalas, te lo noto en las manos, ¿te cuento ahora lo del cochinillo?

—Anesula, lo siento, pero estoy cansada, no puedo hoy con más historias.

—Sí que puedes, mujer. Había una vez un matrimonio, el hombre era marino, la mujer modista. Él se embarcaba y dejaba a su mujer con el niño, que tenía dos años. Una noche una sombra golpeó a la mujer mientras dormía y, cuando se despertó, el crío empezó a gruñir como un cochinillo. La madre enloqueció. Se metió en la cama con el niño y gritó: «Llevaos ahora mismo el jabón que tengo aquí al lado», aunque no había ningún jabón por ninguna parte. «¡Coge ahora mismo al cerdito, que lo vamos a degollar!». Y empezó a golpear al niño hasta matarlo. Unos días después moría también ella. Su

marido, cuando volvió inesperadamente del viaje el día del entierro, siguió a la gente sin saber que en los féretros iban su mujer y su hijo. En el cementerio, cuando vio sus nombres en las lápidas, sacó un revólver y se pegó un tiro.

Luca se fue corriendo. Esa noche soñó con un cerdo gigante que estaba sentado en el filo de su cama, mirándola fijamente. «¿Cómo te llamas?», le preguntó. Y este se rio y le dijo: «¿Para qué me lo preguntas otra vez si ya lo sabes?».

6.

Era el día del carnaval.

Solo participaban hombres vestidos de mujeres. Habían ido reuniéndose desde por la mañana y para mediodía ya estaba lleno el puerto.

Abriendo el desfile iban los albañiles vestidos de colegialas. Babi azul con cuellecito blanco, lazo en el pelo, por debajo, piernas velludas, rematadas por los zapatones que se ponían en el tajo. Llevaban carteritas rojas en la mano y las uñas negras por el cemento.

Les seguían las prostitutas. Con los pechos por delante, las medias de rejilla, las faldas con la raja hasta la cadera, las pestañas postizas, las bocas rojas, las pelucas, los tacones que se hundían entre las losetas.

Fumaban un Marlboro tras otro, y cuando el cigarro les rozaba la boca, aspiraban el humo muy femeninamente y se enjugaban el carmín con un pañuelito después de cada calada para tener los labios perfectos.

Por detrás de estos iba solo, en el centro, Yanis, el electricista, disfrazado de viuda. Llevaba un vestido negro de su abuela con un velo que se había enganchado al pelo con un cable eléctrico, tenía los ojos, la boca y las cejas pintados con rotulador negro.

Después estaba Costas, el fontanero, disfrazado de fantasma. Llevaba una minifalda blanca con botas altas, guantes blancos y una bolsa blanca de plástico en la cabeza con dos agujeros por ojos.

A mediodía llegó también la novia que iba a abrir el desfile. Llevaba un traje todo blanco, entero de encaje, y tenía la cara oculta por una calavera negra. El velo era de por lo menos tres metros de largo y lo iba llevando con los dientes una mula disfrazada de casa, encerrada dentro de una caja gigante de cartón con puertas y ventanas. El tambor y los timbales empezaron a sonar, todos se pusieron en fila y comenzó el desfile. Fueron pasando por delante de los bares, bailando la danza del vientre, enseñando las piernas y lanzando besos. Se pararon a las puertas de la panadería.

—¡Bravo, buenos mozos! ¡Por los hombres más guapos de la isla! —gritó Arjondo, la mujer del panadero, que les rompió una botella de whisky delante de los pies.

En el tercer bar estaban sentados Maggie, Alan, Plácido y Ron. Alan era muy blanco y llevaba su gabardina Burberry de siempre, negra y estrecha, había llevado un coñac Martell y unos bombones After Eight, estaba hablándoles de un escritor nuevo, un australiano que había escrito un libro sin

palabras, solo con puntos finales y exclamaciones.

—Las palabras son lo de menos —decía Alan en ese momento—, lo importante es el feeling, que es lo que intento yo también ponerle a mi libro.

—¿Al final te has hecho socio del bar? —le preguntó Plácido.

—Sí, será toda una experiencia, me he quedado con la parte de Stéfanos, y así ya no podré irme, el año pasado lo tenía decidido, pero conocí a Adelina, que no me dejó salir de la cama en un año, este año es Bill quien no me deja salir del bar…

—¿Y cuándo escribes? —quiso saber Maggie.

El desfile llegó en esos momentos a su altura. En cuanto los vio, Plácido se relamió los labios y dijo:

—Oh là là! —Y luego repitió—: Oh là là!

Los carnavaleros empezaron a bailar alrededor de su mesa. Ron se agachó y le susurró algo a Alan, ambos estallaron en risas y Alan le dijo a Maggie en voz alta, para que lo oyeran también en la mesa de al lado:

—Look at the fags!

Todo el bar se echó a reír y un americano gritó:

—It kills me, man!

Entonces una prostituta, el albañil Zodorís, que sabía inglés, se acercó a Alan, se levantó la falda, apagó el cigarro en el vaso de coñac que el otro estaba llevándose a la boca, se puso a contonearse delante de sus narices, hasta que le pegó totalmente la barriga a la cara. Ya nadie reía.

—Nosotros nos vestimos de prostitutas por un día, para echar unas risas. Vosotros seguiréis siendo maricas toda la vida. Cuando te hice la obra en tu casa, con mis vaqueros puestos, te gustaba —prosiguió Zodorís—, y no parabas de venir a ver qué hacía, no me dejabas trabajar, siempre preguntándome: «Zodorís, ¿de qué color alicatamos el baño?, Zodorís, ¿qué te parece un rosita tirando a lila?, Zodorís, ¿quieres café brasileño?, Zodorís, quédate un ratito cuando se vayan los demás, Zodorís, ¿ese cinturón es nuevo?».

Los carnavaleros habían rodeado la mesa y se pusieron a cantar amanedes:

Zodorís, ¿de qué color alicatamos el baño?,
¡amán, amán!
Un rosita tirando a lila,
¡amán, amán!

A su alrededor la gente daba palmas y cantaba también, Plácido los miraba inquieto y decía:

—Oh là!

Zodorís despegó de golpe la barriga de la cara de Alan y gritó:

—¡Vamos, chicos!

El desfile dobló una esquina y se perdió por un callejón con toda la gente detrás. El viento se levantó de pronto y el cielo se encapotó, solo los extranjeros se quedaron en el puerto y, aunque era mediodía, había una oscuridad casi absoluta.

El tambor retumbó por los callejones, el cielo se puso más negro, las medias de rejilla relucían como el acero, las pelucas batían al viento como alas metálicas, desde alguna ventana la radio anunció «Se prevé tormenta» y puso rock, llegaron a la primera parada, a las puertas del supermercado de doña Zeoni. La plaza estaba llena de mesas con vino, las habían sacado los vecinos, los carnavaleros empezaron a beber, todos bebían sin parar y los vecinos no paraban de sacar jarras llenas, y cuando se bebieron todas las que había, empezaron los bailes. Las prostitutas bailaban la danza del vientre de dos en dos, una se arrodillaba y echaba hacia atrás la cabeza, la otra bailaba a su alrededor y le echaba vino en la boca. Una de las prostitutas movía las caderas con tanta fuerza que se le rompió la jarretera, dijo «Me cago en todo» con su voz grave y pidió un cigarro.

Las colegialas se reunieron bajo la ventana de la radio y se pusieron a bailar rock. Atravesaban el aire con las piernas peludas, se les caían los lazos del pelo y se les enganchaban en la nariz, algunos hacían piruetas y se les veían las braguitas, el gentío golpeaba los pies al ritmo, y por un lado se oía «Vamos, mamita, dámelo todo» y por otro «Give it to me, baby».

De pronto la mula disfrazada de casa, que se había bebido una jarra ella solita, se desbocó. Corrió hacia el supermercado y se comió todo el jalvás que tenía doña Zeoni en el escaparate, esta quiso pararlo y el animal la coceó, la mujer se cayó de culo y la casa de cartón se volcó y la atrapó en su interior. Sacó entonces la cabeza por la ventana y se puso a gritar.

La mula se abalanzó al exterior y la novia pegó un brinco y se montó encima, se colocó muy erguida sobre el lomo, se arrancó el vestido y se quedó en vaqueros, con las katiuskas azules y el velo, se acomodó y aguijó al animal al grito de:

—¡El que me coja se casa conmigo!

Empezó a cabalgar, con el velo revoloteándole por detrás, todos intentaban alcanzarla y, en la escalera grande que bajaba hasta el mar, la novia se tendió cuan larga era sobre la mula, enterró la cara en la crin y desapareció. De la velocidad que llevaban, el velo parecía correr solo por la escalera, el galope se convirtió en eco, como si bajaran miles de mulos por la montaña, y cuando llegaron a la taberna junto al mar, la mula echaba espumarajos por la boca y la novia le enjugó el sudor que le caía por las grupas.

La tormenta estalló de pronto, unas olas gigantes se levantaron en el mar, el

aire volcó los vasos de las mesas, llovía dentro del vino.

—¡Yanis! ¡Yanis! ¿Dónde se ha metido, por favor? ¿Cómo vamos a reconocerlo con tantos trapos? —gritó el tabernero—. ¡Necesito a Yanis el electricista, por favor, chicos, decidme dónde está, es mi ruina!

Una colegiala le señaló a la viuda.

—Es ese.

El dueño corrió y lo agarró por la falda.

—¡Yanis, por lo que más quieras, es mi ruina! Se me ha averiado la cámara frigorífica de la carne, se me va a echar toda a perder, Yanis, échale un ojo, te lo pido de rodillas, por favor, Yanis, tengo doscientos pollos colgados ahí dentro.

—Vale.

—¿Tienes las herramientas?

El electricista se levantó la falda. Por debajo le colgaba una bolsita del cinturón.

—No voy a ninguna parte sin ellas. Como los médicos.

—¿Linterna?

Yanis se sacó del bolsillo una cosa que parecía un cigarro.

—Videstar. Último modelo. Electrónico.

—Venga, pues vamos allá.

Corrieron al interior del local, Nicos abrió la puerta de la cámara frigorífica, colocaron una escalera contra la pared, Yanis subió con la linterna, Nicos le sujetaba las faldas.

—Va a haber que cambiar los fusibles. Pásame el destornillador. Dame tres fusibles de trescientos amperios. Agarra con fuerza la escalera, que con los tacones no tengo equilibrio.

—Ni que estuviéramos en un quirófano —murmuró Nicos.

—Así somos los profesionales. Unos en el quirófano, otros en las cámaras frigoríficas —contestó Yanis.

Las luces se encendieron de golpe, el mecanismo de refrigeración se puso en marcha, la habitación empezó a temblar y a rugir, Yanis fue a bajar y se le enganchó el tacón en un peldaño. Apartó de un tirón el pie, la escalera empezó a inclinarse, Nicos la sujetó con todas sus fuerzas, soltó el vestido para cogerla con las dos manos, el dobladillo del vestido llegó al suelo, Nicos lo pisó y la falda entera se desgarró, con lo que el electricista se quedó en sujetador y calzoncillos. Vio caer la falda lentamente al suelo, como un paracaídas, y, de la rabia, se le saltaron las lágrimas.

—¡Levanta el zapato del vestido, hombre ya! Pero ¿cómo se te ocurre? Te lo vas a cargar, que es de mi abuela y me va a matar, es de tafetán y me lo ha dicho, me dijo: «Yanis, como no me devuelvas el vestido tal cual te lo estoy

dando, te vas a enterar, te desheredaré, haré desaparecer los televisores, las neveras, los hornos y vas a tener que dedicarte a venderles abalorios a los turistas. Ay, Jesús, Jesús, lo que tengo que aguantar. ¿A quién se le ocurre tener hoy una avería? ¿No podías haber esperado a mañana, Nicos?

—¡A mí qué me cuentas del vestido, hombre! —le gritó desde abajo el otro—. ¿Y los tacones quién te manda ponértelos? Por su culpa se ha liado todo.

—¡Encima de que te arreglo la avería en día festivo te pones a gritarme!

Yanis estaba sudando, el maquillaje se le había corrido y le rodaba cara abajo, en especial por las cejas, que formaban un gran arco sobre los ojos y le daban expresión dubitativa. Nicos volvió a mirarlo, vio a Yanis colgado de la escalera con el sostén de encaje, los calzoncillos y los tacones y ahogó una carcajada, lo señaló con el dedo y se quedó sin poder hablar de la risa que le había entrado.

—Pero ¡qué pinta tienes! ¿Tú te has visto? De verdad, Yanis, dime, ¿tú te has visto? Pareces la reina de Saba, la de la película que vimos, esa en la que salía Hércules, perdona, de verdad, Yanis, hijo, no te enfades conmigo, pero es que no puedo, me voy a morir de la risa, moriré y me llevarás al cementerio corriendo con los tacones.

Nicos soltó de pronto la escalera, se sentó en el suelo y se cogió la barriga, estaba llorando de la risa, la escalera se escoró totalmente a la derecha, Yanis se quedó suspendido en el aire, se agarró para no caerse a dos conejos que colgaban de los ganchos en la cámara frigorífica, pero acabó de bruces en el suelo. La emprendieron a golpes. Yanis le pegó a Nicos con los tacones, este cogió un pollo y se lo estampó al otro en la cabeza.

—¡Te voy a dejar el local hecho una pena! —gritaba Yanis—. ¡Cable a cable, te lo voy a dejar pelado!

Se enredaron con la falda, daban puñetazos a ciegas.

—¡Te voy a meter un trifásico por el culo! —chillaba Yanis.

Empezaron a caer pollos y conejos de los ganchos, se enredaron también en el tafetán, los carnavaleros acudieron a la puerta de la cámara al oír el jaleo y se pusieron todos a jalearlos y a lanzar apuestas.

—¡Dale, Yanis! ¡Déjalo fundido!

—¡Eso! ¡Fúndele los plomos! —gritó otro.

—Venga, viudita. Vamos, Yanis, campeón.

Los billetes de mil caían a mares, revoloteaban por el aire, se pegaban a los pollos colgados, a los conejos del suelo, por las paredes, en los muslos desnudos de Yanis, todo el mundo gritaba, se daban codazos en la puerta, hubo quien se desmayó.

—¡Agua, que vienen los guardias!

Echaron todos a correr hacia el exterior, los instrumentos tocaron con más

fuerza para disimular las pisadas, Yanis y Nicos colgaron rápidamente los animales en sus ganchos y salieron corriendo de la taberna.

Llovía con fuerza y ralentizaron el paso en la curva. La novia, que seguía encima de la mula, iba despacio, fumando. Las colegialas charlaban sobre obras y reformas, sus piernas habían adquirido el paso pesado del tajo.

—¿Cuánto cobras en lo del Dandy?

—Ocho mil por cuarto, pero nos exprime bien. Ha comprado la mitad del monte y no sabe ni lo que quiere. «Construid», nos dice un día, por la noche se lo monta con la mujer, «Demoled», nos dice al siguiente. La mujer quería veinte chorritos en la bañera romana para que le diera el agua por todas partes. Uff, qué bombón… Ay, yo sí que le daba por todas partes, le daba yo candela, ese hombre no se la beneficia bien, os lo digo, por eso ella quiere montar las del Niagara. ¿Qué decís vosotros, eh? ¿No estáis de acuerdo?

Así avanzaban las colegialas, con las manos en los bolsillos, mientras detrás las prostitutas iban de dos en dos fumando en cadena, encendían un cigarro con el anterior,
se ofrecían tabaco los unos a los otros, se pasaban el rato sacando los mecheros del bolsillo, que se apagaban bajo la lluvia, tiraban los paquetes vacíos al arroyo, se encendían el cigarro con el del amigo. La lluvia les enjugó el maquillaje de la cara e iban apareciendo los ojos, las narices, los bigotes, se quitaban las pelucas y las lanzaban a la calle, ya no parecían disfrazados, eran como si volvieran rendidos del trabajo.

Llegaron a la última taberna.

Estaba cerrada. Las mesas estaban apiladas bajo una lona de plástico que sonaba con el viento. En medio del patio estaba Mark, sentado él solo en una silla. Estaba empapado, tenía en la mano un cigarro encendido e intentaba llevárselo a la boca, pero le temblaba todo, las manos, las piernas y la cabeza, le castañeteaban los dientes, se pararon todos a mirarlo. Y un niño pequeño gritó:

—¡Mamá! Mira qué bien baila.

De pronto un chiquillo con rizos morenos se separó del gentío, corrió hasta Mark y le ofreció una rosa de papel. El pintor lo cogió y empezó a masticar los pétalos. El niño estaba como hipnotizado mirándole la boca y cada vez se acercaba más a él.

—Ahora cómete el tallo. Me apuesto algo a que no puedes.

Mark masticó el tallo y se lo tragó, estaba relleno de alambre, miraba al niño a los ojos, el crío se arrodilló de repente, lo miraba maravillado, inclinó la cabeza y la apoyó en las rodillas de Mark. Este alargó la mano, le acarició los rizos bañados de lluvia y dijo:

—No pasa nada.

El niño volvió la cabeza y apoyó la mejilla en la rodilla derecha de Mark, como si le ofreciera la cabeza entera en sacrificio para darle las gracias por haberse comido la flor.

—No pasa nada —repitió Mark, con las lágrimas confundidas con la lluvia —. Salomé… —murmuró, hundió los dedos en los bucles del niño, echó la cabeza hacia atrás, miró el cielo y gritó—: ¡No pasa nada!

Nadie pudo detener a una colegiala que se abalanzó sobre Mark gritando con un cuchillo en ristre. Lo cogió del pelo, le echó la cabeza más hacia atrás y le apoyó la hoja en el cuello. Por un momento, los tres se quedaron inmóviles. Justo después, la colegiala empezó a hablar de cara al gentío, que se quedó escuchando como si aquello fuera un teatro, hubo incluso quien se sentó de piernas cruzadas en el suelo bajo la lluvia.

—Este es mi hijo, ¿sabes? Es a mi hijo al que has querido seducir. ¿Qué culpa tiene mi hijo, marica viejo? Es mi hijo, mi niño, que es su primer año de colegio y ¿lo escoges a él? Es a mi hijo al que has tocado con tus sucias manos, lo pagarás caro, ¿sabes? Está ya en primero y encima le pago clases de violín, va a clases de violín mi hijo y tú vas y lo tocas. Lo estoy criando a fuerza de trabajar en la obra, me dejo la piel para que mi hijo toque el violín, so cabrón, y vas tú y le acaricias los rizos y me lo embrujas, ni en las rodillas de su madre se queda así de quieto. A ver si os vais todos los extranjeros a que os den por el culo en Londres o en Australia, y así dejáis a nuestros hijos en paz, ¿me estás escuchando?

Mark seguía temblando de pies a cabeza, nadie sabía si lloraba o reía, y cuando lo vio así la colegiala, se restregó el carmín de la boca, le escupió en la cara y levantó el cuchillo.

—No pasa nada —repitió Mark, que se quedó mirándolo.

Y la colegiala vio tal reconocimiento y alivio en su mirada, tal impaciencia, que se quedó con el cuchillo en el aire. Y entonces alguien la agarró por detrás y se lo arrebató.

—¿Quién eres tú? —gritó.

—El guardián del orden.

La colegiala se volvió y vio el uniforme. La cara de Manolis le sonreía, pero seguía apretándole la mano con fuerza.

—Qué lástima que se haya puesto a llover. Os ha fastidiado el carnaval.

—Desde luego, señor guardia.

—No sabía que tu hijo tocaba el violín. Un día voy a ir a tu casa a escucharlo.

—Desde luego, señor guardia.

—Ya te puedes ir, yo me encargo del resto. Es mi trabajo.

La colegiala cogió a su hijo de la mano, empezó a subir con él lentamente

por la escalera grande, le apoyó la mano sobre los rizos. Los carnavaleros y el resto de los presentes los siguieron, se fueron todos en silencio y se perdieron al doblar la esquina.

Se quedaron solos, Mark en la silla, Manolis de pie. Cuando el pintor miró al otro, comprendió que el retrato sin cabeza que lo esperaba en el caballete era Manolis y se preguntó cómo no se había dado cuenta. Con la de veces que lo había visto en el cuartelillo, en la calle, en los bares, y no se había dado cuenta… Tampoco se había fijado en su sorprendente belleza, en los ojos verdes, el pelo rubio y ese brillo en la mirada. «Puede que sea por la lluvia», se dijo. «Sí, seguro que es cosa de la lluvia, siempre le da un brillo pasajero a las caras. Quizá también el niño de los rizos mojados, si lo viera tocando el violín en la cocina, con su madre al lado friendo pescado, me parecería un monstruo. Pero a mí, que estudio los rostros, porque ese es mi trabajo, ¿cómo es posible que se me haya escapado un rostro así, una mirada como esa?». Y entonces, al volver a mirarlo detenidamente, sintió otra cosa: que sí que se había fijado en esa cara desde el principio pero que la había olvidado a conciencia, porque hasta ahora no había llegado el momento de que ese rostro existiera, y la razón ni la sabía ni le importaba.

Manolis se encendió un cigarro y, cuando acercó la mano a la boca, Mark vio por fin ante él el retrato terminado en el caballete, el cigarro se acercaría por fin al rostro, el rostro de Manolis. Y mientras, a su alrededor, aparte de la lluvia, lo envolvió un aroma a muerte —porque con el fin del retrato fue como si la Tierra cambiara de trayectoria—, y una vez más no supo la razón ni le importaba, comprendió que volvería a pintar como pintaba de pequeño, con esa naturalidad y esa despreocupación, y se levantó para irse. Cuando cada uno llegó a una punta de la calle, se volvieron para mirarse, y Mark subió por las escaleras y Manolis bajó hacia el mar.

Esa misma tarde encontraron el cuerpo sin vida de Alex Kopesky. Lo habían arrojado al mar desde gran altura. Tenía la espalda clavada en una roca, lo había atravesado casi hasta el pecho. Las autoridades concluyeron que había sido un homicidio porque no era posible que hubiese caído con tanta precisión justo en el pico de aquella roca. La anciana que lo encontró dijo una y otra vez que lo que más impresión le había causado había sido que el cadáver sonreía con la vista clavada en el cielo.

7.

Mark acabó el retrato al día siguiente de morir Kopesky. Era Manolis, y una vez más se preguntó cómo había estado tanto tiempo sin darse cuenta de a quién pintaba. Era Manolis, y pintó la cabeza como la había visto el día anterior en el carnaval bajo la lluvia, con el pelo rubio pegado a la cara, las gotas que le rodaban por las mejillas, y era un retrato extraño porque el cuerpo, muy chupado, parecía de otra persona.

Y ahora, desde el caballete, los ojos verdes de Manolis lo seguían allá donde iba, en un momento dado se le fue el santo al cielo y fue a encenderle el cigarro porque Manolis estaba allí en el cuadro, llevándoselo a la boca. Desde un ángulo en concreto el retrato le recordó de pronto a Luca, y eso no le gustó nada. No se había fijado antes en esa similitud, pero el retrato mostraba sin duda un parentesco oculto, algo en la mirada, un punto angelical y ausente, lo que siempre le excitaba en Luca y le daba miedo en Manolis.

Ese día ni bebió ni salió de casa.

A mediodía se sentó en un sillón justo delante del retrato y se comió un huevo duro sin apartar la vista de Manolis, que no terminaba de acercarse el cigarro a la boca. Se comió el huevo muy lentamente, para cuando llegó a la yema se había puesto el sol.

Por la noche salió y violó a un chiquillo que volvía de comprar yogures en la tienda del barrio. Lo acorraló detrás de su casa, en el suelo delante de la puerta de la iglesia, y los yogures se derramaron y se colaron por debajo de la verja. Fue una violación brutal, con el niño que no paraba de suplicarle que lo dejara y Mark que lo cogió por el pelo y le golpeó varias veces la cabeza contra el empedrado, hasta que el niño dejó de gritar, apoyó la mejilla sobre la piedra fría y sollozó entrecortadamente, llamando a su madre y sorbiéndose los mocos.

El niño tenía nueve años y, durante todo el tiempo que tuvo a Mark encima, apretó con fuerza en el puño una goma que acababa de comprar con los yogures, una goma rosa en forma de elefante y con olor a caramelo, y a pesar del dolor y del miedo, no abrió el puño ni una vez para no perderla, aunque seguramente con las dos manos hubiera podido resistirse o incluso impedir la violación.

8.

Manolis estaba al mando de la investigación del homicidio de Alex Kopesky. Convocaron a todos los extranjeros en el puesto. Eran amigos íntimos de Alex y, por tanto, todos sospechosos.

Iban todos los días sin falta, se sentaban frente a él y Manolis les ofrecía un Camel y café. Siempre tenía un jarrón con gardenias en lo alto de la mesa.

—¿Nombre?

—Maggie Epstein.

—¿Profesión?

—Novelista.

—¿Fuma?

—No.

—¿Café?

—Sin azúcar. Sobre lo del asesinato… —empezó a decir Maggie.

Pero Manolis la interrumpió en el acto:

—Vamos a dejar de momento el asesinato, tenemos otras cosas mucho más interesantes de las que hablar. —Y se ponía a hablar de arte, de pintura, de la primavera y, si bien el interrogatorio era en teoría sobre el asesinato de Kopesky, Manolis no mencionó el tema ni una sola vez—. Quiero conoceros a todos —dijo, y les regalaba gardenias.

Nadie tenía coartada, cambiaban sus declaraciones día sí, día también, y, más que un interrogatorio, la visita al cuartelillo parecía una fiesta. Todos querían ver a Manolis, era primavera, el sol daba de lleno en su escritorio, el guardia reía, se echaba para atrás el pelo y reía, abría la ventana, «Mirad los montes, se han llenado de margaritas», decía, y Maggie, Ron o Plácido se quedaban mirándolo, embriagados por esa vitalidad que tenía, ese brillo. Todos lo adoraban, los compañeros de la oficina le hacían el café, la limpiadora le dejaba un dulce en la mesa a diario, los niños corrían detrás de él por el puerto para admirar su uniforme, y nadie recordaba cuánto hacía que Manolis trabajaba en el cuartelillo, era como si hubiera aparecido con la primavera, nadie lo recordaba en invierno, nadie lo había visto.

En cuanto entraban Alan o Plácido, Manolis se levantaba, se sacaba el revólver de la funda que llevaba siempre en el cinturón y lo ponía al lado de las gardenias, y nadie sabía si aquel movimiento era una amenaza velada o un gesto de cortesía. Había veces en que los miraba con los ojos empañados de cierta fatiga, de algo antiguo, pero era muy fugaz, y luego además se estaba

tan bien en su despacho, se peleaban por ver quién entraba primero, Alan fue dos días seguidos y Maggie se enfadó y esa noche no lo invitó a cenar. Ese segundo día Alan se pasó allí la mañana entera, se fumó tres paquetes de Camel con Manolis.

—¿Eres periodista?

—Sí, pero sueño con escribir una novela, por eso he venido a la isla, porque este sitio tiene algo de…, ¿cómo decirte…?, de…

—¿Metafísico? —Manolis rio—. Es una palabra que se ha puesto de moda, ¿no te has fijado?

No, Alan no se había fijado y, más bien al contrario, nunca oía la palabra «metafísico», pero Manolis era tan convincente, quizá tuviera razón, sí, seguro que la tenía, con el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos, se retrepó hacia atrás en la silla y apoyó la cabeza en la pared.

Es guapo,se dijo Alan. Muy guapo.

—Sí, vienen a la isla, se encierran en una casa con una pila de folios y una máquina de escribir y escriben chorradas. ¿Tampoco te habías fijado en eso?

Manolis volvió a reírse cuando Alan salió corriendo; lo oyó reír ya en la calle. Al llegar a su casa y ver los papeles y la máquina de escribir, se fue directo al bar y se emborrachó, y estuvo una semana sin recobrar la sobriedad.

Mark, por su parte, nada más entrar en el despacho, vio la goma del niño en la mesa, al lado de las gardenias. Manolis le ofreció un Camel, fumaron en silencio.

—He terminado tu retrato —le dijo Mark.

Manolis cambió la goma de sitio.

—Lo sé. Me gustaría verlo.

—Llevaba años pintándote, pero hasta que no te vi el otro día en el carnaval no comprendí que era a ti a quien pintaba.

—Me gustaría verlo. —Manolis volvió a cambiar de sitio la goma.

—Es mi mejor obra, con tu retrato he alcanzado mi expresión más absoluta, tu retrato es la cumbre de mi carrera, nada podrá superarlo.

—Lo sé. —Manolis puso la goma en la palma de Mark.

—¿Qué es esto?

—Un elefantito que tenía en la mano el niño al que violaron en tu barrio. ¿Sospechas de alguien?

—No.

—¿Sabes algo sobre el asesinato de Kopesky?

—No. ¿Y tú?

Y esa fue toda la investigación.

9.

Al día siguiente de morir Kopesky, Alana se comió la pluma de Luca. La masticó, la dejó como una presa a los pies de su dueña. Luca la lloró con mucho sentimiento. La enterró en el jardín, puso incluso una cruz en la que escribió: «Montblanc, modelo de 1967».

Por primera vez, bajó al puerto por la mañana. Llovía, como el día anterior en el carnaval, pero aun así se sentó en la terraza del bar, pidió un té, de las mesas vacías de alrededor caían riachuelos, dentro del local unos muchachos se levantaban de vez en cuando, pegaban la nariz al cristal y la miraban. Había algunos que eran guapos, sobre todo un chaval al que veía a menudo en un caique amarillo anclado en el puerto y que se pasaba el día bailando música disco con un radiocasete en la mano, y ahora la miraba fumando tras el cristal del bar, se le acercó entonces un albañil con una camisa rosa pegada por la lluvia y una cadena de oro al cuello, le dijo algo señalando a Luca y se rieron, ella le dio la vuelta a la silla, de cara al mar. Volvió a pensar en su pluma, en lo mucho que la adoraba y en lo mucho que odiaba a Alana, a la que tenía allí a su lado. ¿Qué iba a hacer sin su pluma? ¿Con qué repetiría cien veces «Tengo que escribir»? La llenaba a diario, la colocaba al lado de los folios, y era como si la aguardara, siempre preparada. La lluvia caía ahora en su taza, el té rebosaba, empezó a caerle en el zapato y la rodaja de limón se desbordó también, se cayó y acabó pegada en el pelambre de la perra. Y entonces Luca se echó a reír, llevaba meses sin reír, se vio a sí misma en la playa vacía con las tumbonas mugrientas, con el té que se convertía en lluvia, y la pena que había sentido hacía unos instantes por la pluma que se le había roto se transformó en un alivio inmenso. Fue la primera vez que sintió que quería de verdad a la perra, la cogió en brazos y la abrazó con fuerza y Alana lo comprendió, le echó las patitas al cuello y empezó a lamerle la cara dando gañidos de felicidad. Alana, que llevaba tantos meses queriendo en secreto a Luca, esperando el amor de su dueña, sabía, en su mente canina, que esta siempre había odiado esa pluma, y por eso mismo la había roto. Se miraron a los ojos entonces y Luca pensó: «Sí, era perfecta, siempre preparada para escribir, indiferente a mi estado de ánimo, neutral, siempre desbordante de tinta, como si fuera un hombre tendido en mi cama, flemático, eternamente dispuesto, pero sin amor, mecánico, y con alguna venganza futura en mente». Era tal la liberación que sintió que se levantó y se puso a bailar con Alana bajo la lluvia, le corría tinta roja por las venas. Se había convertido ella misma

en el libro y en la herramienta que lo escribiría, sintió cómo le crecía cada uña, se pasó la lengua por cada diente, se besó la muñeca, sintió que la pérdida de la pluma era el principio de un striptease mucho más profundo, volvió a su casa cantando. Después se lavó el pelo, se pintó de rojo las uñas de los pies, se miró en el espejo, llevaba mucho tiempo sin hacerlo, era guapa. Reunió todos los lápices y los rotuladores que había en la casa y empezó a escribir. Escribió hasta por la mañana, como en otros tiempos, mejor incluso. Cuanto más mordisqueados estaban los lápices, cuanto más desvaído y descolorido era el trazo de los rotuladores, más rápido escribía ella, con más perfección y seguridad.

Cuando se acostó, levantaba a cada tanto la cabeza para mirar los folios, en cuanto iba a vencerle el sueño, volvía a mirar, y cuando cerró por fin los ojos, no paraba de pensar: «¿Qué le dirá el protagonista a esa mujer a la que tanto desea? ¿Se encenderá un cigarro y le preguntará: "¿Quieres venir a casa a tomar la última?" o le encenderá el cigarro a ella mientras le dice: "Vente a mi casa y nos tomamos otra, que es temprano."?».

Pero Luca no soñó con el libro. Soñó con todos los hombres a los que había querido. Los vio como acróbatas de un circo, pasaban por delante de ella, se postraban y se quitaban el sombrero, se subían luego a las cuerdas y hacían algún número complejo y temerario bajo una carpa vacía, sin música y sin público, con Luca sentada sola en primera fila, aplaudiendo. Pero pasaba algo con las caras: se intercambiaban la nariz, el pelo, Michael tenía las manos largas de Rubin, Timothy inclinaba hacia delante la cabeza como solía hacer Christian, Christian aparecía rubio aunque en realidad tenía el pelo negrísimo, y Rubin hablaba francés como Christian a pesar de que era noruego. Las caras empezaron entonces a dar vueltas ante ella, fragmentadas, cubiertas de sangre, gritando cada vez más rápido, más cerca, y había una que no reconocía. Tenía el pelo rubio y empapado, le tapaba por completo la cara, estaba diciéndole todo el rato su nombre, pero Luca no lograba oírlo, se echó hacia atrás el pelo y le apareció la cara, Luca lo miró atribulada y le dijo: «Pero si yo a ti te conozco, te conozco perfectamente». Y el otro respondió: «No, mientras no sepas mi nombre».

A la mañana siguiente volvió a bajar con Alana al puerto. Miró los escaparates con las joyas, a la derecha ponía «Gold» y a la izquierda «Silver», miró los tenderetes de abalorios y postales en las que aparecía la isla en plena puesta de sol, como ahogada en sangre, compró diez rotuladores, se encontró con el chico montado en su caique amarillo, bailaba mientras metía el pescado en cajas, en cuanto la vio, subió el volumen de la música. Luca se sentó en el bar, en la misma mesa de la terraza, ató a Alana a la pata de la silla, sacó los folios, puso al lado diez rotuladores negros, se sacó otros diez del bolsillo,

intentó concentrarse. Pero los ojos no paraban de levantarse de la página, lo miraban todo con tanta sed, con tanta avidez, como si vieran por primera vez hombres tomando café, encendiendo cigarros, mujeres peinándose disimuladamente, miraba con avaricia, ahora que podía escribir se abandonaba a esa mirada que se le había negado durante tanto tiempo como un castigo.

Llegó el barco turístico con los japoneses. Los gatos corrieron como siempre, cojos, tuertos, bajaban del monte, salían de debajo de las piedras, se ponían todos en fila y esperaban. Apareció el mozo de cabina con una bolsa de plástico y les echó restos de pescado. Los japoneses les echaron fotos a los gatos, uno se agachó para acariciar a uno atigrado enorme, el gato le arañó, el japonés dijo «Never mind», pero acto seguido le pidió a su mujer el yodo y se lo echó en la herida. Otro se acercó a Luca, miró los veinte rotuladores sobre la mesa y preguntó:

—How much?

—Twenty thousand dollars —contestó Luca.

El hombre la miró con recelo y se fue.

—¿Ahora te dedicas a vender rotuladores? El año pasado escribías libros.

Luca se volvió y allí estaba Byron, al que no veía desde el verano, sentado en la mesa de al lado. No tenían nada que decirse. Se conocían desde pequeños, se veían todos los veranos y nunca tenían nada que decirse. A veces se encontraban en el bar y estaban los dos solos y no se decían nada, una vez Luca se había fijado en que él llevaba un reloj de muñeca muy bonito, de esos de plástico que estaban tan de moda, uno celeste, y en todo ese verano no había sido capaz de decírselo, que le gustaba el reloj que llevaba.

—¿Quieres que cenemos juntos esta noche? —le propuso él.

—Sí —contestó ella, que le sonrió entonces—. Me gusta mucho tu reloj.

Fueron a cenar a un restaurante francés. Estaban poniendo música japonesa, los camareros eran negros y el propietario, suizo. Byron fumaba un Dunhill tras otro. Tenía una boca infantil que se arqueaba ligeramente por las comisuras, como si las hubieran castigado sin ir al cine. Tenía una cara bonita, delgada, algo incierta. Se miraban y una vez más no se decían nada, a pesar de que bebían champán y comían langosta.

Luca intentó pensar qué podía decirle sobre las langostas: ¿que eran rojas?, ¿que las prefería a las gambas? ¿O, por el contrario, que prefería las gambas a pesar de que en teoría la langosta tenía un sabor más delicado, sobre todo a la brasa? Byron encendía un Dunhill tras otro, Luca había repasado mentalmente todos los crustáceos, las maneras de cocinarlos, las épocas, los colores y los tamaños, eran ya las doce. De pronto Byron la miró con tal rabia que por un momento Luca creyó que o le iba a dar una bofetada o se iba a levantar para

irse. Y entonces la presa se rompió. Acercó la cara a la de él, le puso los dedos en los labios, se olvidó de los crustáceos y empezó a hablar con virulencia, deprisa:

—Byron, cuando escribo, escucho a una vecina, a doña Zeodora, que se ha tirado treinta años viviendo en el monte con sus cabras, sus ovejas y su marido, Stamatis, y que el año pasado se mudó aquí al pueblo. Mi ventana da a su patio. Doña Zeodora grita mucho porque en treinta años lo único que decía era: «¡Stamatis, sácalas del establo! ¡Stamatis, mételas en el establo!». Ahora, de tanto dar voces, tiene la tensión a veintidós y una voz cada vez más poderosa. Vive con su suegra, que tiene ochenta y nueve años y está que se muere. Todos los días vienen unas cuantas mujeres a ver a la moribunda, se le sientan alrededor y le preguntan cosas de cuando se muera. «Anguelikí», le preguntan, «¿qué cementerio prefieres?, ¿el de ahí arriba en el monte o este de aquí, que tiene vistas al mar?». «No sé», responde Anguelikí, y se agobia porque no lo tiene decidido. Le pide a doña Zeodora un poco más de leche y esta le grita: «Te la has bebido toda, no queda más, dentro de poco no vas a necesitar ni leche ni nada». Y la vieja dice: «Me muero», y doña Zeodora le grita: «¡Pues ya ves tú qué cosa! ¿Tú sabes lo que es tener veintidós de tensión?», y la vieja dice: «Tengo hambre», y la otra le responde: «Has comido, has bebido, sanseacabó». ¿Entiendes, Byron? —Luca estaba sudando, él le enjugó la frente con el pañuelo, le apretó ligeramente la boca con los dedos.

—Yo —le contó él— cuando trabajaba de general manager en los cruceros, me tiraba a todas las pasajeras que pillaba. Siempre me decían que eran fieles, una iba a Sídney a encontrarse con su marido, otra a Ciudad del Cabo, todas me decían lo mucho que querían a su hombre y por las tardes nos tomábamos algo en el bar y me enseñaban fotografías de sus hijos, pero por la noche se me presentaban en el camarote. Al día siguiente en el desayuno, después de toda la noche dale que te pego y con los chupetones y los mordiscos en el cuello, otra vez me venían con la historia de que eran fieles, de que no sabían cómo había podido pasar, de que si era todo culpa de la bebida. Esa noche se me presentaban otra vez en el camarote. Cuando llegábamos a puerto, allí estaban esperándolas los maridos, con sus ramos de flores, y dándome a mí las gracias por haber cuidado tan bien de sus mujeres. Por las noches tiraban de mí para que bailara con ellas, todas iban con vestidos de brocados, se me enganchaban las uñas en la tela, solo por eso las habría matado, se frotaban contra mí, por las noches en el camarote se desgarraban los brocados y yo apretaba los dientes, me recordaba a las tizas cuando me daban grima en el colegio, y luego gritaban: «I am coming! I am coming!». Y el barco se balanceaba y me venían arcadas.

●○

En su casa él la desnudó, la tendió sobre una alfombra junto a la chimenea, era áspera y le levantaba la piel.

—Sabía que algún día serías mía.

—¿Como las mujeres de los cruceros?

—No. Como las mujeres de la isla. Hace mucho tiempo que te deseo. Estás siempre como distraída, como con prisas, y me gusta que te comas las uñas y tus pintas de vagabunda.

●○

Más tarde: «No te imaginaba tan tierna, tan fogosa». Más tarde aún: «Nunca he sentido nada igual». Y antes del alba: «Podría seguir sin parar, todo el día, estar contigo día y noche, sin parar nunca». Y cuando amaneció: «Nunca he sentido nada igual». Byron preparó café y por primera vez hablaron de verdad, fumaron y hablaron durante horas, pero solo de lo que les ocurría: de un movimiento, un beso en concreto, de las horas que se pasaron tendidos y besándose solo en la boca, echados de costado, las manos entrelazadas en los cuellos. Al día siguiente volvió a casa de él. Cuando se tumbaron en la alfombra, los cuerpos les eran plenamente familiares.

—Puede que esa ausencia de diálogo entre nosotros durante años sea lo que haya permitido que nuestros cuerpos fueran libres de amarse desde la distancia —dijo Luca, y sus extremidades se quisieron.

Byron le dio una palmada en la cadera, con fuerza, y le preguntó:

—¿Te duele? —Y Luca le dijo que sí, y él la apretó entonces más fuerte y le preguntó—: ¿Alguien te ha hecho daño así antes? —Y Luca le dijo que no, y se hizo de día.

Cuando volvió a su casa, se encontró en la cama una de esas enormes arañas peludas y la mató sin asomo alguno de miedo, a pesar de que normalmente la aterraban. Y sintió una gran gratitud hacia Byron. Al haberla amado como la había amado, ella ya no temería nunca a las arañas. Aunque no pensaba decírselo; habría sido como darle el poder que esperaba tener cuando le preguntaba «¿Te duele?». No, lo de las arañas sería su secreto.

—¿Te duele? —volvió a preguntarle la tercera noche y, a la cuarta, le hizo bastante daño.

Al quinto día llovió y Luca recibió una llamada para que fuera al cuartelillo. Habían iniciado la investigación por el asesinato de Kopesky. Quería ir temprano, para luego irse corriendo a casa de Byron, no quería que sucediera nada más en su día, no podía imaginarse a sí misma más que subiendo a todo correr las escaleras que la llevaban a casa de él.

Ya en el cuartelillo, esperó sentada en un banco, había cerrado los ojos y estaba pensando en la alfombra junto a la chimenea, intentó recordar los complejos dibujos y los colores, la llamaron, entró en un despacho. Tenía a alguien sentado enfrente. «Pero a él lo conozco, lo conozco muy bien.» Sintió un temor, el hombre tenía el pelo rubio empapado, no paraba de repetirle cómo se llamaba, pero ella no lo escuchaba, el rostro desconocido de su sueño le gritaba una y otra vez su nombre.

—Me llamo Manolis.

Luca se sentó en una silla, se sintió de pronto muy cansada. Se olvidó de Byron. El pánico del amor verdadero empezaba a asomar.

10.

Luca miró sus papeles. Los lápices mordisqueados, los rotuladores gastados habían pasado por el papel sin dejar huella. De vez en cuando aparecía una letra, el final de una palabra. Daban al papel un aspecto aún más vacío, más blanco. Cerró los ojos, intentó volver a encontrar una frase con el tacto, un punto, una coma. No había nada. Apoyó la mejilla sobre los folios, empezó a llorar desconsoladamente. Y mientras lloraba por el libro invisible, se fijó en que el papel se bebía las lágrimas, pensó que era de mala calidad, a pesar de que Makis, el del quiosco, le había jurado lo contrario. Le entró vergüenza. Se acordó de una escena que había visto en un ambulatorio: desde una cabina telefónica, una mujer, mayor y gorda, le anunciaba a algún familiar la pérdida de un ser querido y, a pesar de que lloraba y chillaba que iba a morirse, en cuanto terminó la conexión y apoyó el auricular, metió automáticamente la mano bajo el aparato, para ver si por casualidad había salido la moneda.

11.

—¡El Delfín Volador!

Alan saltó de la cama. Eran las siete menos cuarto de la mañana y había perdido el barco rápido, el volador. La noche anterior había preparado las maletas y se había vestido para el viaje, se había puesto incluso la gabardina Burberry a pesar de que era mayo, quería estar totalmente preparado. Se echó de esa guisa en la cama y se dedicó a fumar y a beber café, iba escuchando la campana que daba las horas y contándolas, se acercó el reloj al oído por si se le había parado, y desde la ventana vio pasar toda la noche, escuchó el primer autillo de la temporada, y se pasó las horas hablando solo, y riendo, porque en el libro en el que estaba trabajando había querido escribir un monólogo interior, y aunque sabía los mecanismos y había estudiado a todos los autores que lo habían utilizado hasta la fecha, le era imposible lograrlo, en cuanto empezaba el monólogo, su protagonista se parecía al chico que vendía los helados en el bar de Antonio, era como si se pusiera a gritar «Ice cream! Ice cream!» a los japoneses que bajaban del barco de turistas, y resultaba que ahora «solo aquí en plena noche, me pongo a construir un monólogo interior que jamás seré capaz de escribir».

Alan bebía café y fumaba, miraba por la ventana y hablaba: «Adorada isla mía, cuánto te odio, prisión asfixiada ahora por las flores, nunca había deseado tanto irme de un sitio, no aguanto ya tu magia, no soporto estar embrujado así, mi mirada no es ya sino el espejo de la luz que se posa en ti, te miraré hipnotizado por siempre jamás, y cuando deje de verte, seguiré sintiéndote, y cuando deje de sentirte, moriré. Cómo anhelo la suciedad y la fealdad, quiero ciudades, calles, coches, levantarme una mañana y esperar en un semáforo en rojo para cruzar la calle, esperar y que pasen camiones, que me miren desde las ventanillas y se ponga en verde y cruzar la calle, que tendrá pasos de cebra para los peatones. Mañana por la noche estaré caminando por alguna ciudad. Me habré salvado».

Hacia las cinco se tendió un momento y le venció el sueño. Escuchó que el hercúleo Iraclís gritaba «¡El Delfín Volador!». Y vio entonces que el primer hidrodeslizador paraba abajo en el puerto y volvía a zarpar al instante, levantó las alas como un enorme insecto metálico y se perdió por detrás del cabo. Se apoderó de él tal pánico que mientras cogía las maletas y se precipitaba hacia la puerta, se llevó también la cafetera, y cuando llegó al bar la dejó sobre una mesa, estaba llena y el café todavía caliente. Iraclís estaba en el espigón. Eran

las siete y cinco. Estaba hablando con el amantero del puerto y Alan los invitó a ambos a su mesa, les ofreció café, «De filtro», les dijo, quería engatusarlos, sobre todo a Iraclís, que se había convertido para Alan en el semidiós de los voladores, al grito de «¡El Delfín Volador!» con esa voz suya tan juguetona y cantarina, como si protagonizara un one man show en Broadway.

El amantero sacó dos vasos de papel de una papelera que había pegada a un poste de la luz. En la papelera se leía «Rubishes».

—Están limpios —dijo—. Los dejo todas las noches ahí en la papelera cuando la vacían, y así por la mañana me bebo mi café o mi zumo de naranja cuando se me antoja.

Se sentaron, sirvieron el café, encendieron cigarros. Estaban solos en la playa, con todos los bares cerrados, el sol aún escondido tras el monte.

—Tú te has traído la cafetera de tu casa y nosotros teníamos listos los vasos, ¡a eso lo llamo yo organización! —dijo con solemnidad Iraclís, que calló entonces.

«Tengo que andarme con cuidado, no vaya a volverme ahora loco o a morir de la risa», pensó Alan, que preguntó entonces a qué hora llegaba el siguiente volador.

—¿Tu pelo es rubio natural o te lo oxigenas? —le preguntó Iraclís—. Te lo pregunto porque mi mujer es tirando a rubia y un día se echó agua oxigenada y luego tomó el sol y se puso como una zanahoria.

—Es natural —respondió Alan.

—Mi mujer está atontada —declaró Iraclís, que calló.

Después recordó la pregunta, intercambió una mirada con el amantero, se sacó cada uno un papel del bolsillo y los extendieron sobre la mesa.

—¿A qué día estamos?

—A dos de mayo —dijo el amantero.

Iraclís miró su papel.

—La middle season acaba en mayo, pero no pone qué día.

El amantero miró el suyo.

—Incorrecto. La high season empieza en mayo, luego, si hoy es dos de mayo, eso significa que estamos ya en la high season y los horarios cambian. Lo sentimos, don Alan, pero hoy es un día difícil, en lo que respecta a las horas. De todas formas, yo le aseguro que hoy es ya high season.

Iraclís se había puesto nervioso, estaba arrugando el papel y subrayándolo con un rotulador rojo.

—No. La high season empieza en mayo, pero no sabemos qué día y ahora estamos todavía en la middle season, camino de la high season, es decir, que tendemos a la high season, tenga, don Alan, mírelo usted, para mí está claro, no hay tutía.

Alan vio salir el sol por detrás del monte, estaba sudando y le temblaban las manos porque no había bebido.

—¿A qué hora hay barco hoy? ¿A qué hora es el siguiente? Exijo saber a qué hora pasa el siguiente volador.

—Se desconoce —contestó Iraclís—. Puesto que no sabemos si estamos…

—Sí —dijo Alan—. Sí, Iraclís, lo he entendido, no lo repitas, pero, God damn it, ¿a qué hora pasa el siguiente?

—Se desconoce, señor Alan, y no diga palabrotas que es muy temprano, qué culpa tenemos nosotros de no saber si…

—Oh! Shut up! —La voz de Alan resonó con fuerza por el muelle vacío—. Excuse me.

—Never mind —lo tranquilizó Iraclís.

Eran las únicas palabras que sabía en inglés y siempre que las decía se alegraba. Le hizo una señal al amantero y ambos se pusieron en pie.

—Bon voyage —le deseó el amantero.

Había aprendido la expresión de una japonesita a la que había acorralado en un callejón el tiempo que hizo escala allí el barco, ella luego le hizo incluso una foto desde la cubierta y le gritó: «Bon voyage!» «¿Qué significa?», le había preguntado a un mulero. «Buen viaje.» «Pero si es ella la que se va, ¿para qué me dice a mí “bon voyage”?» «¡Qué más dará, hombre! —le dijo el mulero—. ¿Te la has tirado o no? Grítale tú ahora “bon voyage” y todos contentos.»

Iraclís y el amantero se fueron.

Amanecía en la playa vacía. Alan estaba sentado con las maletas entre las piernas, la gabardina abotonada hasta el cuello, el cinturón apretado, esperando. La cafetera seguía llena de café caliente sobre la mesa y el mar estaba vacío, no pasaba ni un caique, y el sol iluminó las montañas y brotaron las margaritas y las amapolas y Alan se acordó de que era primavera y por un momento sintió de nuevo ese amor por la isla, el mismo amor que lo embargaba estando en Australia cuando recordaba alguna calle, algún aroma.

—¡Por lo menos te has librado de los horarios de la low season!

Alguien rio a sus espaldas, volvió la cabeza, Manolis en uniforme, impecable, lo miraba con aire conspirativo, preparado de nuevo para reír, también en los ojos se le notaban las ganas, tanto era así que Alan se volvió hacia atrás y no pudo refrenar la risa que llevaba tanto tiempo acumulando por dentro, los dos atacados por los espasmos y sin poder hablar.

—Bon voyage —dijo Alan con su acento inglés, y la risa les entró más fuerte todavía.

Se desabotonó la gabardina y la lanzó encima de las maletas.

—Tanto hablar de la high season, ¿por qué no nos vamos a tomarnos un

highball en el bar?

—Pero a estas horas los bares de copas están cerrados. Dentro de nada abre el de Antonio, allí podemos tomarnos un brandi —dijo Manolis.

—Hoy estoy que no estoy. Es como si me hubiera ido y se me hubiera olvidado todo aquí. Porque es que soy yo el que abre el bar de doce a tres desde hace unos meses. Me hice socio de Bill, le compré su parte a Stéfanos cuando fue a desintoxicarse. ¿No sabías que era socio? No quiero tomarme un brandi, quiero ver llegar el barco y largarme.

—Tranquilo, que ya te irás. Llegan barcos continuamente, lo que pasa es que no sabemos los horarios. Nosotros nos sentamos aquí y nos la pillamos y, en cuanto lo veamos llegar… —Manolis se sacó un papel del bolsillo y lo leyó —: Off you go!

Alan volvió a estallar en risas.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En el cuartelillo. De vosotros. ¿No me paso el día con extranjeros? Yo voy apuntando cosas en un papel, aprendo también muchas expresiones, mira, escucha: «What the fuck», «Screw you bastard», «mother fucker», «faggot», que es mejor que «queer», eso me dijo un negro con el pelo teñido de naranja, un marica de dos metros que una noche en el cuartelillo quiso estrangularme… ¿Tú qué prefieres?, ¿«fag», «faggot» o el «pédé» francés?

—Homosexual.

—Tienes razón. Es más discreto. —Manolis le guiñó un ojo.—Y además tú eres un mujeriego, tres veces te has casado, te he conocido tres mujeres, muñequitas rubias del norte, como me gustan a mí, y los bombones con los que te he visto… Los dejas a todos por el suelo, auténticos bomboncitos. ¿Y después del bar te las llevas a tu casa?

—Claro. ¿Adónde quieres que me las lleve?

—No, porque alguna que otra vez me ha parecido que te despedías de ellas en la puerta del bar. Habrá sido algún caso aislado. De todas maneras, yo se lo digo a todo el mundo, que eres un ligón, y que digan lo que quieran los albañiles y los muleros, para esa gente todos los extranjeros son maricones porque son personas educadas y con modales, pero yo siempre digo de ti que no solo eres australiano, sino también donjuán y escritor como… —Manolis volvió a sacar el papel—… Hemingway, escritor y periodista, como tú. Premio Nobel. Se voló la tapa de los sesos con una escopeta en su casa de campo. Tenía barba.

Manolis volvió a guardarse el papel en el bolsillo. Fumaron en silencio. Eran las ocho y cinco.

—Esta isla está llena de escritores —prosiguió de pronto Manolis, como si le preocupara esa constatación—. Vienen aquí todos y se atormentan, uno que

no escribe, el otro que no puede parar, todos enferman. Si a mí me pidiesen que hiciera una historia y tuviera que tirarme las horas poniendo sobre el papel, con mucho detalle, cómo fuma uno, cómo se viste el otro, yo también enfermaría, vamos, no me veo capaz. ¿Cómo vas a escribir lo que siente nadie? Si en el fondo no sabemos muy bien qué sentimos en la vida real, cambiamos de humor de un segundo para otro, yo, mientras me fumo un cigarro, ni me acuerdo de en qué estaba pensando cuando me lo encendí, y vosotros intentáis poner todo eso sobre el papel, y que encima tenga un sentido. ¿Por qué os atormentáis de esa manera, hombre? Por eso estáis siempre como una cuba, y uno acaba suicidándose como el señor del Nobel, tú lo único que quieres es escapar, ¿por qué mejor no escribes cartas y así te desquitas? La isla se presta mucho a la correspondencia, yo escribo mis informes con rotuladores bonitos, le pongo también un poco de sentimiento y me desfogo.

—¿Tú cómo sabes todo eso?

La cara de Manolis se suavizó, cambió, la boca formó un arco desconocido.

«Pero si tiene cara de intelectual», pensó Alan y fue tal su sorpresa que no escuchó la respuesta de Manolis:

—Por Luca.

Alan volvió a mirarlo entonces y le pareció que había sido cosa suya, que la cara no le había cambiado, que Manolis estaba de nuevo preparado para reírse.

«Aplico mi pulsión escritora a todo menos sobre el papel —pensó Alan—. Hasta a un guardia de pueblo quiero convertirlo en filósofo. Y él escribe informes con rotuladores bonitos.» Se rio y dijo:

—¿Por qué nunca respondes a lo que te preguntan? ¿Qué sabes tú de los escritores y sus tormentos?

Manolis soltó una carcajada, le dio una palmada en el hombro y volvió a adoptar su aire conspirativo.

—Porque, my friend, yo siempre soy el que hace las preguntas. Soy guardia, ¿o es que no te acuerdas? ¡Mira, por fin! Ya ha abierto Antonio. ¡Yorgos! Dos brandis y dos expresos.

Alan se sintió mejor en cuanto se tomó el brandi. Llevaba varios días sin beber, había asociado el gran deseo de irse con cortar por lo sano con la bebida, porque cuando bebía no tenía deseos, solo tenía añoranzas, y no le bastaban para tomar la decisión de irse. Con el primer brandi se relajó y vio lo ridícula que era su angustia por el tema de los barcos, observó a Manolis, que pensativo, fumaba mirando el mar como si le preocupara algo. «Este es tonto —pensó—. Es su apostura lo que le da esa inteligencia a la cara, es un agente de la ley, un pueblerino que saca su papelito con las palabras extranjeras,

como hace el panadero cuando le pagan los alemanes, esa cara, esos ojos nos tienen a todos engatusados y nos ponemos a hablarle de literatura, son los ojos y esos pómulos increíbles que tiene, el pelo rubio, como salido de una novela rusa, se parece a Vronsky, pero es un guardia de pueblo, un imbécil, y aquí estoy yo tomándome un brandi con él. La culpa la tiene también la isla, aquí hasta Costas, el de la oficina de correos, cuando se baja las gafas por la nariz y me dice: "Veamos, don Alan, si tenemos hoy algo en el poste restante", me recuerda a Trotsky de joven…»

—¡Yorgos! ¡Dos brandis! —gritó Manolis.

Eran las nueve y cuarto, había poca gente en el bar, los padres desayunaban y sus niños les daban pan con mantequilla a los gatos, Yorgos gritó el primer «Ice cream!» del día, apareció también Pandelís con Killer, su perro lobo, se fue como todas las mañanas a la otra punta del muelle para el adiestramiento. Eran los dos enormes y tenían los mismos andares. El adiestramiento lo hacían todos los días a las nueve y cuarto y con tres minutos tenían de sobra. Alan los observaba desde lejos: Pandelís soltó al perro, levantó en alto la mano y Killer se tendió bocarriba al instante, luego el dueño se alejó y el perro se quedó inmóvil, con la cabeza entre las patas, fue hasta la punta del muelle, bajó la mano y Killer salió disparado hacia él, se sentó y le dio la pata. Le puso la cadena y volvieron hacia el bar de Antonio. A veces por el camino el dueño del perro se detenía de pronto, se paraba también el animal, volvían a arrancar, volvían a parar y Pandelís se agachaba y le acariciaba la cabeza. Delante de la panadería siempre había una cola de gente y el dueño señalaba a alguien con el dedo y decía:

—¡Killer, a por ese!

El perro se ponía entonces hecho una fiera, se levantaba sobre las patas traseras, los labios se le retraían hacia los ojos, la cara se le volvía una máscara, con los dientes muy blancos y relucientes, todos retrocedían riendo y Pandelís decía:

—¡Si no lo adiestrara, os despedazaría a todos!

Después le compraba una tirópita recién hecha al perro y volvían a casa caminando lentamente y meciendo los dos la gruesa cadena para que se oyera bien.

A Alan esa repetición diaria de las mismas imágenes, a la misma hora, le había hecho paladear lo atemporal, lo eterno, algo que intentaba expresar en el libro, pero que solo lo sentía cuando veía a Pandelís llevando a Killer por el muelle. Ante la máquina de escribir era incapaz de expresar ese sentir. Ese día, sin embargo, como iba a ser la última vez que lo veía, le pareció distinto, le pareció único, para nada ya atemporal sino totalmente localizado, y de pronto toda la isla adoptó el brillo de antaño, de lo irrepetible, porque él se

iría, porque él de pronto se convertiría en la mirada, por fin su dueño y señor, había vencido a la isla que casi lo había matado y volvió a amarla con todas sus fuerzas, la repetición se convertía ya en recuerdo, se había salvado.

—¡Yorgos, dos brandis!

Eran las diez, quiso invitar a Manolis a esa última copa, pronto se irían, no volvería a verlo en la vida.

—Manolis, te tengo mucho cariño.

—Yo también te quiero, Alan.

La voz de Manolis le sonó apenada. «Es porque me voy», se dijo.

—¡Por nosotros!

Alan se lo bebió de un sorbo. Vio a Iraclís parado en medio del muelle y le pareció borroso, como si lo viera desde muy lejos, a través de unos prismáticos sucios, las manos hercúleas le parecieron tentáculos hundiéndose en el mar. Quiso pegarle una voz, pero tenía la boca pastosa, Manolis se levantó, fue hasta donde estaba el semidiós, a Alan le dio la sensación de que hablaron durante horas, Iraclís señalaba el mar a cada tanto y luego levantaba las manos en alto y se sacaba entonces los horarios del bolsillo y, en un momento dado, zarandeó enfadado el papel, se volvieron los dos y se quedaron mirando a Alan, al que le pareció que lo miraban como si estuviera enfermo o loco.

Estoy borracho, se dijo, tengo que ir parando, mejor me pido un café, me voy a echar agua en la cara.

Vio a su lado a Yorgos con una bandeja llena de helados con banderitas y bengalas, «Un expreso», pidió, pero el camarero no lo oyó o quizá no lo había dicho en voz alta, tal vez solo lo hubiera pensado, «Un expreso», repitió, pero Yorgos estaba ya lejos.

Manolis volvió a su lado.

—Me ha dicho Iraclís que hasta las dos no llega ninguno.

—¿Y por qué estás tan contento?

—No estoy contento, es que tú estás borracho. ¿Por qué no vamos al bar, dejamos allí las maletas y esperamos?

—Pero si es por la mañana. El bar está cerrado.

—No, son las doce. Y tú estás como una cuba —dijo Manolis riendo.

Le cogió las maletas, «Venga».

Llegaron al bar, Alan abrió con su llave.

—Otra vez abriendo yo a las doce el bar. Nadie sabe que me voy, solo tú, yo y las maletas.

Encendió los ventiladores, en el tocadiscos sonó Vivaldi, fuera en el patio el sol pegaba con fuerza, pero dentro estaba fresco y casi a oscuras. Alan pasó detrás de la barra y sacó la coctelera.

—¿Cómo quieres el highball, con vodka o con tequila?

—Con tequila.

Manolis se hundió en los cojines rojos y se encendió un cigarro. Alan bajó varias botellas de los estantes mientras silbaba Vivaldi, fue echando las dosis en la coctelera con precisión y empezó a agitarla como un profesional. Las notas agudas y alegres de Vivaldi se mezclaban con el golpeteo rítmico de la coctelera y los ventiladores.

Le puso la copa a Manolis con una reverencia.

—Espero que esté a su gusto, sir.

Manolis lo probó.

—It's perfect —dijo, y volvió a hundirse en los cojines.

Lanzó el paquete de Camel y el mechero a la mesa. Vivaldi había llegado al apogeo de la alegría, al estallido de la primavera, Manolis miraba los ventiladores del techo, un cigarro en la boca, la cabeza apoyada en las manos, Alan cogió su copa y fue a sentarse en una silla frente a Manolis, que cerró los ojos.

«Debería estar ya en el muelle», pensó Alan, pero el puerto le parecía a horas de distancia, fue a la barra y preparó dos Bloody Mary, Manolis se encendió otro cigarro con los ojos cerrados, la música paró.

Alan volvió la cabeza y miró el gran espejo que había tras las botellas, vio a Manolis hundido en los cojines rojos, se había desabrochado la chaqueta y tres botones de la camisa, y aquel uniforme, vestido con tanto desenfado, le daba una fuerza total, aterradora. Bebió un poco más, la imagen se enturbió, ahora solo veía el pelo rubio sobre el cojín rojo, empezó a hablar hacia el espejo, porque así le hablaba a Manolis y a sí mismo y a las botellas y a la montaña que sobresalía por detrás de las botellas, y le pareció que las botellas eran árboles del monte y que Manolis estaba tendido en una vaguada roja y dormía.

«Jamás seré escritor, ni pequeño ni grande, porque siempre escribo en momentos de exaltación y así solo me hablo a mí mismo, en vez de meterme en el pellejo de los personajes y de convertirme en la herramienta que los hará cobrar vida. Y por eso nunca puedo expresar una situación, un ánimo, un cambio. Jamás podré expresar ese algo, esa nada, ese vértigo dentro del texto, que no sabes de dónde surge, ¿de las frases sobre el papel o viene de antes? Parecería que las palabras antes de recaer en la página han huido de alguna parte como cometas y la golpean, la hieren con la vertiginosa velocidad de su caída. Y, como los cometas, la escritura ha de ser algo frío, helado, y yo soy tan tonto que escribo con el corazón, solo tengo recursos en el corazón, y por eso todos mis pensamientos los transformo en sentimientos y ahora, cuando me siento a escribir, utilizo mi dolor con obscenidad, no para nutrir la obra,

sino como la única fuente de inspiración, y así, de forma automática, el dolor me devuelve a mi interior, porque no riego con él los personajes, sino que, al contrario, los vacío de todo dolor, porque el único dolor que me importa es el mío. Y me dirás que si sé todo esto por qué no me lo aplico. It takes more, old boy, it takes more. A veces fantaseo y deseo muertes violentas, que me pudieran poner quizá por un segundo en situación para escribir… —Alan estrelló el vaso con fuerza contra el espejo—, un segundo solo, ¡a ver si consigo sentirme por fin a goddamn fucking writer!»

Manolis aplaudió tres veces suavemente.

—Es mejor que en el teatro.

Alan se volvió para mirarlo, llorando.

—Imbécil —dijo—, imbécil, imbécil, imbécil.

—¡El Delfín Volador!

Manolis se quedó inmóvil, los ventiladores daban vueltas en el techo, Alan se lanzó hacia la puerta, pero cayó de bruces sobre una mesa, las manos y los pies le hicieron unos extraños movimientos, como si intentaran nadar hasta el puerto, Manolis cerró los ojos, el ventilador de la derecha empezó a chirriar un poco, como siempre.

—¡El Delfín Volador!

La voz de Iraclís se escuchaba como si llegara de la montaña. Desde las ventanas del bar, al igual que en el espejo de enfrente, la montaña parecía enorme y cercana, era lo único que se veía, aparte del cementerio y de una tumba que se distinguía claramente. Alan se tendió en los cojines y se durmió.

Soñó que el Delfín Volador alunizaba en el bar y derrumbaba todas las paredes, como si entrara en el puerto, el morro empotrándose a una velocidad tremenda en el espejo y haciendo añicos las botellas. Hizo ademán de entrar con las maletas cuando escuchó:

—No puede, lleva usted al perro sin bozal.

—¡Pero si yo no tengo perro! —gritó.

—¡Sin bozal está prohibido! —le respondieron.

—Pero si no tengo perro, ¡que no tengo! —decía y repetía.

Y el resto de la gente embarcaba y le daba codazos para pasar, el barco despegó la proa del espejo, que se hizo añicos en silencio, salió del bar marcha atrás, dobló en la terraza y, en vez de ir hacia el mar, salió volando y se perdió por el cielo.

Cuando despertó, vio a Manolis tras la barra, preparando copas y silbando Vivaldi, y sintió de pronto un odio tremendo hacia él.

«Nunca había hablado así con nadie, a lo mejor es porque no voy a volver a verlo, le he hablado como se les habla a las prostitutas.» Había recobrado la sobriedad y le volvió entonces el loco deseo de huir ya, inmediatamente.

¿Cómo había acabado en el bar, cómo había dejado pasar las horas, cómo había perdido el barco, él, que se había pasado la noche en vela esperando con la Burberry puesta y la cafetera?

—El siguiente es a las cuatro menos cuarto, he llamado a Iraclís mientras dormías. —Le tendió una copa y levantó la suya—. ¡Por los Delfines Voladores!

—No quiero más. Vamos.

En el bar de Antonio estaban todas las mesas llenas.

—Ice cream, espresso, tortilla! —gritaba en inglés Yorgos.

Manolis entró al bar con las maletas.

—Ten cuidado, sobre todo con la máquina de escribir —le dijo al camarero, antes de coger a Alan del brazo y llevarlo hacia la panadería—. Ni en broma nos vamos a quedar aquí hasta las cuatro. Vamos a la Hydronetta y tomamos el sol, para que contemples el mar por última vez, yo estaré pendiente de la hora, este no lo pierdes.

En la Hydronetta se sentaron en una especie de sillones de tela, en lo alto, al principio de la escalera grande que bajaba al mar. Tenían a sus pies el precipicio, el agua brillaba y se veían todas las islas, del bar de la izquierda salía un fragmento de los Steely Dan:

Learn to work the saxophone,
I play just what I feel,
drink Scotch whisky
all night long,
and die behind the wheel…

El hard rock pegaba con la luz y el azul del mar, el saxofón golpeaba salvajemente el agua y volvía a Alan con tanta violencia que era como si golpeara a alguien en la cara y el cuello. El paisaje, por lo general para él tranquilo y silencioso, se había tornado un animal inmenso, respiraba y vibraba con la música, las islas, el mar, el cielo bailaba con los Steely Dan, mientras el saxofón las acariciaba por encima o las golpeaba, y Alan, que siempre imaginaba aquella vista con Bach de fondo, comprendió en ese momento que a ese paisaje no le pegaba Bach, le gustaba la violencia y los Steely Dan. Le parecía que la isla volvía a reírse de él, como una mujer a la que la crees esquiva y romántica y de pronto se te lanza encima como una ménade en un callejón oscuro.

A su lado Manolis, con dos rendijas por ojos, miraba el mar. En ese momento unos chicos salieron del bar, dejaron las copas en la mesa y se desvistieron. Se juntaron en bañador a los pies de la escalera y se fumaron unos Marlboro. Había un chico delgado, rubio, parecía formar parte también

de ese extraño matrimonio de música y paisaje: un rostro sensible con un punto agresivo, ojos azules pero mirada metálica, intensa e indiferente, en la piel un punto suave a la par que rudo. Se le había bajado un poco el bañador y se le veía una franja blanca por donde no le había dado el sol. Se pasaba la mano continuamente por esa parte, parándose en el ombligo y haciendo círculos con el dedo. Se volvió y miró a Alan. Le sonrió sin por ello parar el movimiento. Le dijo algo a uno de sus amigos y bajaron corriendo las escaleras, se zambulleron con elegancia y empezaron a gritar y a reír, a tirarse de distintas formas y a pelearse. El chico levantó la cabeza y volvió a mirar a Alan. Le pareció que lo saludaba o le hacía una seña para que bajara él también al agua, Alan se volvió y miró a Manolis, que tenía los ojos cerrados, posiblemente dormía. Los Steely Dan sonaban con más fuerza, Manolis abrió los ojos. «Seguro que tienen las gotas de los ombligos muy saladas», se dijo Alan, que de pronto sintió mucha sed y, para rehuirla, pensó muy intensamente en Debby, que lo esperaba en Sídney, «Te quiero», le había dicho por telegrama, él nunca la había llevado a la isla, «Solo conmigo podrás escribir, tendrás tranquilidad, dejarás la bebida, apenas invitaremos a unos cuantos amigos por las noches», le decía, le describía «la vida de un escritor», como si fuera un decorado, como si lo hubiera leído en *House and Garden*, el estudio con las plantas, el jarrón con las rosas en la esquina derecha de la mesa, la mesa en diagonal para que le entre la luz por la ventana de la izquierda, la máquina de escribir roja y los folios blancos un poco por encima, y Alan escuchaba todo esto y le entraba el pánico, en una habitación así no sería capaz de escribir ni una carta para su madre, entraría por la mañana con un batín de seda limpio y, en cuanto cerrase la puerta, la habitación se convertiría en escritor y él en un intruso, un transeúnte. Cuando Debby le hablaba de esa habitación con luz, Alan pensaba en el batín de seda de Balzac, siempre manchado, en su cuarto en penumbra, la cafetera permanentemente caliente sobre el hornillo de gas, y esa noche eterna con las cortinas echadas y su mano corriendo imparable sobre el papel, y ese café y esa noche «hacen que las ideas lleguen al galope», como decía el propio Balzac, y con esa imagen, y ninguna otra, el anhelo de Alan por esas horas secretas adquiría dimensiones incontrolables, como si ardiera todo él, como si se le prendieran hasta las entrañas, como si le entrara una alergia interior de la que podría morir si no encontraba el antídoto y el único antídoto era la escritura, que siempre lo rehuía y lo dejaba a solas con la imagen de Balzac, que se hinchaba, crecía, susurraba en su cabeza y entonces tenía que beber lo antes posible.

Y ahora, al ver a los chicos tumbados al sol sus largas extremidades pueriles, todo eso le vino de nuevo a la cabeza, Debby, que lo esperaba con la máquina

de escribir roja, y la mano de Balzac cabalgando en medio de la noche, y se encendió entero, se levantó y corrió al bar.

—Dos copas de vodka con mucho hielo.

Mientras se lo preparaban, se bebió dos a palo seco y, cuando las otras estuvieron listas, se bebió una más y, cuando volvió a sentarse al sol, una cuarta de un trago, el saxofón de los Steely Dan se vertió sobre los cuerpos desnudos de los chicos, Manolis se bebió su vodka despacio, miraba el mismo punto en el mar, como si calibrara o midiera algo, como si se hubiera olvidado totalmente de Alan, aunque a este ahora le daba igual, nada le importaba, se levantó y volvió con una botella de vodka y con hielo, se bebió la mitad de la botella y luego, con mucho cuidado, se echó hielo en el vaso y vertió el vodka desde bien arriba, como había hecho en su bar. Tambaleándose, volvió la silla para ver mejor a los chicos.

—No los mires mucho. Me conocen. El rubio que te estás comiendo con los ojos me trajo ayer una cartera al cuartelillo que se había encontrado en las rocas, se acuerda de mí, ahora me está mirando a mí también. Para o ponte las gafas.

—No estoy mirándolos. Miro el mar. Y si los miro es porque forman parte del paisaje. ¿Ahora me vas a llamar marica?

—Es que lo eres.

El vaso de Alan se rompió, los trozos cayeron lentamente por el precipicio.

—Podría matarte por eso que has dicho.

—Pues mira —dijo con ternura Manolis—, ojalá.

—¡El Delfín Volador!

La voz de Iraclís se extendió por el mar, se mezcló con el saxofón y resonó con ecos femeninos, como si cantara una canción titulada *El delfín volador* o anunciara algún espectáculo. Ninguno de los dos dijo nada. Escucharon cómo el barco volvía a elevar las alas y luego el ruido se esfumó.

El chico rubio dejó a sus amigos y fue hacia donde estaban ellos dos. Se paró delante de Alan y se puso un cigarro en la boca.

—¿Tienes fuego?

Alan le miró la franja blanca por encima del bañador, que se le había puesto roja, le miró el vello de los pies, que se le había puesto rubio, le miró las rodillas, huesudas y magulladas de jugar al fútbol, le miró las piernas, delgadas y algo arqueadas, los ojos se le detuvieron en el bañador, que se había achicado y tensado, y el chico estaba como desnudo y tan cerca que, si se agachaba un poco, podría lamerle la sal del ombligo.

—¿Tienes fuego?

Alan levantó el mechero, el chico inclinó la cabeza y le rozó la frente con el pelo mojado, le olía a mar y a Baby Johnson y por las raíces le olía a miel

amarga, se cayó el mechero, el chico se agachó para cogerlo y todo su cuerpo se deslizó por la boca de Alan y volvió a deslizarse cuando se incorporó, se encendió el cigarro y se quedó plantado enfrente, a la espera.

—Largo —le dijo Manolis.

—¿Por qué? ¿Es tuyo?

—Largo. Él no es así.

—¡Ya, claro! Pero si lleva dos horas mirándome como si fuera un lukumi.

—Estaba mirando el paisaje.

—¿Ahora lo llaman paisaje?

—El caballero parte hoy para Australia.

—¿Y qué hace aquí entonces, borracho perdido?

—Largo. O te meto preso.

—Algo quieres tú de él. ¿O es que es un mafioso y tú su guardaespaldas?

—Sí, soy su guardaespaldas.

—Lo que tú quieras, Manolis, pero dile que no mire así el paisaje, a ver si va a acabar cobrando.

El chico se alejó mientras echaba el humo por la nariz y miraba a Alan, estudiando su camisa cara, el reloj voluminoso, el cuero blando de los zapatos, se encogió de hombros y le sonrió.

—Some other time, mister.

Regresó con sus amigos, arrastrando los pies y volviéndose a cada tanto para mirarlo.

A Alan le olía el sudor a vodka, tenía en la cara la necia máscara del beodo, cogió a Manolis del brazo y se lo apretó con fuerza, quería decirle algo, pero, en vez de hablar, de pronto se inclinó hacia delante y vomitó por el precipicio. Cuando vio el vómito caer en el mar como si fuera lluvia, Manolis sintió que había visto antes esa escena, pero no recordaba dónde, ¿quizá en un sueño?

—En cuanto llegue a Sídney, me pararé en el semáforo en rojo para cruzar, se pondrá verde…

—Calla ya, Alan. Calla, calla, calla.

Manolis lo cogió, lo levantó.

—Vamos al cuartelillo. A estas horas está siempre vacío. Yo te preparo allí un café para que te espabiles un poco.

Alan se le quedó dormido en el hombro. En cuanto entraron en el cuartelillo, se despertó y leyó en voz alta la inscripción en letras doradas de la pared:

—«*Nihil Graeciae humanius, nihil sanctius*. No hay nada más humano que Grecia, nada más sagrado.»

Se rieron con cómo pronunció Alan el griego, el cuartelillo estaba vacío y en penumbra, en algún punto sonó un teléfono, ya en el despacho de Manolis no se molestaron en abrir los postigos, pusieron el ventilador, encendieron

cigarros, se acomodaron en los sillones.

En la mesa había un jarrón con gardenias.

—Ese es tu vicio —le dijo Alan con malicia.

—Ya podían ser así tus vicios —dijo Manolis.

—Lo son —repuso Alan guiñando un ojo y soltando una risa.

En la pared, encima de la mesa, había un Cristo enmarcado en dorado. Vestido de rojo, con el pelo amarillo limón, estaba ligeramente inclinado y tenía las mejillas algo hinchadas, parecía que estaba silbando. Su dedo extendido señalaba el teléfono.

—En la carnicería tienen el mismo, aunque allí está señalando las chuletillas de cordero —dijo Alan, que se echó a reír.

Se sentaron en los sillones, reían por lo bajo, fumaban y a cada tanto se partían de risa recordando lo de la carnicería, volvieron a sentirse muy cercanos, habían viajado todo el día y por fin habían llegado a su destino, Alan había emprendido otro viaje, pero no se acordaba, puesto que ahora, en el cuartelillo, había arribado.

Se mecían suavemente en los sillones y reían sin palabras, con una complicidad absoluta, fumaban y reían, el tiempo pasaba, por los postigos entraba una luz rojiza, Manolis se levantó y se quitó la chaqueta, Alan se fijó en el revólver en la cintura, las caderas estrechas, las piernas largas, «el hombre más guapo que he visto en mi vida».

—Ven —dijo Manolis—, vamos.

Se adentraron por los callejones, caminaron un buen rato y llegaron a unas ruinas en lo alto del monte que estaban llenas de pozos y arcos.

—Tengo ganas de mear —dijo Alan.

—En el pozo —le dijo Manolis y, todavía diciéndolo, lo agarró, lo levantó entero, lo lanzó contra un pozo.

—Que me haces cosquillas —chilló Alan.

Y se rieron entonces a lo loco, muy fuerte, Manolis, pegado a su espalda, alargó las manos por delante y le desgarró el pantalón al otro con tal fuerza que le rajó incluso el cinturón de cuero. Alan cerró los ojos y se incorporó cogiéndose al brocal del pozo y, cuando sintió que Manolis
lo penetraba, era tal el deseo que ni se enteró del primer navajazo, y el segundo lo confundió con un dolor exquisito. Solo notó el tercer navajazo y le pareció que el puerto se despegaba de la montaña y avanzaba con sus luces a las profundidades, como un barco colosal, los navajazos eran ahora más rápidos y cercanos, la piedra del pozo bajo sus manos, caliente, como la sangre que le chorreaba ahora y se colaba en el suelo a su alrededor, la espalda, un torrente de sangre, mientras por delante estaba intacto, y así lo había soñado siempre, la parte trasera del cuerpo masacrada mientras la

delantera quedaba regular y virgen, y en un momento de felicidad absoluta vio el libro que escribiría entonces, en ese mismo segundo si tuviera tiempo, vio los capítulos entretejiéndose entre ellos con alegría y versatilidad, las comas, los puntos que daban aliento y vida a las palabras, y sintió una gratitud inmensa hacia Manolis, por haberle regalado todo eso, así, de esa manera, para la eternidad. Se arrodilló y abrazó el pozo, apoyó con suavidad la mejilla en la piedra caliente y dejó de pensar. Imágenes, minucias, migajas, llenaban su cabeza como objetos: la cafetera sobre la mesa de Antonio, un sacapuntas verde que tenía de pequeño, su primer resfriado, la nariz de Iraclís, la mirada de su madre, y lo último que oyó antes de dejarse ir fue: «¡El Delfín Volador!». Y unas alas de acero que cortaban el agua.

12.

Manolis se enamoró de Luca en cuanto la vio entrar por la puerta del despacho. La investigación por el asesinato de Alex Kopesky proseguía.

La conocía desde hacía años. Pertenecía también al grupito de extranjeros con sus libros y sus cuadros, con las borracheras y su extraña complicidad. Absorbían al instante a todo extranjero que llegaba a la isla, se adueñaban de él, y habían acabado pareciéndose entre sí como hermanos, igual que si hubiera ocupado la isla una familia gigante que obedeciera a una consigna secreta, llegada de los confines del mundo, y hubiera elegido aquel sitio como última parada, igual que los elefantes enfermos que se reúnen y se esconden para morir en lugares secretos en medio de la selva.

Pero a Luca y a Mark los distinguía entre los demás y los admiraba. Luca había escrito un libro de verdad, se había traducido a muchos idiomas, ahora estaba escribiendo un segundo, Mark se pasaba el día pintando. Mientras los demás bebían, lloraban y utilizaban el arte para ocultar otras frustraciones, para él el arte era la última parada, la justificación definitiva para seguir viviendo. Contaminaban la isla con pensamientos extraños que la isla no soportaba, como si la hubieran lastrado con una carga insoportable de la que la isla intentaba en vano librarse.

Siempre le entraban ganas de proteger a Luca y a Mark, a ellos sí. Sabía que el pintor había violado al niño, pero no le dijo nada y una noche tiró al mar la goma del elefantito. Se acordaba de cuando lo vio en el carnaval, allí sentado bajo la lluvia y diciendo «No pasa nada», con la cabeza del niño sobre las rodillas y el padre abalanzándose sobre él con el cuchillo en ristre, y Mark cuando le dijo «He terminado tu retrato», Mark en el cuartelillo mirando la goma, Mark siempre borracho con la mirada que se parecía a la de los burros cuando miran al infinito en el suelo, con ternura pero a la vez con la obcecación y el descaro del dolor eterno. Cuando se lo encontraba arrugado y pequeño, frágil, sin edad, sentado borracho en una escalera y mirando el suelo, sumido él también en el infinito como los burros, lo inundaba una necesidad imperiosa de protegerlo y lo llevaba a su casa, lo metía en la cama y esperaba a que se durmiera. Y aunque Mark había cometido actos criminales y debería haberlo arrestado, a él lo encubrió mientras que a los demás, que no habían hecho nada, los odiaba. Pero era justamente eso: los demás no hacían nada, el día se lo pasaban durmiendo y la noche emborrachándose de mala manera, lo rompían todo y para Manolis ese caos era peor que un crimen.

Matar era algo limpio, la nostalgia de un orden, el orden que tenían los isleños, que festejaban los nacimientos, lloraban las muertes, barrían la calle delante de sus puertas, cuidaban a sus muchachas. Aunque últimamente también a estos les había entrado la fiebre del desorden, era todo culpa de los extranjeros, estaba convencido. Iban a la iglesia y se ponían a hablar en voz alta, las mujeres cada vez más maquilladas, sus pulseras repicando bajo la bóveda, algunas salían por la puerta de atrás para fumar a hurtadillas. Manolis odiaba el desorden. En su despacho tenía siempre los bolígrafos en el mismo orden de colores, las gardenias, frescas a diario, las tazas, limpias. El uniforme siempre recién planchado. El pelo se lo lavaba a diario, se cortaba y se limaba las uñas. Todo esto le salía de manera natural, era una ofrenda que hacía a los demás, un acto de amor.

Manolis se enamoró de Luca de un flechazo, en cuanto la vio entrar por la puerta de su despacho. Cuando ella lo miró con esa mirada risueña y esa cara apenada, lo atravesó un estruendo como si estuviera cociéndose un terremoto en las entrañas de la tierra. El amor surgió de su interior con tal vehemencia que no pudo encontrar su objetivo, como un peligroso ciclón ciego que golpeaba las paredes y lo revolvía todo a su paso, hasta que por fin encontró a Luca y se abalanzó sobre ella. Manolis la miró y pensó: «Amo a Luca». Toda su vida anterior se desvaneció. En cuestión de un segundo estaba dentro del mundo del amor y del caos. Le entró miedo. Se miraron, vieron que se parecían como hermanos, los mismos ojos, la misma boca, las mismas manos.

Se miraron y la zambullida se volvió más profunda, más definitiva.

Manolis cerró los ojos en un momento dado. Cuando los abrió, Luca se había ido.

13.

Llevaban bebiendo desde por la mañana en lo de Antonio. Ya la noche la habían pasado bebiendo en el bar de copas. Cuando lo cerraron a las cinco, fueron a tenderse en los sillones rojos de la terraza de Antonio y a las siete, cuando este abrió, empezaron con las cervezas. Ahora era ya por la tarde y seguían en la misma mesa. Después de las cervezas, habían seguido con el vino, luego con el brandi. Al principio Yorgos iba quitando los vasos y los botellines que se amontonaban, pero la mesa volvía a llenarse a tal velocidad que al final se cansó y dejaba las nuevas comandas donde pillaba.

Emma, la hija de Sue, construía una muralla alrededor de la mesa con latas vacías de cerveza. Sentada en el suelo, jugaba desde por la mañana y en cuanto hacía ademán de levantarse, Sue le pegaba y la obligaba a sentarse de nuevo. «¡A jugar! —le decía—. ¡A jugar!»

La niña llevaba un sombrero de paja con rosas rojas. Estaba muy orgullosa de su sombrero. Prácticamente salía de su casa solamente para ponérselo y enseñárselo a los demás niños. Cuando Günther, como una cuba ya, echó la cerveza adrede sobre las flores al grito de «¡Estoy regando!» y le manchó también la falda con las florecitas lilas y los demás niños se pusieron a reírse de ella y a sacarle la lengua, Emma los miró con tal odio que Günther le pidió perdón.

—Fuck you all! —gritó Emma, le escupió a la cara a su madre y salió corriendo y lanzó el sombrero al mar.

A Mark, al ver el pelo rubio de Emma revoloteando al viento y perdiéndose luego por un callejón, se le apareció Shein, su hija, a esa misma edad y con ese mismo odio en los ojos, perdiéndose por el mismo callejón. Pero borró rápidamente la imagen de la cabeza.

«Me juré no pensar nunca en ella, no imaginar jamás a Shein, me lo juré, su pelo rubio, sus tersas mejillas, sus manitas con siempre una uña pintada, Shein, Shein, ¡vete de mí!»

Solamente cuando se emborrachaba mucho, cuando llegaba a esos límites en que la bebida se volvía letal, era incapaz de borrar su imagen. La veía con tal claridad que a veces, al ver correr ante él a otra cría con la misma melena rubia, se convencía de que era su hija.

«¡Shein! ¡Shein!» Corría tras ella.

«Daddy! Daddy!» Shein se volvía, levantaba en alto las manos, riendo, corría hacia él y Mark abría los brazos para recibirla.

«Aquí estoy otra vez, en el mismo bar al que venía cuando Shein era un bebé, y nadie, nunca, volverá a llamarme daddy.»

—Tengo hambre —dijo Günther—. Mark, tú también tienes que comer. Llevas diez días sin echarte un bocado al estómago, voy a tener que darte yo de comer. ¡Yorgos! ¡Una fuente de pasta de la casa!

La pasta llegó, Günther se levantó, hundió con saña un tenedor en la boca de Mark, este lo escupió encima de Sue, la niña se puso a gritar, Yorgos volvió corriendo.

—¡Ya está bien! Como os vuelva a escuchar, os echo a patadas de aquí. Lleváis desde por la mañana volviéndonos locos.

Günther, borracho y colosal, levantó en alto el plato con la pasta.

—¿Ves esto?

—Sí, lo veo —dijo Yorgos, que suspiró y se fue.

Günther volvió a mirar a Mark.

—¿Vas a comer?

—No.

Günther se cernió sobre él, le agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—Mark, abre la boca. —En las demás mesas la gente pagó y se fue a toda prisa—. ¡La boca, Mark! ¡Abre la boca!

El primer bocado le quemó la garganta. La voz de Günther se perdió. Con el segundo bocado se vio en otra parte, olas de amor lo inundaron y cerró los ojos.

«La boca, Mark. Dame tu boca…» La voz de Libbie. La cara de Libbie encima de la suya. Sus cuerpos desnudos en la cama, bañados por el sol en una tarde de septiembre.

—Tu boca, Mark, rápido, tu boca.

Ve que se le abre la boca, que recibe los labios de Libbie, que traga la saliva ardiente de ella, que se le llenan de amor las entrañas, todo el cuerpo almacenando amor y pidiendo más y más.

—¡Más! ¡Más! —grita Günther.

Le da de comer rápida, torpemente, le sujeta las mandíbulas para que no las cierre, como se les hace a los perros cuando quieres que no muerdan. A cada bocado ardiendo le venían nuevas olas de amor.

¡Cuánto amor había por entonces! ¿Hace veinte, treinta años? El más mínimo gesto era preciado, compraba pan en la panadería y así, calentito, casi lloraba de amor pensando en cuando viera a Libbie comérselo. Por las tardes iba con ella al mismo bar donde estaban ahora, ¿cómo se llamaba antes el Antonio? ¿Y cuántos nombres había tenido desde entonces? ¿Uno? ¿Dos? Llevaba siempre con él un cuaderno y dibujaba la isla sin parar, con Libbie a su lado. En esa época no pintaba niños sin cabeza. Estaba enamorado de la

isla. La dibujaba sin parar, desde cada ángulo, cada momento del día, siguiendo la luz. Por entonces pintaba paisajes, flores, casas, puertas viejas, las espigas que rodaban del monte al mar. En esa época adoraba los colores, pintaba con ocres, azules, amarillos, dibujaba cielos en todos los tonos de morado, el sol poniéndose de color púrpura, la isla nacía una y otra vez bajo su mano, sin fin, más intensa, más viva, y le inspiraba gratitud. También Mark, al pintar con tal adoración, se fue haciendo poco a poco parte inextricable de la isla, una especie de sombra suya. En algún momento, se dio una unión absoluta, entre él y la isla, un matrimonio. Supo que jamás la abandonaría.

¡Cuánto amor había por entonces! Puede que fueran esos los momentos más intensos: cuando estuvo en el bar cualquier tarde de septiembre con Libbie a su lado, sin tocarse, sin hablarse, con la isla respirando alrededor de ellos. Era tal ese amor que hasta el placer era aún separación. No deseaban nada. Era tal la pasión que se tenían que ya no deseaban pasión. Querían estar sentados como las piedras, inmóviles, y mirar aquella isla, que los acercaba cada vez más, como si los abrazara a los dos junto con sus montañas y su luz y sus noches.

¿Cuándo había empezado a cambiar la isla? No lo recordaba. Quizá cuando dejó él de pintarla. Quizá cuando Libbie empezó a salir sola de paseo y a volver ensimismada, con otra mirada. La textura del aire cambió imperceptiblemente, la luz se enturbió, el paisaje adquirió un aspecto dejado. Era como si la isla hubiera perdido su inocencia, exhalaba un no sé qué pernicioso, peligroso, como si la gracia de los dioses la hubiera abandonado y se hubiera vuelto maldita. Tal y como los unió, la isla los separó.

La isla se había quedado así desde entonces, y con los años esa sensación de maldición se había intensificado. Mark lo sabía bien porque era de los primeros extranjeros que había llegado a la isla y había presenciado todos sus cambios. El amor lo había ya abandonado. La isla estaba vacía. Su belleza se había llenado de aristas donde antes era todo curvas, incluso los pájaros cantaban solo con notas agudas, rudas, las estaciones se sucedían como si cayera una cuchilla y las separaba antes incluso de terminar su ciclo. La isla había pasado por todas las etapas del amor, de la indiferencia, del vacío. Ahora estaba llena de odio. Mark nunca había sentido semejante odio. Tenía un punto letal que lo aterraba. Ahora temía mirar los paisajes que antes pintaba con tal pasión, con tanta gratitud. Paseaba mirando el suelo. Bebía cada vez más para ver la isla borrosa e incierta. La isla lo incitaba a beber, bebía para borrarla, pero, en lugar de la isla, se borraba él, se volvía turbio, incierto.

Y otro bocado. La risa de Günther. Esa vez la ola que le sobrevino fue

amarga.

Un verano. ¿Qué año sería? Está en las rocas, fumando, está preparado para tirarse. Una mujer se acerca por el sendero. Es rubia, tiene la cara oculta por una pamela. Con Beth hizo el amor la primera noche, allí en las rocas. A los pocos días estaban casándose.

Cuando la conoció, Beth se parecía a la isla en esa fase de odio, igual que Libbie se parecía a una isla perdida que pertenecía a otra vida. Beth y la isla se habían deteriorado al mismo ritmo, la corrosión de la isla se parecía a la de ella, como si una hubiera alimentado la otra. Su belleza tenía las mismas aristas que había adquirido el paisaje, y el paisaje tenía la misma luz, subterránea y caótica, que jugaba sobre el rostro de ella. Mark adoraba a Beth como un carnívoro, y, dentro de Beth, volvió a adorar la isla, también carnívora, con el deseo de domarla, de convertirse en su dueño.

Con Beth aprendió a beber de verdad. ¡Con qué amor, con qué tenacidad le enseñó sobre la bebida y sus secretos!

Mientras el cuerpo de Beth deseaba —y nunca llegaría a saciarse— ese mismo cuerpo despertaba en él otros deseos, antiguos, prohibidos. Quizá fuera por las caderas estrechas de ella, esos andares infantiles que la hacían tan femenina, aunque con un punto ambiguo. Empezó a pintar a niños. Niños que volvían de la escuela con aire pensativo, niños medio desnudos tendidos en sofás con la mirada ensoñada, espaldas de niños, manos, pies, narices, bocas de niños, se volvió locura, todo el día encerrado pintando esas pieles lisas, los cuerpos de efebos, las miradas inocentes. La isla cayó en el olvido. No volvió a pintar la naturaleza ni como fondo. Los niños estaban siempre encerrados en cuartos oscuros, presos, a su merced totalmente. Dejó también los colores. Sus niños vivían en una noche eterna.

Le viene a la cabeza un revuelto de imágenes. Beth tendida desnuda en la cama, mirándole pintar un muslo.

—Déjalo. Ven aquí. ¿No ves que me parezco a ti? —Mark por encima de ella—. No. Hazme el amor como se lo harías a él.

Mark le hace el amor a Beth mirando al chico del caballete, que lo mira a su vez.

Borrachos los dos. ¿Días? ¿Semanas? Toda la casa sembrada de botellas, de cristales rotos. Ve que Beth los pisa, se hace un corte profundo, Beth que se ríe, que baila, la sangre le chorrea como un torrente, la casa se vuelve rojísima, el suelo, la cama, las cortinas, las paredes.

«¡Bébetela!», le pedía Beth, Mark que se arrodillaba, aspiraba la sangre, le lamía los dedos, su deseo, el dolor repentino, de su boca la sangre pasando a la de ella y otra vez de vuelta a la suya, le lame los ojos abiertos, le paladea los globos oculares y de nuevo la sangre, se hunden el uno en el rojo del otro,

el cuarto palpita a su alrededor como un corazón.

Beth se quedó embarazada ese día.

Qué odio siente ella al ver crecer la barriga… Qué odio cuando mira a Mark… Los gritos y los tremendos insultos en el momento del parto… Cuando se niega a ver a la cría.

Shein, con cuatro años, intenta abrir la nevera. ¿Cuántos días lleva sin comer? Beth no estaba. Mark, borracho, lo intenta también, pero ni siquiera logra agarrar el tirador con la mano. Las manitas de Shein arañaban, tiraban de la puerta, pero la nevera seguía cerrada. Por primera vez el odio en los ojos de Shein. Se pareció de golpe a Beth.

Mark y Beth se pelean con saña, sin piedad. Shein los observa desde la ventana.

Shein lleva la pamela de Beth. En el patio de delante tortura con saña, sin piedad, un gato. La madre la ve desde la ventana y ríe.

Beth se va con un australiano. La primera noche Mark, aullando del dolor, hace un fuego en el patio y quema todos los paisajes que había hecho en la época de Libbie. Shein ve cómo se derriten los óleos, los mares convirtiéndose en cráteres de pesadilla, los árboles cayéndose, los cielos estallando en las llamas.

—Mummy, mummy, mummy! —oye que grita Shein delante del fuego; y luego el grito—: Fuck you! —antes de desaparecer en la noche. La búsqueda con las linternas y las velas hasta por la mañana.

La encontraron en las mismas rocas donde Mark había conocido a Beth y, mientras bajaba corriendo y llorando por el mismo sendero, fue como si toda la historia volviera a empezar, la pamela, la cara tapada, el pelo rubio, el amor.

Solo que el pelo de Shein estaba lleno de sangre y alguien gritó:

—¡No dejéis que la vea!

Y la taparon rápidamente con una sábana y Mark no volvió a verla nunca más.

¿Fue un accidente? Tenía que serlo. ¿Cómo iba Shein, tan pequeña, a saber lo que significaba el suicidio?

—¡Bien hecho! ¡Te lo has comido todo!

Mark abrió los ojos. Estaba anocheciendo, se veía la luna, la isla, espectacular, esperaba su mirada. Mark pensó que así debía de ser el infierno: tener ante ti eternamente la misma belleza y no poder reposar jamás la mirada en algo feo, indiferente. Haber vivido vidas enteras, pero que tu mirada recaiga siempre en la misma roca, en el mismo mar, y que ese paisaje eterno se trague en silencio los amores, el miedo, los dolores insoportables, las alegrías, y que quede lo mismo, liso y secreto, y tener que mirarlo

eternamente. Mark comprendía que aquella era la maldición de la isla y el castigo de él. Ahora la isla lo odiaba a él. Puede que, al quemar sus paisajes, la isla padeciera unos dolores horribles con las llamas y se vengara de él llevándose a Shein. Pero siguió odiándolo, puede que porque su amor era entonces tan absoluto que nunca le había perdonado su traición. Mark veía cómo se elevaba ese odio de las piedras, ardiendo en el sol, cómo se le venía encima con el olor del mar. La isla quería matarlo, y lo mataba con paso lento pero firme, día tras día. ¿Cuántas vidas le había regalado? ¿Una, dos, tres, cuatro? Y ahora se las quitaba, las hacía desaparecer una a una.

«Y aquí estoy otra vez, en el mismo bar, en la misma mesa, y todo se ha borrado, no han dejado rastro, señales, no ha quedado nada. La isla me ha ganado.»

Emma regresó llevando en brazos a un perro callejero. Lucía de nuevo el sombrero después de haberlo rescatado del mar.

El bar está vacío. Sue, Günther, Robin y Mark se miran, de pronto sobrios, se apresuran a volver la mirada. Cuando se les pasa la borrachera, se odian, podrían despedazarse en segundos, como criaturas salvajes que han caído en la misma trampa. Se ponen en pie. La isla se eleva a su alrededor y los abraza, los aprieta, los ahoga, los protege, los adora sin piedad.

14.

—Dame la mano. Esta parte es complicada.

Manolis iba por delante, casi había llegado a la cumbre. Llevaban caminando desde por la mañana, ahora era por la tarde, abajo el puerto estaba ya en penumbra, mientras que en la montaña, todavía dorada, brillaba el sol.

—Quiero llevarte a un claro que hay. Nadie lo conoce. Es un lugar secreto, quiero verte sentarte en una tierra que nadie ha pisado. Las veces que duermo allí veo cómo se hunde el sol en el mar por un lado y por el otro se levanta la luna en el mismo momento por detrás de la montaña.

A Luca se le enganchó la falda con una rama.

—Espera. —Manolis liberó la tela, se agachó y la besó.

—No quiero que vuelvas a hacer nada más sola. No quiero que duermas sola, que escribas sola, que te sientes sola en el bar, que te peines sola. Quiero convertirme en tu sueño, en tu papel en blanco, en el peine que pasa por tu pelo, en la taza que roza tus labios, en el bar vacío donde vas por la mañana.

Manolis iba trepando por las rocas, se volvía a cada tanto para mirarla y hablarle, llevaba una camisa blanca holgada, era la primera vez que Luca lo veía sin el uniforme, la camisa le ondeaba al viento, Manolis rio, su pelo rubio resplandecía, «Sí —decía Luca—, sí, sí, sí».

—Tengo miedo, pero me da igual —dijo Manolis, que echó hacia atrás la cabeza y miró al cielo riendo como si lo desafiara—. Creía que tendría que esperar un nuevo amor, pero me equivocaba. No hay mayor amor que el que siento por ti.

—Este invierno soñé contigo tres veces. Eran pesadillas —dijo Luca.

—¿En qué estabas pensando cuando entraste en mi despacho?

—En los colores y las formas de una alfombra.

Luca se desvió hacia las ruinas con los pozos y se adelantó por el camino.

—No —se apresuró a decir Manolis—. Por ahí no. El terreno es peligroso, está lleno de agujeros.

El cuerpo de Alan seguiría allí. El asesinato había sido el día anterior y todos creían que había cogido el barco. «Aunque de todas formas nadie lo va a buscar», pensó Manolis, y sintió lástima por él.

Llegaron al claro.

—Mira —dijo Manolis—, mira.

El monte estaba rojo y morado por las amapolas y las anémonas, los colores resbalaban hasta el mar, el susurro de las hojas rodaba también de árbol en

árbol, el monte entero era como un barco que navegaba. Abajo en el puerto la campana daba las horas, y era el primer día que los tañidos no tenían un eco fúnebre. Las horas resonaban gloriosas, hablaban del paso del tiempo y no de su parón, como hacen en invierno.

—Mírame —dijo Manolis.

Luca volvió la cabeza. Sí, era el rostro de su sueño.

—Emmanuel te llamas —dijo de pronto—. Tu verdadero nombre es Emmanuel, «Me llamo Emmanuel», gritabas en mi sueño y yo no te oía.

Con qué adoración le cogió él la cara entre las manos. Con qué adoración le apoyó ella la palma en la frente.

Se hizo de noche. El viento se echó. La luz de la luna era fría, metálica, el monte, inmóvil y helado, estaba como muerto, las flores, blanquísimas, era como si hubieran perdido la sangre, los árboles, como si se hubieran olvidado del contacto con la tierra, se estiraban hacia el cielo, como si buscaran otras raíces.

Luca se tendió. Le pareció que las estrellas habían descendido y la envolvían con una extraña tibieza. Sentía un malestar. Era un sentimiento desconocido y nuevo, una dilatación del cuerpo, como si una bestia cargara, rugiendo, en su interior y le llenara las venas de mercurio, y la sangre empezó a circularle despacio y a avanzar como una masa pétrea hacia la garganta. «Muero —se dijo—. Voy a morir sin conocer el cuerpo de Manolis.» Y luego, como si surgiera otro pensamiento del propio cuerpo: «A lo mejor así me libro de eso peor que va a llegar pronto, peor aún que esa bestia que me ahoga».

Vio entonces la cara de Manolis inclinándose sobre ella y recuperó entonces su cuerpo, el cielo volvió a ser espectacular, Venus brillaba como el sol. Manolis la cubrió con su cuerpo, corazón con corazón, costado con costado, con sus piernas desnudas él hundía las de Luca en la tierra, ella se le enganchó al cuello, él hundió el rostro en su pecho. Y aunque ella tenía ya los ojos cerrados y lo esperaba, Manolis se reincorporó, apoyó las dos manos en la tierra a ambos lados de la cara de ella y se quedó mirándola.

Al mismo tiempo, él se vio por primera vez levantando a Kopesky y lanzándolo por el precipicio. Vio la duda en la cara del otro, a este suspendido por unos segundos sobre el abismo. Vio el cuerpo de Kopesky cayendo lentamente y clavándose en la roca, a Kopesky todavía vivo sonriendo y mirándolo mientras él fumaba en el mismo borde del precipicio. Vio a Alan arrodillándose y abrazando el pozo, con la espalda a tajos, Alan mirando sonriente el puerto por última vez. Vio cuando volvió a su casa y lavó el cuchillo, cuando puso las manos bajo el grifo y le goteó la sangre por la palma. Vio cuando se encendió el primer cigarro en las ruinas, con las uñas llenas de sangre seca, con Alan muerto ante él. Y cómo se lo fumó

tranquilamente, mirando el mismo puerto iluminado que miraba Alan unos minutos antes de dar el último aliento.

Y ahora miraba a Luca.

«¿Cómo voy a amarla si la mato?», se preguntó. Tenía la garganta de ella entre las manos. Apoyó la boca en la raya del pelo, que tenía ligeramente sudada. Le dio un mordisco sin fuerza. Le separó las piernas con las suyas. Le rodeó el cuello con las manos. Hundió la cabeza en el pecho de ella, le besó los pezones por encima del vestido. Las manos se le unieron por delante del cuello de Luca y se le enlazaron. Le apretaron ligeramente el cuello. Ella le rodeó la cintura con las piernas. Y en el último momento, cuando él estaba ya preparado para zambullir el cuerpo en las carnes de ella y las manos en su cuello, dio un respingo, rodó lejos de ella y enterró los brazos en la tierra hasta los codos.

—¡No te me acerques! —gritó con las manos apresadas bajo la tierra—. ¡No me toques!

Lloraba y enterraba cada vez más hondo los brazos, y era como si estrangulara la tierra con las manos, como si el monte entero diera su último aliento. Intentó penetrar la tierra con todo el cuerpo para inmovilizarse, hundió también la cara, se le llenó la boca de raíces.

Luca no tuvo miedo. Sentía tales oleadas de amor surgir de aquel cuerpo casi enterrado a su lado que se acercó sin temor y le apoyó la mano en la nuca, como se hace con un caballo que se ha encabritado. Se quedaron así, inmóviles, la mano de Luca firme y pesada sobre él, la campana del puerto dando sus horas.

Amanecía mientras bajaban. Era domingo y cantaban en todas las iglesias. Voces agudas salmodiaban la gloria de Dios alrededor de la isla y todas las campanas repicaban. La dejó delante de su casa. Luca miró recto hacia el mar, como si durmiera profundamente.

Cuando llegó al puerto, Manolis entró en la iglesia y, como todos los días, se plantó ante el icono de la Virgen. Se parecía a Luca. La misma mirada risueña en la cara apenada, la misma boca, delgada y sobria, y esa sonrisa imperceptible. ¿Sonrisa de promesa, amor o seducción recelosa? Manolis se agachó y la besó en la boca. «Te quiero.»

Una vez en casa, se puso el uniforme y fue al cuartelillo. Había varios extranjeros sentados en los bancos, esperando para renovar el permiso de residencia. El comandante del puesto abrió la puerta de su despacho.

—Siguiente —gritó.

—Siguiente —murmuró también Manolis—. ¿A quién le toca?

Esa misma mañana, Luca fue al jardín y desenterró la pluma. No era solo que ya no estaba rota, sino que funcionaba a la perfección, con la tinta espesa y preparada para lo que viniera. Sin importarle si era milagro o maldición, si volvía a adorarla o la odiaba, la colocó en su sitio junto a los folios, cerró todos los postigos y se echó a dormir.

15.

Eran las tres de la tarde.

La habitación estaba partida en seis imágenes, inmóviles, una naturaleza muerta en distintos momentos de reproducción en la que cada objeto miraba al otro y lo hacía visible. Mina, las gatas Coco y Shalimar sentadas justo delante de ella, el jarrón con las margaritas, el caballete, el retrato de Manolis con la vista, y esa misma vista desde la ventana. Cuando este se colocó en la ventana con la vista por detrás justo como en el retrato, el círculo se cerró.

Mina se miró las piernas, las tibias. Le parecían blanquísimas, carne vulnerable y expuesta, mientras que frente a ella las manos de Manolis apoyadas en el poyete de la ventana eran carne díscola, callada.

Eran las tres de la tarde y Manolis estaba junto a la ventana vestido de uniforme. Así lo había visto por primera vez Mina el verano pasado, cuando había ido al cuartelillo para el permiso de residencia.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme?

—Lo que quiera. Siempre que me pinte… —le había dicho riendo y le había puesto el sello.

Ella recordaba aquel primer día: tenía clavadas en el teléfono dos gardenias, en el tres y en el siete.

—Hoy es mi cumpleaños. Cumplo treinta y siete —le dijo Mina, que miró las gardenias, y Manolis la miró a ella.

En cierto momento se rieron a la vez, él llevaba dos años sin reírse y le dolió la boca.

—Llevaba dos años sin reírme.

—Lo sé.

Desde aquel día ella se pasaba a menudo por el cuartelillo. Se sentaba frente a él, delgada, callada, se limpiaba la nariz en un pañuelo rojo, estaba siempre con frío y tenía algo de fiebre. No decía nada. Lo miraba mientras él hablaba por teléfono, cambiaba las gardenias a diario, el verano había pasado ya y no entendía de dónde sacaba las gardenias en invierno, las flores cambiaban a diario pero no así los números, siempre estaban en el tres y el siete. «Me quiere», pensaba Mina. Él hablaba por teléfono, las gardenias se venían abajo y olían igual de dulce que la dama de noche, Mina lo miraba a él. Manolis reía, charlaba con los guardias que entraban para tomar café, tomaba declaraciones por carnes podridas, perros muertos, y Mina, sentada en un rincón, lo miraba y no decía nada.

Meses después, se le atragantó una frase, se puso a toser, se pasó el día tosiendo y por la noche, cuando se vació el cuartelillo, dijo «Manolis», se llevó la mano al cuello y vomitó. Él cogió las gardenias del teléfono y se las puso cada una en una palma, le apretó las manos entre las suyas y la miró. Mina comprendió que ya nunca estaría sola.

—Estaba mala, muy enferma, con depresión.

—Tenías pena —la corrigió él con tacto—. No digas nunca depresión, es una palabra pobre que significa ausencia de presión, de dolor. —Era la primera vez que la tuteaba; Manolis le acarició una arruga que tenía a un lado de la boca, a la derecha—. La pena se ve aquí. —Le acarició la arruga y a Mina se le concentró allí todo el dolor, el dedo de él se hundió y le pareció que la arruga se convertía en cicatriz y el dolor desaparecía.

—Me atraían irresistiblemente el abismo, las alturas o las profundidades, quería tirarme de balcones, terrazas, piedras, montañas, no quería la muerte, solo la caída, y por la noche temía los sueños. Veía cuerpos que se precipitaban al vacío y estallaban, restos de carne que caían lentamente en lagos de aguas muertas, llovía y yo estaba sentada en la orilla haciendo punto.

Mina hablaba y entraba continuamente gente al despacho, hacían «atestados sin autor», Manolis les tomaba declaración, hablaba por teléfono, ella hablaba y los precios del cordero se mezclaban con los sueños, la tapia que había construido ilegalmente el panadero se convertía para ella en altura y caída, y pasaban los días, se sucedieron los meses y mientras escuchaba su propia voz, la enfermedad se apaciguó, y una noche, cuando Manolis se levantó y apagó las luces para irse, la enfermedad murió.

Esa noche en la cama Mina tuvo frío. Ahora que la había perdido, quería a su enfermedad, la lloraba y le daba miedo vivir sin ella. Odiaba a Manolis por habérsela quitado. Dejó de ir al cuartelillo. Cuando se despertaba por la mañana, se decía: «Estoy bien», y el odio hacia Manolis iba a más. Estaba bien, y no sabía qué hacer con ese nuevo monstruo, echaba de menos su enfermedad. El mar se le hacía dulce y agradable al cuerpo, el pan le sabía a pan, por la noche soñaba con leones, se hundía en un sueño que olía a dama de noche y, en vez de disfrutarlo, buscaba las pesadillas, el miedo, la terrible viveza de la enfermedad.

Empezó a ir otra vez al cuartelillo. Ahora que ya no lo quería, Manolis le parecía guapo. Iba maquillada, se subía la falda y fumaba sin parar. Y otra vez los atestados, las carnes podridas y los teléfonos, pero ahora entre ellos había algo acre, amenazador. Había momentos en que los ojos de él la miraban apenados. Pero la mayoría de las veces miraba su boca pintada con desdén.

Mina cruzaba entonces las piernas más arriba y se encendía otro cigarro.

«Hoy estaban ricos los tomates porque acababa de venir el caique. Se me ha olvidado pasar por correos.» Incluso en aquellas frases se adhería algo misterioso, amenazador.

Había un gesto de Manolis que la atormentaba. Lo veía en sueños, cuando iba a la compra, cuando paseaba, lo veía por todas partes. En cuanto se lo imaginaba, se ponía roja y le sudaban las palmas de las manos, era para ella de un erotismo insoportable.

En el cuartelillo: la mano de Manolis levanta el auricular. El reloj, holgado en la muñeca, da al movimiento cierta violencia, cierta precisión. Mina mira la mano todo el día. Después ese movimiento la persigue allá donde va, desligado de Manolis. El movimiento, imparable, se hace cada vez más violento, más rápido, más rítmico, como una pesadilla que toma prestada la repetición automática del amor, la velocidad incontrolable de la caída, el ritmo secreto del deseo.

Mina quería esa mano.

Eran las tres de la tarde.

Cuando Manolis se detuvo en la ventana con la vista por detrás, justo como en el retrato, el círculo se cerró.

Manolis miró la casa. Aunque en la isla todas las casas eran bonitas, aquella tenía un punto lúgubre, de abandono, de inacabada. Se parecía a Mina. Sobre todo cuando pasabas y la veías desde la calle. Amarilla, pequeña, se hundía en la roca y delante de la puerta crecían adelfas, una planta que no se daba en el resto de la isla. En una placa clavada en el solar de enfrente se leía: PROPIEDAD MUNICIPAL. Un burro hurgaba en la tierra en busca de algo que comer, pero no había nada, ni siquiera cardos. En torno a la casa reinaba un silencio absoluto, como si todo rasgueo y roce de la naturaleza la hubieran abandonado, como si los insectos y los pájaros no soportaran tanta tristeza.

En cuanto entró, Manolis no se sentó en la silla de posar como solía hacer, ni se alisó las arrugas del uniforme. Empezó a dar vueltas por la habitación, cambió de sitio muebles, libros, como si estuviera preparando un decorado, desempolvó la mesa con la manga, estiró la colcha de la cama, le cambió el agua al jarrón de las margaritas, con movimientos cada vez más violentos, más concretos, como si encubriera las huellas invisibles de un acto que todavía no se había realizado. Cerró las cortinas y el cuarto adquirió de pronto un brillo rojizo, como si fuera de él de donde irradiaba el sol, como si en la habitación todo fuera fluorescente y cada cosa, una fuente de luz, los gatos se tumbaron a la cabecera de la cama, uno a la derecha, otro a la izquierda, como

los dos cirios de un altar, y cerraron los ojos. Manolis cubrió con un hule los cuadros apilados en el suelo. Levantó tan solo uno y lo apoyó sobre el caballete, al lado de su retrato. Era un tríptico, Mina lo había titulado: *Amanecer-Mediodía-Ocaso*, y mostraba la isla en esos tres momentos. Así y todo, a la luz roja del cuarto, el amanecer se oscurecía, el mediodía se volvía noche y el ocaso, alba.

—Quiero que me veas desnuda —dijo de repente Mina—. Desde el primer día en el cuartelillo, cuando estaba allí sentada escuchando las declaraciones sobre las carnes podridas y los perros muertos… Me acuerdo de la mujer aquella a la que le habían envenenado al perrito y que te dijo «King Charles Spaniel», y tú no sabías cómo escribir la raza, «King Charles Spaniel», decía y repetía y lloraba la mujer, y tú escribiste «perro pastor de raza desconocida», y de aquel hombre que se ahorcó en su patio con el cable de la radio porque la mujer no paraba de incordiarlo, y el de los souvlakis que vendía pitas sin carne… Quiero que me veas desnuda, desde entonces tu mano con el reloj no me deja dormir, por las noches me acaricia sin pausa y me deja exhausta, pero tú en lo único en lo que pensabas era en curarme, me mirabas y me hablabas como si creyeras que eras un Cristo, y yo te miraba mientras encendías el cigarro, cogías el auricular, te miraba la boca, el pecho, los ojos, y ahora, cuando pinto, mis dedos son tuyos, la vista que veo, tu mirada, y las pinturas, tu sangre.

—Pero al principio…

—Al principio siempre amas al que te ama.

—¿Entonces tú también? —preguntó Manolis, al que se le llenaron los ojos de tristeza y un enorme desdén—. Entonces ¿tú también? —La miró—. Desnúdate.

Cogió las pinturas, todos los verdes, los amarillos, los negros, los morados, los rojos, le pringó los dedos de ambas manos y empezó a acariciar a Mina por todo el cuerpo con los colores, los pezones se le pusieron verdes, el ombligo, amarillo, los ojos, negros, el vello, rojo, y ahí la mano de él se demoró, quería que ese punto se pusiera más rojo incluso que el rojo. Mina se mecía lentamente sobre aquella mano que la llenaba de fuego rojo y la embriagaba con su olor, el aguarrás y el color y la colonia de Manolis. En algún lugar una campana dio las cuatro. Manolis se quitó la chaqueta, la camisa, se quedó desnudo hasta la cintura. Se sacó el revólver de la funda y se lo caló por el cinturón, por delante de la barriga. Se colocó ante ella y esperó. Mina se fijó en que ya no tenía las manos de todos los colores, el rojo le había cubierto todos los dedos, tenía las manos rojas hasta la muñeca. Lo rodeó entonces, le apretó la cintura entre las piernas, Manolis se inclinó hacia delante y cayeron los dos rodando por el hule. Cuando la penetró, Mina sintió

el revólver, el frío metal contra su vientre. Manolis estaba inmóvil, concentrado. En algún lugar una campana dio las cinco, las seis, las siete. Entonces él, con su índice rojo, le pintó una cruz en el pecho. En cuanto vio el cuchillo, ella cerró los ojos. Manolis apoyó la punta en el centro de la cruz, Mina tensó el cuerpo hacia arriba y el cuchillo se le hundió hasta la empuñadura. Salió y volvió a hundirse, derecha, izquierda, al centro, arriba, abajo, una y otra vez.

—Mírame —decía Manolis—, quiero tu mirada.

Y acuchillaba sin piedad, la pintura roja y la sangre corrían por el hule, Manolis tenía ahora las manos rojas hasta los codos. Por momentos, Mina se ponía tensa, por momentos dejaba caer el cuerpo, cada vez más rápido, con más violencia, para ir al encuentro de la mano de Manolis. La embargó un deseo inaudito, la desbordó, vio la sangre que le manaba del pecho y caía en el hule dejando dibujos extraños, cerró los ojos y la última imagen que le pasó por la cabeza fue la de la mano de Manolis, con el reloj en la muñeca levantando de nuevo el teléfono en el cuartelillo: es invierno, llueve, y la mano, la misma que la matará, levanta el auricular una y otra vez con la misma violencia y el mismo amor con la que empuñaba en esos momentos el cuchillo.

Manolis se levantó, se colocó tras ella y le rodeó la cintura con las piernas, apretando con fuerza. Luego cogió la colcha de la cama y tapó el cuerpo. Se encendió un cigarro, descorrió las cortinas, le dio la vuelta a su retrato y lo puso bocabajo en el caballete. La campana dio las diez. Cuando salió de la casa, se habían abierto las damas de noche y en el cielo se elevaba la luna nueva.

16.

El sol estaba poniéndose. La casa se llenó de sombras, los cuadros perdieron el brillo. Un último rayo recayó en un muslo, un hombro. Anocheció de golpe. No encendieron la luz. El cuarto olía a aguarrás. Era la hora a la que llegaba Manolis. Mark limpiaba los pinceles, ordenaba las pinturas, Manolis se echaba en un sillón, fumaba. Habían tomado la costumbre de pasar juntos el final de la jornada. Mark lo esperaba con impaciencia, le enseñaba entonces lo que había hecho ese día. A veces paraba a mediodía en medio de una obra: necesitaba que Manolis le resolviera un problema de colores o de movimiento. Él no le hablaba de pintura, miraba el cuadro sin más. Mark intentaba pintar dentro de esa mirada, pintar como Manolis miraba. La mirada de este lo había llevado al borde de un gran descubrimiento, desconocido aún y misterioso. Sentía que ahora sí que su pintura adquiría auténticas dimensiones, llegaba a su apogeo, un apogeo inexplicablemente amenazador.

Lo esperaba con impaciencia. Acababa de terminar un cuadro. Fue a la cocina a por hielo y dos vasos. Cuando volvió, Manolis estaba delante del caballete.

—Ponme algo de beber. Y enciende el foco.

—Acabo de terminarlo.

—Se nota. El lienzo está húmedo y tú estás que te subes por las paredes.

Manolis se fumó un cigarro mientras contemplaba el cuadro, se encendió luego otro.

—Bueno, ¿qué te parece? —Mark se impacientaba.

—Lo prefiero a todos tus niños sin cabeza.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Puede que porque es el que menos cabeza tiene.

Mark rio.

—Pero ¿acaso los otros no están también descabezados?

—Sí, pero este es como si nunca hubiera tenido cabeza propia, como si lo pintaras directamente decapitado, no sé cómo explicarlo, pero lo veo.

Mark miró el cuadro y mudó la expresión.

—Tienes razón. Es el mejor niño que he pintado nunca. Por eso mismo.

Manolis se quedó mirándolo pensativo.

—No te preocupes por no poder pintar cabezas. Ya te saldrán.

Mark volvió a reír.

—Pero si no quiero. No me interesa.

—A eso me refiero, a que ya te interesará algún día.

—No lo entiendes. Un cuerpo sin cabeza es lo más críptico que puede pintarse. Y lo más revolucionario. Es arte abstracto, the hardcore stuff. Yo sustraigo, no sumo como los demás. Mi trabajo se vuelve abstracto porque siempre falta lo esencial.

—Gilipolleces. Deja de pensar y pinta. Y no me hables en inglés. ¿Nunca has pintado cabezas?

—Sí, pero sin cuerpo.

Rieron, no podían parar.

Manolis se acercó a su retrato.

—A mí sí me has pintado entero. ¿Por qué?

—A ti ya te cortaré la cabeza un día de estos.

Bebieron, fumaron, contemplaron la noche. En el cielo se levantó la luna nueva. Los niños sin cabeza tenían el cuerpo vuelto hacia la ventana como si quisieran escapar. El retrato de Manolis los miraba desde una esquina. Se llevó el cigarro a la boca. La punta fosforescente lo iluminó en la oscuridad.

Solo se le veía la cabeza. Parecía ir a la deriva, como un sonámbulo, en busca de su cuerpo.

17.

Alfred llegó a la isla una tarde con el último barco rápido. Llevaba una guitarra colgada al hombro derecho y un libro en la mano, el *Breviario de podredumbre* de Cioran. Iba a quedarse en casa de Plácido, que acababa de romper con Ron. Era este quien se lo mandaba. Lo había conocido en Zúrich, «Tienes que ir a casa de Plácido, está muy solo, y la isla te va a gustar», le había dicho la única noche que habían pasado juntos y, así sin más, sin previo aviso, se lo había mandado a Plácido, con la idea de que fuese una sorpresa, una especie de regalo de ruptura. Cuando Alfred se bajó del volador, no levantó ni una sola vez la mirada para ver dónde estaba. Se tomó un café en el de Antonio mientras leía su libro. Fue a la panadería a preguntar dónde quedaba la casa de Plácido. Arjondo lo acompañó hasta la puerta para asegurarse de que se iba. «Jesús, María y José —murmuró—. Menudo fantoche.»

Plácido estaba en la terraza cuando Alfred llamó a la puerta.

—Me manda Ron —le dijo—. Hay trescientos cincuenta escalones hasta tu casa. ¿Tienes algo de beber?

—No —dijo Plácido—. Y ya te estás yendo a un hotel. —Se quedó mirando a Alfred, que le pareció feo, raro.

«Una lástima. Si quisiera tirármelo, me lo quedaría», se dijo de entrada, aunque luego se lo pensó mejor.

—Bah, venga, me viene bien un poco de compañía, puede ser interesante.

Y así fue como Alfred se instaló en casa de Plácido.

Al día siguiente por la noche Maggie los invitó a su casa. Todo el mundo se había enterado de que había llegado uno nuevo. Tenían curiosidad por conocerlo. Alfred y Plácido llamaron a la puerta jadeando.

—Quinientos escalones hasta la puerta de fuera, los he contado —anunció Alfred, que las únicas frases que había dicho en el día que llevaba allí eran sobre escaleras.

Estaban los de siempre. Luca con Alana, que había crecido mucho, Mark, Stanley y Boris.

—Este es Alfred —lo presentó Plácido.

Se sentaron a la mesa. Maggie había preparado un extraño plato de carne que parecía pescado acompañado de una verdura desconocida y, de postre, fruta mezclada con galletas salteadas en mantequilla, azúcar moreno y oporto.

Alfred comía rápido y en silencio. Se sirvió muchas veces de todo y al final

quitó el azúcar moreno de la fruta y lo untó en rodajas enormes de pan con el cuchillo de la carne.

«No es por hambre, come mecánicamente porque tiene la comida delante —pensó Luca—. Come igual que los camellos, que se cargan de agua antes de atravesar el desierto.»

«Tiene un punto reptiliano —pensó Mark—. Es por los ojos rasgados, los pómulos eslavos y esa boca, que parece una herida en proceso de cura.» Le entraron náuseas y miró a otra parte.

«Y esa cola de caballo tan sucia —Plácido se había abstraído y estaba mirando al otro atentamente y con expresión asqueada—. La tiene sujeta con un cordón de zapato. ¡Qué pelo enfermo, qué finucho! Parece pelo de vieja. Si Stanley se acuesta con él, es que está loco. ¡Vaya regalito que me ha hecho Ron!»

«¿Es rubio? Con tanta mugre no se sabe bien… Sí, es posible…» Luca se acordó de la cabeza rubia de Manolis y sonrió.

Stanley miró el cuerpo de Alfred. «Delgado, pero flácido. No hay quien se lo tire», decidió.

Alfred se sacó del bolsillo una pitillera de plata con un labrado exquisito. Cuando se encendió el cigarro, todos se fijaron en que tenía unas manos muy bonitas.

«Será porque es alemán —pensó Mark—. Solo los alemanes son capaces de combinar la vulgaridad con un aire aristocrático. No ha abierto la boca en toda la velada. Voy a ver si consigo que hable.»

—¿Cómo es que has acabado aquí? —Quería habérselo preguntado en tono amigable, pero le salió una voz brusca, agresiva.

—Pues he acabado en esta isla, cuyo nombre… —Alfred no se acordaba del nombre de la isla—. Pura casualidad.

Todos esperaron la continuación. No llegó nada.

—Marihuana fudge! —gritó de pronto Alfred como si acabara de despertarse y todos se quedaron mirándolo boquiabiertos—. Sí, sí, eso es, ¡pastel de marihuana! Llevaba horas preguntándome a qué olía el postre de Maggie. ¡Eureka! Seguro que es la receta de pastelitos de marihuana que había en el libro de cocina de Alice B. Toklas, ¿sabéis quién os digo?, la amiga de Gertrude Stein. Por supuesto, falta la marihuana, pero puede que la propia Alice no se la echara, que simplemente le pusiera ese nombre por razones artísticas.

Mark sintió que le venía la risa a la garganta, que lo ahogaba. «A cada día que pasa me hundo más en la locura de esta isla. Aunque esta noche supera todos los límites…»

Alfred empezó entonces a hablar sin pausa, con la misma bulimia con la que

comía.

—Y antes de venir aquí estuve viviendo seis meses en una okupa, era una fábrica abandonada, nos la apropiamos nosotros, hippies y artistas, nadie tenía derecho a echarnos. En la parte donde yo estaba no había ni agua ni aseos, dormíamos en el suelo y para calentarnos prendíamos periódicos, los pintores hacían murales de temas bíblicos, estábamos todos pasando por una crisis religiosa y quisimos expresarla, aunque al estilo vanguardista, claro está, uno pintó a Dios comprando en un supermercado, una chica pintó a Adán travestido, yo componía para guitarra basándome en temas del Evangelio, al final vino la policía y la cerró, la fábrica se había llenado de ratas. A nosotros las ratas nos daban exactamente igual, pero en fin, fueron los meses más creativos de mi vida, vuestra isla es una mierda comparada con aquella fábrica, que no tenía ni una ventana, siempre había soñado con vivir así, aquí las casas parecen barcos, terrazas por un lado, terrazas por otro, de locos, yo odio la naturaleza, huelo el mar y me pongo malo, miro una puesta de sol y me dan calambres, yo soy de interior, ¿habría escrito Kafka *La metamorfosis* si tuviera que tragarse todos los días una vista como esta en toda la jeta? No, habría escrito *Heidi*, la niñita que bebía leche hasta reventar en las montañas suizas, pues igual vais a reventar vosotros aquí de tanta belleza.

Hasta Mark, al que ya nada sorprendía, se había quedado perplejo. Alfred se levantó.

—Plácido, hora de irse. —Lo dijo con voz autoritaria.

—Sorry, thank you and good night —dijo tartamudeando Plácido, y desaparecieron.

Cuando llegaron a la casa y Plácido se metió en la cama y apagó la luz, sintió que un cuerpo desnudo se colaba bajo las sábanas. La repulsión que sentía se convirtió al instante en tremendo deseo erótico, no había sentido nunca una excitación tal, ni en las primeras noches con Ron. «Como si fuera a besarme un vampiro.» Fue lo último que pensó antes de cerrar los ojos y sentir el aliento de Alfred quemándole la nuca.

A la mañana siguiente este se despertó con dolor de cabeza.

—Es por el aire limpio —dijo.

Desayunaron en la terraza.

—¿No te vas a duchar? —le preguntó Plácido.

—No. El agua se lleva las sustancias creativas del cuerpo. Hay que lavarse solo cuando uno quiere descansar la mente.

Plácido se tiró una hora en la ducha. Cuando salió, Alfred estaba con la guitarra y había llenado la terraza de partituras.

—¿Quieres oír una de mis composiciones?

Plácido, que tenía muchas ganas de que Alfred se lavara, pensó que a lo

mejor así se desprendería de sus sustancias creativas y luego querría descansar la mente.

—Sí, sí, me encantaría.

Alfred cerró los ojos, rasgueó la guitarra tres veces y pegó un grito. La taza de Plácido se hizo añicos. Alfred empezó a tocar. No tocaba con los dedos sino con el puño, lo pasaba por las cuerdas, y era como si la guitarra se retorciera del dolor, sacaba sonidos desconocidos, insoportables. Al mismo tiempo gritaba descompasado, decía números, contó hasta el siete y luego volvió a empezar. De pronto, se levantó y empezó a correr alrededor de la terraza, arrastrando la guitarra por el suelo, saltándola por encima, los gritos cada vez más fuertes, hasta que se arrodilló, besó las losas, dio siete vueltas a la guitarra por encima de su cabeza y la lanzó a la calle. Plácido se había quedado pegado al muro, aterrado.

—La sinfonía se llama *Apocalipsis en re mayor* —le explicó Alfred—. El de San Juan, claro está —añadió.

—Se ve que la has trabajado mucho. —La voz de Plácido era un susurro, intentó encontrar la manera de escapar por la escalera, pero Alfred le cortó el paso.

—Sí, mucho, aunque ya la he superado. Demasiados monstruos y clarines para mi gusto, mucho ruido y pocas nueces, como en los westerns.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Plácido al tiempo que pensaba: «Estoy tratando con un loco, un idiota, ¿cómo se atreve a hablar así del libro más bonito del mundo?».

—Si llega el fin, no será así. Vendrá por donde menos lo esperemos. —Alfred bostezó y le guiñó un ojo con picardía—. Nos queda un poco de tiempo, ¿por qué no nos echamos una siesta?

Plácido se precipitó hacia la puerta de la calle.

—Voy a dar una vuelta. La nevera está llena. Puede que tarde.

Esa noche, cuando volvió a la casa, oyó los gritos de Alfred desde lejos.

«Ron, ¿cómo me has hecho esto? Dios mío, ¿qué hago para que deje de tocar el *Apocalipsis* en mi terraza, en mi casa, para ver mi querido libro convertirse en esa visión grotesca?» Se fue directo a la cama.

Al día siguiente Alfred se levantó de nuevo con jaqueca, una presión en la cabeza, «como si llevara un casco», decía y abrió con esfuerzo los ojos hinchados. Plácido le puso el termómetro. Cuarenta de fiebre. No paraba de pedir agua mientras leía su *Breviario de podredumbre*. Se quedó dormido con el libro en la mano.

Por la tarde se pasó por la casa Stanley. Plácido dejó solos a los otros dos y, cuando volvió, Alfred estaba vistiéndose y Stanley le encendía un cigarro.

—¿Adónde crees que vas? ¡Estás ardiendo de fiebre!

—Voy a ir un rato con Stanley al bar y luego me quedaré en su casa a dormir.

—Quiere que le dé un poco el aire —murmuró Stanley, y Plácido cayó entonces en la cuenta de que faltaba Boris.

Al día siguiente por la tarde Stanley trajo de vuelta a Alfred. Venía tirando de él.

—¡Rápido! ¡Tenemos que llamar al médico!

Lo metieron en la cama mientras Alfred se cogía la cabeza entre las manos y gemía:

—Me duele. Me duele, me duele.

El señor Burnasis, el médico, lo miró y dijo:

—No se preocupen, será una gripe de nada. Voy a examinarlo.

Le examinó la garganta con una cuchara. No vio nada. Lo auscultó. Nada. Le palpó por todo el cuerpo.

—Yo no veo nada —dijo después de un rato—. Le voy a dar unos antibióticos y, si para mañana no le baja la fiebre, llévenlo al ambulatorio para que lo examinen. No es ni gripe ni un resfriado, tampoco una neumonía ni ninguno de los virus conocidos que tenemos por aquí. Y ahora que lo pienso, no me gusta nada esa fiebre con tanta presión en la cabeza. Son los síntomas de la meningitis. Ni una palabra a nadie, es una enfermedad contagiosa que puede ser letal, no queremos que cunda el pánico en la isla. Como un casco ha dicho, ¿no? —le preguntó gritando a Alfred.

—Yeah, yeah.

—¿Y si no es meningitis? —preguntó Plácido.

El señor Burnasis lo miró perplejo.

—Ni se me ha pasado por la cabeza esa posibilidad. —Y cuando se disponía a irse, volvió a sentarse, parecía atribulado, pensativo—. ¿Con quién vive el enfermo?

—Con él —se apresuró a decir Stanley señalando a Plácido.

—Don Plácido, ¿el enfermo es amigo suyo?

—No exactamente. Es amigo de un amigo.

—Me refiero a que si… —El médico tosió y se puso en pie rápidamente—. Bien. Le pido por favor que haga una limpieza general en su casa, el enfermo debe utilizar sus propios platos y vasos y no ha de tener contacto alguno con usted, ¿me entiende? Ninguno, nada. Vendré mañana a la misma hora. Para entonces ya me habré comunicado con el ambulatorio. Adiós, señores.

—Menudo regalito te ha hecho Ron —comentó Stanley apenas salió el médico por la puerta.

—Será que «nos» ha hecho. —Plácido le sonrió.

Stanley salió corriendo de la casa dando un portazo a su paso.

A la mañana siguiente, el enfermo no podía siquiera abrir los ojos de la fiebre y el dolor de cabeza que tenía. Bajaron como pudieron hasta el ambulatorio, Plácido lo llevaba cogido por la cintura, Alfred, que no veía nada, iba con la cabeza apoyada en el pecho del otro mientras que Plácido llevaba la cara hundida en el pelo del otro.

—El médico dijo que no tuviéramos contacto —dijo Plácido desesperado—, y yo aquí comiéndome tu cola de caballo.

—Pues anteanoche bien que te gustaba. «Dame, dame, dame más», decías. —Habló en un tono severo y Plácido se avergonzó.

El ambulatorio estaba vacío. No había ni enfermeras ni doctores, solo enfermos. Plácido apoyó a Alfred en una silla como si fuera un paquete y fue a sentarse a la otra punta de la enorme sala. Esperaron. El silencio era absoluto. Encima de unas mesitas había desperdigadas varias revistas religiosas: «¡El fin está cerca!», «¡Arrepentíos!», «Vía dolorosa». Plácido las hojeó por encima. Alfred se fue escorando lentamente hacia la izquierda, con una sonrisa necia en los labios, como si estuviera viendo una visión. Pasó el tiempo. En la pared había un retrato del benefactor del ambulatorio. Gordo y calvo, miraba a Plácido con cara de pocos amigos.

—Se parece a Gertrude Stein —dijo en voz alta.

Después debió de quedarse dormido porque cuando volvió a abrir los ojos, era la una. Escuchó unos pasos que se acercaban desde muy lejos. Una enfermera bajó por las escaleras y se le acercó.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Plácido no entendía. Señaló a Alfred con el dedo:

—Sick, very sick.

La enfermera miró a Alfred, que estaba en la otra punta de la sala.

—Deje a ese hombre. Le toca a usted. ¿Necesita un médico?

Plácido empezó a menear la cabeza, desesperado, sin parar de señalar a Alfred.

—¡Yo no cerca! ¡Yo lejos! No tocar. Sick!

—Merula, ven, anda, que hay uno aquí que está loco. Llama al médico, que venga inmediatamente.

La otra enfermera gritó:

—¡Doctor, doctor!

El médico salió de un sótano. Llevaba en la mano un frasquito con orina.

—Merula, esto es del pope Yorgos. Que lo analicen a ver si tiene cistitis. Vendrá mañana a por los resultados después de la misa. ¿A qué hora abren la iglesia?

Las enfermeras se rieron.

—¿Y cómo quiere que lo sepamos, doctor? Ni que fuera una tienda de ropa

—Lo miraron, coquetas.

—Pasen.

El médico miró a Plácido. Plácido miró a Alfred.

—Him.

—¿Mande?

—I am with him! —gritó.

—Cálmese y no grite, que esto es un ambulatorio. Tenemos más pacientes. ¿Y por qué se sienta tan lejos de él? Hospital phobia? Merula, tráigame el Valium que tengo en la consulta, con cuidado, haga el favor.

El médico miró entonces por primera vez a Alfred. Examinó su rostro pálido, los ojos hinchados, la cola de caballo sucia, las uñas negras.

—Okey —le dijo a Plácido—, pasen. —Tenía voz fría. Entraron los tres a la consulta—. ¿Son parientes?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Qué tiene el paciente?

—Phone doctor Burnasis, él sabe.

El médico habló por teléfono.

—Posible meningitis. Ni una palabra a nadie, Merula, avisa a la guardia. Si sale positivo, habrá que hablar con el comandante para que lo expulsen. Rápido, quiero orina, sangre, punción, todo.

Una vecina de Plácido los vio salir del ambulatorio. La víspera había escuchado a Burnasis decir la palabra «meningitis» en la terraza, ahora veía al extranjero dando tumbos y cayéndose por las escaleras, se santiguó, corrió a contárselo a su cuñada, la cuñada se lo contó a su sobrina, la sobrina a su otra tía. Por la noche lo sabía toda la isla. En el cuartelillo no paraba de sonar el teléfono.

—¡Que lo expulsen! ¡Que cierren los colegios!

La vecina de Plácido se convirtió en una persona importante, todos la llamaban para que les contara la noticia.

—Os informaré en cuanto tengamos novedades —les dijo, y apagó todas las luces de la casa y se sentó en la terraza a esperar.

Pero Alfred no tenía meningitis. Ni tampoco ninguno de los virus conocidos de la zona. Los análisis no revelaron nada. La vecina lo anunció y la isla se calmó. Los médicos, sin embargo, no se quedaron tranquilos, la fiebre no bajaba. Hablaron de análisis especiales que no podían hacerse en la isla. Los extranjeros tampoco se quedaron tranquilos. El miedo se extendió como la pólvora por la comunidad extranjera.

Alfred pasó todo el día en la cama con las contraventanas cerradas porque no

soportaba la luz. Leía sin parar el *Breviario de podredumbre*, y cuando Plácido le suplicaba llorando que regresara a Zúrich, que fuera al ambulatorio de allí, el otro le respondía:

—No, esta enfermedad es una catarsis y ha elegido esta isla para eclosionar y florecer.

—¡Pero lo ha hecho en mi casa! —gritó Plácido, que cerró de un portazo la puerta del cuarto y bajó corriendo al puerto.

Empezó a salir de casa en cuanto amanecía. Al principio le hacía tres comidas y entraba corriendo y se las dejaba al lado de la cama. Después solo un vaso de leche. El cuarto en penumbra empezó a despedir un olor insoportable. Al final dejó también de llevarle leche. Cuando volvía por las noches, se sentaba en una silla frente a la puerta cerrada y la vigilaba, creía que la enfermedad acechaba, lista para saltar en cuanto cerrara los ojos. Una noche echó la llave del cuarto de Alfred por fuera y fue a acostarse. Al día siguiente se olvidó de abrirla antes de salir. Esa noche al volver tampoco la abrió deliberadamente. Arrastró la silla hasta la puerta cerrada y apoyó la cabeza en la madera.

—Vete a palmarla a Zúrich. —Era una voz casi tierna.

A la mañana siguiente lo llamaron del cuartelillo. Por suerte, era Manolis.

—Tu amigo tiene que irse. Es persona non grata en la isla.

—Manolis, tienes que ayudarme, haz que lo expulsen. No es mi amigo y se niega a irse.

—Legalmente no puedo expulsarlo por una enfermedad desconocida. Pero puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Déjalo en ayunas. Tiene que guardar cuarentena. Y como salga a la calle, lo arrestamos.

Plácido rio.

—Parece que me lo veía venir. Ya hace unos días que lo tengo sin comer.

—Ni agua. Les diré a los del Ayuntamiento que te la corten. Tendrá que salir a por agua.

—Manolis, ¿qué haríamos todos sin ti?

—¡A saber! —respondió Manolis riendo.

Esa tarde Plácido fue a ver a Stanley. Se lo encontró preparando las maletas, muy pálido.

—Me voy a América, Boris me está esperando ya allí. Quiero hacerme las pruebas. Dime… ¿tú no habrás… con Alfred?

—Sí, sí —dijo Plácido a toda prisa—. ¿Y tú?

Esa tarde noche Plácido fue al Bill's. En cuanto entró, notó que el ambiente cambiaba, tras la barra, Stéfanos fingió no verlo. Se hizo un silencio absoluto.

—Un gin-tonic.

Stéfanos paró hasta la música.

—Lárgate. Aquí no se te va a servir nada.

Un poco más allá estaba sentado Duane con dos chicos, eran pintores y llevaban poco tiempo en la isla. Sin pedir permiso, Plácido se sentó a su mesa, se encendió un cigarro y se quedó mirando a Duane.

—Hi, Duane. Yo conozco a uno de estos. Y bastante bien, la verdad. Pero no te diré de quién de los dos hablo, ni tampoco te lo dirá él, estoy seguro. Tú, Duane, ¿a quién elegirías esta noche?

Plácido se fumó tranquilamente el cigarro, se levantó entonces e hizo la ronda por las mesas, se sentó con todos sus conocidos, incluso con los desconocidos, no dejó rincón del bar sin tocar, cenicero sin manchar, brazo sin apretar con su mano, vaso que no tocara con sus dedos. A las tantas de la noche se vio frente a Mark, que estaba sentado solo en una esquina y tan borracho que pintaba en el vacío con un ensimismamiento tremendo y erguía la cabeza de vez en cuando para contemplar el cuadro en su conjunto. En cuanto vio a Plácido, levantó el vaso.

—Bebo por la salud de nuestro amigo Alfred, que se encontró en esta isla, cuyo nombre… cuyo nombre… para traernos esta enfermedad de los dioses, aristocrática y refinada, la ilustremente desconocida, bebo por Alfred, por la nueva Marguerite Gautier, que, en lugar de aspirar éter en su pañuelito, lee el *Breviario de podredumbre* y se instruye hasta el final, pero los tiempos han cambiado, y lo mismo ocurre con las enfermedades, y… y… Alfred, nuevo símbolo del romanticismo, ¡te saludo!

En la puerta del bar estaba Alfred. Tenía el pelo liso y suelto y le caía en ondas por los hombros. Había adelgazado tanto que ya no tenía los ojos rasgados; eran enormes y de un verdor increíble, mientras que la cara tenía una delicadeza de niña, era por primera vez de una belleza asombrosa. Sonreía y relucía por la fiebre. Envuelto en una manta, iba descalzo y desnudo, e hizo un gesto indefinido con la mano que podía significar hola o adiós. Fue hacia la barra. Se sentó en un taburete alto. Se agachó y pegó la boca al oído de Stéfanos. Los que estaban cerca dijeron más tarde que dijo lo siguiente: «¿No tendrá por casualidad leche alemana? La griega se me antoja demasiado ligera, mientras que la austriaca me cae pesada». Todos juraron que dijo exactamente esa frase, aunque nadie los creyó. ¿Cómo podía alguien tan enfermo hablar con tanta lucidez y de algo tan insustancial?

Se escuchó la risa de Mark, que acabó en sollozo, y al mismo tiempo entró por la puerta Manolis, cogió a Alfred suavemente del hombro, este estuvo a punto de caerse cuando se giró, el guardia lo levantó entonces en brazos como a un bebé y lo sacó del bar.

Al día siguiente se enteraron de que por la noche había llegado una embarcación para llevarse a Alfred a escondidas. Había sido Manolis el que lo había entregado. «Como Nosferatu…», pensó Plácido. Se imaginó a Alfred viajando en plena noche como el famoso vampiro, dentro de un ataúd, en un barco vacío que navegaría sin timonel hacia otros puertos, llevando consigo, como Nosferatu, la peste.

Al cabo de unos días, Plácido recibió una carta de Zúrich.

Universitätsspital Zürich,
Departement für Innere Medizin

En relación a Herr Gublich, Alfred.
Lamentamos tener que informarle de la muerte de Herr Alfred Gublich. Falleció el martes a las diez de la noche. Todos los análisis y las pruebas que se le practicaron dieron como resultado que el paciente, cuya enfermedad duró del 22-2-84 al 12-3-84, padecía una infección. No obstante, fuimos incapaces de determinar qué virus la provocó.
P. D. En sus últimas horas el paciente le escribió una carta. Nos pidió que se la enviásemos junto con este paquete.

Plácido abrió el paquete. Era el *Breviario de podredumbre* y de sus páginas cayó un folio. Plácido empezó a leerlo:

«Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel, y cuando lo hube devorado, fue amargo mi vientre.» Querido Plácido: Cuando recibas este libro será más real la parte de «la mano del ángel», y el ángel seré yo. Léelo. Ahora bien, si se te amarga el estómago, no sabría qué pensar, porque creo que no tienes estómago ni nada parecido. Te mando mi maldición, pues, desde el más allá, pero con la mejor de las intenciones.

Como siempre, Alfred.

Plácido lanzó el libro y la carta al mar. Las palabras de San Juan empezaron a flotar hacia mar adentro. El *Breviario de podredumbre* se quedó al lado del muelle. Golpeaba la piedra con las olas, como suplicando que lo sacaran del agua.

18.

—Déjame que abra yo la puerta. Se ha torcido con el incendio.

Manolis se arremangó el uniforme. Luca le miró el reloj, esa correa negra tan pegada a la muñeca, las venas que le aparecieron al empujar la madera quemada.

La casa estaba en lo alto del monte, un poco por encima de la de Mina. Se había quemado en verano, una noche que soplaba muy fuerte el viento, junto con el viejo que la habitaba. El hombre estaba borracho, tardó en salir y, cuando las llamas lo rodearon, se puso a cantar: «Dos puertas tiene la vida…». Pero cogió y cerró su puerta, se metió en un armario y, cuando apagaron el incendio, se encontraron allí su esqueleto, con una taza en la mano que parecía oler a retsina y riendo con la mandíbula desencajada como si estuviera todavía borracho. La casa parecía encantada, era informe y triste: la ceniza revoloteaba por doquier, caía del techo como una nieve negra. En el suelo, vigas cedidas, colchones quemados. Quizá por eso era tan única la vista, ilesa, desde las ventanas. Irrumpía por doquier en medio de aquel espacio destrozado, la isla se entreveía por cualquier rincón, había una visión por ventana y estas se elevaban y rodeaban la casa como una compleja escultura, mientras, en el horizonte, ocupándolo todo, el mar.

Se hizo de noche. Se sentaron en el suelo. Miraban la isla, que se volvía rosa, morada, se erguía suspendida en un color desvaído, indefinido, y de pronto se columpiaba en medio de la noche y caía como si se abandonara a un abrazo oscuro.

—Cuando estamos juntos, siempre es de noche y siempre subimos a cierta altura. Te tengo asociado con el esfuerzo y el cansancio, es como si mi vida estuviera partida en dos.

—¡Pero si la isla está llena de escaleras! —Manolis rio.

—No, no lo entiendes. Durante el día bajo para ver a los demás, incluso cuando voy a casa de Sue, que está a la misma altura que la mía. Pero contigo, en cambio, siempre subo, las escaleras infinitas, la noche y tu espalda delante de mí mientras ascendemos son las imágenes que se me quedan más grabadas cuando me dejas de vuelta en casa. Me tiendo y, desde la cama, vuelvo a mirar los picos de las montañas y las últimas casas y me entran otra vez ganas de levantarme y empezar a subir, a subir, a llegar hasta el ángulo recto que forma la isla con el cielo. Te imagino esperando allí. Es como si, ahí en alto, te volvieras la cara oculta de la isla, la parte que está siempre en sombra, y

aunque la isla es de por sí muy críptica, tú eres su lado más oscuro, como si fueras el último eslabón de una cadena de secretos, y a menudo me pregunto qué es lo que escondes. Aquí todos escondemos algo.

Manolis no respondió. La miraba con ojos tiernos, la recostó sobre sus rodillas, le encendió un cigarro de los suyos, suspiró.

—Suelo subir por las noches a dormir al claro ese al que te llevé. Allí tengo sueños extraños, tan bellos, que me levanto por la mañana con un frescor que me recorre todo el cuerpo, a mi alrededor la naturaleza irradia un extraño calor, un día tuve la impresión de que aquel sitio, los árboles, la tierra, me reconocen, se acuerdan de mí, me esperan con impaciencia. A partir de ese día empezaron los sueños.

—¿Solo los tienes allí?

—Sí. Por eso ahora me gustan los sitios en alto, y la noche. He asociado las alturas y la oscuridad con cierta ternura, marca la hora de abandonarse, de soñar, el tabaco me sabe entonces distinto. Es la hora en que te amo.

—¿El resto de las horas no me amas?

La miró.

—Te reservo para la noche.

Fumaron mirando la vista. Justo enfrente estaba la casa de Mina. Vacía, en silencio, un candado en la puerta amarilla, unas letras negras e irregulares cubrían el lado derecho de la tapia: SE VENDE. Manolis la miró, con el cigarro en la boca, los ojos entornados por el humo.

—¿La conocías?

—¡Sí!

Unos celos ridículos, terribles, la invadieron.

—¿La conocías bien?

—¡Tanto como podía alguien conocer a Mina!

Luca miró el perfil de él con el cigarro, los ojos entornados pero concentrados fijos en la puerta amarilla, un extraño ensimismamiento.

«Es normal que la mire así. Él vio el cadáver. A saber qué estará recordando ahora. ¿Y de quién sospechará por los asesinatos?»

—¿Has escrito hoy? —Manolis siempre se lo preguntaba, con un asomo de ironía, pero también con ternura, con cierto asombro velado.

Luca rio.

—Todo el mundo me pregunta a diario si he escrito. La mitad se alegra cuando digo que sí, la otra mitad cuando digo que no. Así sé siempre quién me quiere, no podría encontrar una manera más segura de distinguir a los amigos de los enemigos. Aunque a veces me hago un poco de lío, como con Anesula: puede que sea la que más me quiere, pero se alegra cuando no escribo, le gusto más triste. A lo mejor es porque así le doy mejor el masaje.

—¡A lo mejor a mí también me quieres más los días que no escribes!

Sonrieron, muy cerca de nuevo, con complicidad.

—Luca, dime una cosa: ¿tú tienes sueños?

—Sí. —Pensó en los sueños con los cerditos, con el nombre de Manolis; esos no pensaba contárselos jamás—. Cuéntame tú un sueño que tengas a menudo —le pidió—. Todos tenemos un sueño así, a veces lo tenemos desde pequeños, siempre el mismo. Cuéntame el tuyo.

Echó la cabeza en las rodillas de él. Manolis le pasó los dedos por el pelo, se lo extendió como un abanico alrededor de la cara, se lo acarició, se lo alisó sobre su propio pantalón, tierno y abstraído, cerca de ella y a la vez muy lejos.

—Me acaricias como le acaricio yo el pelo a mi perra.

Manolis rio.

—Entonces eso significa que te quiero. —Se encendió un cigarro, volvió a entornar los ojos—. Tengo un sueño desde que era pequeño que me aterra. Cada vez que lo tengo, pienso (dentro del sueño) que, si el sueño cambia o termina distinto, significará que he cambiado yo también, y que, en cuanto me despierte, tendré que estudiar y comparar los cambios del sueño con los míos.

»Sueño que estoy dando un paseo por una playa. El mar está inmóvil, negro y denso como el azufre, los guijarros bajo mis pies, ardiendo, afilados, el cielo, oscuro pero despejado, como si hubiera anochecido de golpe, aunque es mediodía. En esa quietud siento la tierra (en las profundidades) preparándose para un cambio, por eso está así inmóvil, concentrando sus fuerzas. El agua rodea mis pies descalzos, está ardiendo. No los acaricia con su ligereza de siempre. Golpea contra ellos nerviosa, como si el mar hubiera perdido también su ritmo. Eso es lo que más miedo me da: una arritmia de la naturaleza, un pánico, que por un momento detiene su pulso y, al siguiente, lo enloquece, lo desboca.

»Y entonces lo veo. Un maremoto se yergue ante mí. Muda, gigante, la ola toca con su espuma el cielo, avanza hacia mí como una montaña nevada, se dobla por la mitad para coger impulso, avanza lenta, hierática, implacable. Aunque me escondiera, no podría escapar. Empiezo a correr. Me caigo, me levanto de nuevo, lloro y corro como alma que lleva el diablo, la ola está todavía lejos, pero es eso lo que me aterra: la lentitud del ritmo, la majestuosidad que se acerca sin prisas. Yo siempre había asociado el miedo con un choque brusco, la muerte con un movimiento rápido que no logras controlar. Y hete aquí que ahora veo la muerte acercándoseme así de lenta, tanto que parece inmóvil. Sé, sin embargo, que en algún momento me alcanzará, que me cubrirá, que me aniquilará con una fuerza inhumana, sin nombre, sin rostro, salida de las profundidades ardientes del océano, y es ridículo porque desde pequeño lo único que me ha dado miedo ha sido la

zambullida, la desaparición en el agua. El terror cobra tal magnitud que deja de ser sentimiento y se vuelve terror cósmico, como la ola, se transforma en un elemento natural.

»Se oye entonces el rumor. Un ruido de otro mundo se eleva en el cielo como un canto, creo oír voces de niños, notas agudas y complejas. La ola se acerca. Corro en paralelo. Veo de cerca la cavidad de su interior: recuerda las entrañas de un cetáceo. Miro la cresta: corre vertiginosamente, engulle el aire mientras por la base la ola permanece inmóvil, como enraizada a las profundidades. Vuelvo a caer, me doy en la cabeza contra una piedra, se me llena la boca de algas, me mareo. Un cangrejo se mete bajo una piedra y se agarra con fuerza, él también intenta esconderse. La ola ahora tapona todo el horizonte, a mi alrededor ha oscurecido del todo. Quiero levantarme, pero no puedo, una fuerza incontrolable me mantiene tendido, paralizado, condenado al monstruo que se acerca. El rumor se convierte en gruñido, la ola ya casi me toca, en los costados siento un aliento helado, húmedo, en el último momento me pongo en pie, tiendo las manos hacia el cielo, hundo los pies en la arena y la espero erguido, me alzo ante ella, no quiero que me vea tendido, incapaz. Ahora estoy casi dentro de la ola, veo detalles: el color en la cresta, verde marino, cegador, que se oscurece para espesarse como tinta por la base. Por doquier, salpicaduras de colores, rojas, amarillas, doradas… Ante una belleza tan absoluta desaparece el miedo, esta muerte deja de asustarme, porque está fuera de toda medida, y yo me borraré dentro de una visión divina, paso a formar parte de una cosmogonía, y tiemblo ahora de amor e impaciencia, "Me ha elegido", pienso, "soy la única persona a la que ha tragado la ola. Igual que Jonás en la barriga del cetáceo. La ola me llevará a sus entrañas. Solo a mí". Y así la abrazo, le doy la bienvenida, me ofrezco por entero a esa ola que me engulle gruñendo y mi último pensamiento es: me he salvado. —Manolis se inclinó sobre Luca, la miró con insistencia, le temblaba la mano del cigarro.

—¿Qué significa ese sueño, Luca? Me da miedo. Hay cosas en mi vida de las que me gustaría tanto hablarte. No las entiendo, al igual que ese sueño, y, como el sueño, son inevitables.

—No quiero que me las cuentes. Prefiero tus sueños. Dentro de ellos me acerco más a tus actos. Tu sueño pasa a ser también mío, mientras que un momento tuyo real, un movimiento, una mirada, si no estoy delante para verlo, seguirá siendo para mí siempre un misterio, algo desconocido. Los sueños son moneda corriente, circulan en nuestra sangre, podemos compartirlos, incluso intercambiarlos.

—A veces —dijo Manolis— siento que toda esta isla es un sueño, que todos tenemos en ella un puesto y un papel, intentamos entender el sentido, pero no podemos porque formamos parte de su sueño, quizá seamos incluso los

protagonistas. Puede que incluso, como sonámbulos, caminemos por una isla inexistente, que seamos soñados nosotros por una isla inexistente, que todos tengamos el mismo sueño a la vez. Hay veces que, por la mañana, cuando voy al cuartelillo y me fumo el primer cigarro, el puerto sigue en penumbra. Tengo una sensación tal de inexistencia que me siento en un escalón que hay al lado del mar y cierro los ojos. Me da miedo que al abrirlos la isla haya desaparecido. Otras veces me siento yo en el centro de un sueño que ilumina, que guía al mundo. Siento que la isla es ese sueño y yo, el ejecutor.

—Es curioso. Nuestros sueños se parecen, pero son opuestos, y en los dos aparece un mar, solo que el tuyo te ahoga y el mío me abandona. Pero ¿cómo no vamos a soñar con el mar, cuando nos tiene rodeados?

»En el mío yo estoy sentada en lo alto de una roca. A mis pies el mar resplandece, es verano, tengo calor, sed, llevo días en esa roca, la piel, la boca, las tengo secas, si no me meto en el agua moriré, bajo, corro, casi toco con los pies la primera ola. Veo que el mar retrocede. Vuelvo a correr. El agua se aleja, corro más rápido aún, el agua se pierde más rápido todavía. El paisaje está lleno de rocas, trepo. “Ahora”, pienso, “en cuanto llegue a esa cima veré el mar, estará justo debajo y me lanzaré, me salvaré”. Miro y veo que el mar se retira a una velocidad increíble, desde la siguiente roca no hay mar que valga. Cambia el paisaje, adquiere el brillo seco e inhumano del desierto, las piedras y la arena se pierden en el horizonte. Me arde la piel, se me llena de llagas, se me ha hinchado la lengua, el sol me pega inclemente, hinco las rodillas en el suelo, lloro desconsoladamente. Me miro el cuerpo. Está atravesado por enormes hendiduras, muy profundas, como latigazos. En pocos minutos he envejecido.

Como si estuviera soñando en ese momento, Luca lloraba sin consuelo, con la congoja con la que lloran los niños cuando no saben localizar el origen del dolor. Abrazó a Manolis por el cuello y este la apretó contra sí, la acunó.

—Llora —le decía él—, llora.

—¿Cómo voy a escribir cuando tengo miedo del dolor y de la vejez? ¿Cómo voy a escribir si le tengo miedo a todo? —preguntó Luca entre sollozos—. ¿Tú me querrías si estuviera llena de llagas, como en el sueño? ¿Me querrías si tuviera lepra, si fuera repulsiva, si fuera vieja? ¿Por qué desde pequeña mido así el amor, pensando «Nadie me quiere por lo que soy», cuando no sé ni lo que significa eso? ¿Y te querría yo si fueras feo, si estuvieras enfermo, te besaría las llagas? Dentro de mí se esconden una niña, con los ojos cerrados por el miedo, y una anciana, con los ojos boquiabiertos del miedo. A ellas las conozco. Luca no sé quién es.

—Eso que dices me toca muy adentro, muy profundo, habla, por favor, sigue hablándome.

—Cuando era pequeña, iba a escondidas a ver a un viejo que vivía en la casa de al lado. Su dormitorio tenía ese olor, mezcla de moho y humedad, que tienen los cuartos de los moribundos. Yo lo adoraba. Estaba siempre sentado en el mismo sillón al lado de la ventana, la luz le daba en las manos, en su piel reseca, a cada día que pasaba revelaba más cegadoramente la muerte que palpaba esas manos, y el viejo palpaba él también con esas mismas manos los brazos del sillón, cada día lo apretaba con más fuerza, no quería irse. Yo me arrodillaba y besaba esas manos con un amor, un fervor, que no he vuelto a sentir por nadie, ni siquiera por ti. Le besaba las palmas y recuerdo que las tenía sequísimas, que después se me quedaba la boca roja, levantada. Empecé a contarle historias con agua, ríos, cataclismos, me las inventaba sobre la marcha y eran incoherentes, locas, sorprendentes, y el hombre escuchaba y sonreía, quizá habría muerto antes si mis historias no lo hubieran bañado con ese frescor. Le describía cómo caía de repente un aguacero sobre una ciudad, cómo brillaban las aceras, los tejados, cómo salían corriendo los transeúntes, cómo se encendían las primeras luces por las calles. Las manos se detenían entonces, se apartaban por un momento del sillón, «Luca, querida, cuéntame otra», me rogaba. En ese dormitorio, con aquel moribundo, aprendí a escribir. Si mis historias tenían la capacidad de alejar a la muerte, de calmar la sed, para llenar un cuarto con presencias más vivas que la bombilla, la cama, el vaso sucio, tendrían también la capacidad de cambiar el mundo. Desde entonces intento escribir como le hablaba a aquel viejito. Pero me falta el fervor, el amor. Aquel viejo fue mi primer lector. Y el último.

—Yo también siento esa extraña conmiseración hacia la muerte, ante el fin, es un sentimiento más ferviente que el amor. No sabía que tú también… No podía imaginarme… Luca, he cometido actos tan inexplicables como los sueños.

—¿Y quién no?

—Si alguna vez llegas a enterarte, recuerda tu historia del viejito. Quizá así lo entiendas.

—¡Háblame de alguna mujer a la que hayas querido!

Manolis rio.

—¿Antes de ti o ahora?

—Ahora —dijo Luca riendo también.

—En cuanto entro a la iglesia, la siento esperando. Está en penumbra, se me tiene que hacer la vista a la oscuridad. Esos pocos segundos hasta que la veo, se me enciende por dentro tal deseo, tal fiebre, que tengo que sentarme en una banca porque me tiemblan las piernas. Se le va iluminando la cara lentamente, se revela solo para mí, jamás he visto un rostro desnudándose de esa manera, no hay desnudez que se le pueda comparar. Me ofrece primero la frente,

después las mejillas, la boca, con tal abandono, tal comprensión del amor, que cuando veo el rostro completo, el deseo es casi insoportable, tengo que cerrar los ojos. A ciegas, me acerco a ella sin darme cuenta. Cuento las pestañas que tiene, la mirada se me pierde en un lunar que tiene a la derecha de la boca, me imagino el pecho bajo el fino tejido. La quiero poseer. Aovillarme en su abrazo como un niño, tenderme sobre ella como un amante, adorarla arrodillado y volcarla en el suelo para marcarla con mis besos, herirla en los lugares más secretos. Por cómo me mira, sé que ella siente lo mismo: madre y amante mía, virgen y desvergonzada, la he hecho mujer. Me vuelve loco ese doble juego que esconde su cara, su boca, que tiene la seriedad de la madre y la invitación de la hembra. Quiero esos labios para mí. Sigo acercándome, pego las palmas al cristal, me inclino como si me hundiera entero en ella, el cuerpo se me apoya con fiereza contra el suyo, mi beso es profundo, interminable, siento que se le abren los labios, el acto del amor se consuma hasta el final, allí, en la iglesia en penumbra. Al lado de su icono, la Virgen tiene una planta de albahaca en un tiesto dorado. Un día, en el clímax del amor, la volqué con la mano y, al caer, fue como si toda la iglesia temblara, como si cerraran los ojos todos los santos que recubrían las paredes. Esa albahaca siempre hace que el momento tenga algo de interminable, infinito, un aroma celestial. Nunca he amado así a ninguna mujer.

—Entonces la quieres más que a mí.

El cuarto se había vaciado de pronto de todo amor, la magia se había disipado. Volvía a ser un cuarto quemado, abandonado, un sitio extraño, hostil.

—Tengo que irme. —Manolis se puso en pie.

—Ve a la iglesia a verla. Te está esperando.

Sin razón aparente, Luca rememoró de pronto los asesinatos. Kopesky, Alan, Mina, le volvieron a la cabeza las descripciones de Anesula durante los masajes: los cadáveres mutilados, las cuchilladas, el cuerpo desnudo de Mina, que de tanta sangre se había pegado al hule, las manos de Alan aferradas al brocal, que nadie pudo despegar. Anesula le había contado que solo Manolis consiguió abrirlas, ella lo tenía en alta estima, «Queda con él, Luca, es guapo, y además es policía», le decía. Manolis nunca le había hablado de los asesinatos, pero era normal, jamás hablaba de su trabajo. Lo miró. Estaba de pie ante la ventana, con la isla brotando por detrás. Tenía el rostro en penumbra, se le veía solo del cuello para abajo, justo como en el cuadro de Mark antes de que lo terminara: decapitado, un desconocido.

«¿Quién es este hombre? —pensó Luca, y por primera vez sintió miedo—. ¿Quién es este que sueña con maremotos, que le hace el amor a la Virgen y a mí ni me toca, que me es más desconocido que cualquiera que pasa por la

calle y más familiar que yo misma?»

Manolis se fue sin volver la mirada, sin darle las buenas noches.

—Me castiga porque no soy un icono inaccesible y sonriente tras un cristal. Me quiere incorpórea, divina.

Pero intuyó otra cosa: había otra razón oculta tras esa negación de la carne. Una prohibición. Como si la carne estuviera asociada para Manolis con algún acto violento, con algo letal. Su mente, como un insecto ciego, buscó a tientas algo increíble, se asustó y se alejó. Aquel momento de iluminación la dejó sin fuerza, como si hubiera mirado desde una gran altura. Sintió un vértigo, una angustia tremenda. «¿Quién es?» Estaba sola dentro de la casa quemada en ruinas, más abajo veía la casa de Mina, las ventanas tapiadas, el burro, el letrero PROPIEDAD MUNICIPAL, las adelfas. Luca apoyó la cabeza sobre el poyete quemado de la ventana y se durmió. Volvió a tener su sueño. Corría por la arena seca y se empeñaba, en vano, en llegar al mar.

19.

Luca se levantó, se hizo un café, se sentó a la mesa, tiró los montones de folios, dejó solo uno en blanco, desenroscó la pluma. Era la primera vez en años que no pensaba en que debía escribir. Ni siquiera pensó que escribía. No sintió emoción alguna, ninguna inspiración, miedo. Y, sin embargo, el texto en sí rebosaba de emoción, inspiración, miedo. Después de la décima página se detuvo, lo leyó. Tenía ante ella el primer capítulo. Esa tarde fue a dar un largo paseo. En el bolsillo, su mano seguía escribiendo. Pensó en Manolis. Ahora que la tinta volvía a correrle por las venas, con un impulso incontrolable, ahora que ya no necesitaba amor, ahora podría amarlo. También lo sentía a él corriéndole por las venas, temible y familiar, como el libro. Pero igual que el libro que se le había negado tanto tiempo, se le resistía él ahora, como los mares de sus sueños. «También él tiene algo que terminar.» Luca paseaba junto al mar, se inclinó sobre el precipicio, las rocas estaban negras, afiladas. «No me queda mucho tiempo. Tengo que darme prisa», pensó sin saber si se refería al libro, o si estaba anocheciendo y tenía que volver porque se le había olvidado la linterna.

—¿Entiendes, Manolis? —le dijo el comandante del puesto—. Yo soy homosexual, no lo oculto, pero me ando con cuidado. También soy aficionado al arte. Cordial por naturaleza, no me aprovecho de mi posición, solo lo dejo caer. ¿Comprendes?

—Comprendo, mi comandante.

—Estaba seguro de que lo comprenderías. Tú eres una persona moderna, veo que te juntas con los extranjeros, casi te has convertido en parte de su comunidad, y yo sé lo difícil que es eso, no es fácil entrar en su círculo. —Se quedó un momento pensativo—. Puede que sea porque eres rubio. Te das un aire extranjero. La primera vez que te vi me pareciste noruego.

—¡Hombre, noruego no! —Manolis rio.

—Entonces sueco. Nórdico seguro. —Al comandante se le ablandó la boca con la palabra «nórdico», se relamió los labios como si estuviera comiéndose un lukumi—. Ay, esos nórdicos con esos cuerpazos y esos ojos azules. Son unos inocentones, siempre hablando del tiempo… Están obsesionados. «En Oslo puede llegar a menos treinta grados», me dicen. Y yo les respondo: «¡Vaya, vaya!» y me derrito. «¿Y en Copenhague? ¿Llega alguna vez a menos cuarenta?», les pregunto. A mí la temperatura ni me va ni me viene, pero me vuelve loco oírlos hablar en sueco o en noruego, cuando dicen una «ü» es pura poesía, les sale de la garganta un sonido aterciopelado, cantarín, se les humedecen los labios, se les redondean, se les ponen como capullitos, me da algo, Manolis. Y, por otro lado, mientras te están hablando como bebés gigantes, como angelitos colosales, se beben las botellas de vodka como si fuera agua, se les enturbian los ojos azules y se les recrudecen. ¡Qué pueblos extraños! Aunque con ellos lo malo no es el alcohol. Lo malo, me cago en todo, es que son straight.

—¿Cómo dice, mi comandante?

—Straight, Manolis, hijo. No les va, digamos. No le dan al tema. Solo les van las mujeres. A mí solo me gustan esos, los straight. Me vuelven loco. Los mariquitas nada, a mí me gustan los hombres de verdad.

—¿Y yo qué soy? —le preguntó sonriendo Manolis.

—¡Más straight que el copón!

—¿De dónde ha sacado esa palabra?

—Vino un día al cuartelillo un amigo de Plácido. Para un permiso de residencia. Se lo dejé caer discretamente, le hablé de mi pueblo, de la

Acrópolis, de los antiguos griegos, que si destacaban tanto en filosofía como en homosexualidad, era amigo de Plácido, cómo iba yo a saber… Y el tipo se rio, me acuerdo, y me dijo que él estudiaba Filosofía en Copenhague, pero que era straight. Ay, Manolis, esta isla es un sindiós, por eso me gusta. Aunque eso sí, de alto copete. ¡Imagínate que me hubieran mandado a Trípoli! Cuando me trasladaron aquí para mí fue como si me mandaran a Europa. A Venecia. ¿No crees que la isla se parece un poco a Venecia? Las callejuelas, los caserones italianos…, por algo la mitad de la isla la construyeron los venecianos. Y con tanto extranjero viviendo aquí tiene un aire internacional, ¿no te parece? Un sitio curioso este… Hasta tú eres distinto. En general yo hago bien mi trabajo. Hay que saber distinguir las cosas. Pero, de verdad te lo digo, yo desde pequeño estaba obsesionado con los extranjeros y mírame ahora, aquí de comandante de la Torre de Babel. ¡Hasta fumo Dunhill! Que para mí es el tabaco más extranjero de todos, no sé por qué, será por la cajetilla cuadrada. Incluso me he comprado un mechero burdeos para que combine con el paquete rojo. ¿Tú qué fumas?

—Camel.

—O sea, tú también marca extranjera. Solo que el tuyo es tabaco hard, para los cowboys de Arizona. Dunhill es aristocrático.

—Mi comandante, hace tiempo que quería decirle algo: estoy muy contento de trabajar con usted. A los dos nos gustan los extranjeros, tenemos los mismos gustos…

—Salvo por uno… ¿no? —Ambos estallaron en risas—. Pero cuéntame, Manolis, ¿tú nunca…? ¿No has tenido nunca la curiosidad, digamos, de ver cómo es? ¿No te ha atraído nunca alguien? Se te habrán insinuado muchísimos, con lo mono que eres. Pareces nórdico y eres griego, no hay un cóctel más excitante… Tú eres, déjame que te lo diga, no te lo tomes a mal, el sueño de todo homosexual.

—Pero, mi comandante, ¡que soy straight!

Rieron, fumaron, tomaron café, la campana del puerto dio las diez, el sol bañaba el despacho, el perro lobo que había atado en la puerta ladraba, el caique *Ayía Eleni* descargó los muebles de la casa del jeque y eran todos de oro: camas, cómodas, estatuas, relieves, cúpulas con ángeles dorados, fuentes, losas de piedras preciosas y una bañera, también dorada entera, así como plantas insólitas de África, y todo eso estaba tirado en medio del puerto, al lado de los suministros para el supermercado, llenos de papel higiénico, lejía, Ajax para los cristales, Baygon para las cucarachas, mantequillas y quesos. Los gritos llegaban hasta el cuartelillo.

—¡Vasilis, hombre! ¡Ten cuidado con la bañera! Átala al costado de la mula, no vaya a ser que se nos caiga por las escaleras. Imagínate que te estás lavando el pelo entre dos tonos de oro. Yo me estaría más quieto que una momia, no fuera a hacerle algún rasguño.

—Pero ¿qué más te da? Nos sacamos veinte mil por cada paseo. Con que lleve otras dos palmeras y el pajarito dorado del angelote, que se le partió con la tempestad, esta noche tengo para irme corriendo a lo de Yorgos y comprarme un televisor en color. Ay, si yo tuviera el pajarito de oro… Me bajaría los pantalones y las tendría haciendo cola. Seguro que el jeque lo tiene así, por eso va que parece cagado, del peso que lleva.

Todos reían en el puerto, Manolis y el comandante se habían apostado en la ventana, reían también, fumaban, contemplaban su isla.

—¿En qué otro sitio del mundo, Manolis, hay un cuartelillo como este, en el que un comandante puede hablar como hablo yo contigo? Los viernes veo una serie en la tele: *Canción triste de Hill Street*. Tienes que verla. Es la comisaría ideal, desde la decoración hasta el comportamiento de los policías. Tienen un comisario chino, un poco invertido, que no para de beber café y no habla ni una palabra de inglés, pero a nadie le importa. ¡Eso es la libertad! Es lo que tiene Nueva York. Entran y salen de la comisaría, todos fumando y bebiendo café, los sospechosos, los criminales, los yonkis, todos supermaqueados, falta que les pidan perdón los policías por haberlos pillado con dos kilos de heroína. ¡Gente civilizada! A nosotros aquí nos falta poco para pegarle una paliza a alguien que nos viene con una cartera que se ha encontrado por la calle. ¡Y qué decoración! Todo lleno de plantas y de cuadros. Yo me lo he puesto de objetivo: quiero poner más mona la comisaría, como la de Hill Street. Aquí solo tenemos calendarios del golfo Argosarónico, cuando miro las paredes, se me corta el cuerpo. Yo soy aficionado al arte, ya lo sabes. Llevo mucho tiempo juntando cuadros, soy coleccionista. Normal, con esta isla llena de pintores. Tengo un truco, no solo para que me den sus cuadros, sino para que también me pinten lo que a mí me apetezca.

—¿Y eso, mi comandante? ¡Qué estupendo! —Manolis se divertía mucho, le caía bien el comandante y a la vez lo compadecía: se hacía el pícaro, pero era de lo más inocente.

—A ver, la idea es muy ingeniosa: cuando vienen porque quieren alargar el permiso de residencia, pero por alguna razón no se les puede conceder, yo les digo: «Look, si me hace un cuadro, yo le concedo la ampliación, y no solo por tres meses, sino por un año, ¿okey?». Se ponen como locos de contento. «Pero quiero un cuadro especial, les digo, yo decido el tema.» Voilà, así es como

todos los pintores de la isla trabajan para mí, como si fuera yo una especie de mecenas. Ni por un encargo del jeque se esforzarían tanto. Jane está haciéndome uno abstracto que quiero poner en el vestíbulo. «A lo Pollock», me ha dicho, no conozco a ese señor, pero como es extranjero seguro que está bien. Duane está haciéndome el despacho, Plácido la fachada del cuartelillo, y a Mark, claro está, le he pedido que me hiciera un retrato. Lo quiero colgar ahí encima de la mesa. Saldré fumando Dunhill y leyendo el *Newsweek*. Una pena que no viva ya Mina. Le habría pedido que me hiciera una puesta de sol, eran su especialidad. O me habría podido pintar a Tony, de pie al lado de su cama. Ahora que digo Mina, me viene a la cabeza el tema de los asesinatos, ya hablaremos de eso luego, esto que estamos hablando es más importante. Por supuesto, no es muy legal que digamos, pero no te preocupes, ¿quién se va a enterar? ¡Seremos los únicos de la isla que tengamos una colección así! —El comandante suspiró—. ¡Ay, Manolis! ¡Esto no es un cuartelillo! ¡Es un vergel! —Se encendió un Dunhill—. ¿Tú juegas al póker?

—No.

—Mal hecho. Yo te enseñaré. Yo juego, pero ¿sabes qué hago? Como el juego está prohibido en la isla, no me exigen el dinero. Saben que los puedo denunciar si me lo piden. ¿Entiendes? Así yo juego y, cuando gano, me lo guardo para la saca. Cuando pierdo, no doy nada. Y eso también es un poco ilegal, pero ¿quién se va a enterar?

—Mi comandante, ¿quién es Tony?

—Ay, Manolis, Tony fue mi gran, mi único amor. Un peluquero de Nueva York, un bombón. También me cortaba el pelo. Yo lo adoraba. Nos fuimos a vivir juntos, en secreto, claro. ¿Qué quieres que te diga? Aquello no fue una simple historia, fue el *Arlequín* homosexual, Zorba el Gay, un amor loco. Pero a mi Tony lo perdí. Me lo quitó uno de aquí, el muchacho ese del caique amarillo. Y una noche que vino a mi casa, estábamos ya separados y yo había querido que me diera explicaciones, pero resulta que interviene también Ómiros (el del caique, imagínate, ¡Homero!) y me da una paliza, me dejó la cara amoratada, cogió a Tony y se fue. Ómiros solo lo quería por el dinero. ¿Qué te crees, que los isleños son unos santos y solo los extranjeros montan orgías? Los lugareños son los peores. Van a por el dinero. Piden joyas, relojes de oro, cadenas. Aquí todas las casas se han hecho gracias a los maricas de fuera. Te lo digo, que lo hacen todo por el dinero. Los que tienen la mente corrompida son los isleños porque hacen las cosas por el interés, mientras que los extranjeros las hacen por placer. Los isleños no los tragan, son straight, solo se los tiran y se embolsan el dinero, y luego la casa, la mujer y el televisor. Todos esos que ves (yo los conozco bien), los casados, los solteros, los de las mulas, los de los caiques, todos hacen lo mismo y nos quitan el

ganado. Pero, bueno, el caso es que con todo esto yo perdí a mi Tony, ¿no has visto lo largo que tengo el pelo? No tengo valor para que me lo corte otro.

Al comisario se le saltaron las lágrimas. Se sacó un pañuelito rosa del bolsillo, se enjugó los ojos y se comió un caramelo de menta.

—¿Cambiamos de tema? Anda, Manolis, ya que estamos, por hablar algo de trabajo: ¿tú cómo ves el tema este de los asesinatos? Yo con todos estos dramas personales no he conseguido tener tiempo. ¿Has pensado algo? ¿Tienes a alguien en mente?

—Todavía no, mi comandante.

—Un tema espantoso. Si hubiera pasado en Nueva York habría sido imposible resolverlo, pero aquí, en un sitio tan pequeño… ¡Qué salvajismo! ¿Viste los cadáveres? Yo poco más y me desmayo. ¿Quién podría masacrar así un cuerpo humano, asestarle tantas puñaladas, con esa saña, esa ira? ¿Viste la espalda de Alan, el pecho de Mina? Mira, yo conozco tanto a los extranjeros como a los isleños. ¿Quién podría cometer unos crímenes tan abominables? Aunque alguien ha tenido que hacerlo… Pero ¿quién?

—Tuvo que ser alguien que estaba de paso.

—Ocúpate tú, Manolis, por favor. Ayúdame. Como no resuelva estos crímenes, cogen y me trasladan. Y yo me muero como me tenga que ir de esta isla.

Un tiempo después, trasladaron al comandante. Lo mandaron a Trípoli. Los extranjeros le hicieron una fiesta de despedida en el Bill's, el comandante se emborrachó y se pasó la noche llorando y soltando discursos. Hacia el final de la fiesta, Bill abrió una botella de champán, se subió a una mesa y dio él también un discurso larguísimo en todos los idiomas, incluso en griego. El comandante dijo «I love you» y lloró desconsoladamente.

Esa misma semana llegaría un nuevo comandante. Tenía fama de ser «de los duros» y juró que cogería al asesino en cuestión de días.

21.

En el cuartelillo, el nuevo comandante bebía leche y ordenaba sus papeles.

—La de tetrabrik está más rica que la fresca —decía mientras, frente a él, Manolis fumaba—. ¿No lo has dejado? Yo lo dejé para dar ejemplo. ¿Qué sentido tiene? No es más que otra debilidad. Cuando estoy en el despacho, no quiero que el que esté enfrente de mí, de pie, piense: «Ah, míralo, también fuma, a este se la pego». Quiero ser perfecto, ¿comprendes? Sin neurosis. Yo lo dejé todo. Por eso he llegado a comandante. Solo pienso en mi trabajo. Un cafecito por la mañana y punto. Y aquí hay trabajo, esto no es ninguna broma. ¿Qué opinas de lo de los asesinatos?

—Que son muchos.

—¿Eso es lo único que tienes que decir? Es increíble. Con la cantidad de asesinatos que ha habido y aquí a nadie le importa. Como si fuera algo normal… Yo no he visto una cosa igual. Nadie busca indicios, nadie se preocupa. Pero es nuestro deber para con las víctimas. Ese la lleva clara conmigo. Lo encontraré. Lo huelo, sigue en la isla, delante de nuestras narices. Está preparándose para dar nuevos golpes, volverá a la carga dentro de poco. Como si lo viera. Aunque por primera vez en mi carrera no consigo hacerme una idea de qué clase de persona es. Es claramente una mente perturbada. Pero si es así, ¿cómo circula entre nosotros tan tranquilamente? ¿Y cómo es posible que los asesinatos se hicieran con tanta maestría? ¿Es marica? La violación de Alan nos llevaría a pensarlo. Pero también violó a Mina. Yo esas cosas no las entiendo. Marica, bujarrón, pichabrava y asesino… ¿Qué quieres que te diga? Yo eso no me lo he encontrado antes. No he leído nada parecido en mis libros de criminología. O es una cosa o es la otra, o lo de más allá. Un asunto nada claro, Manolis. Esta isla es pura perversión. ¿Cómo no iba a tener un asesino así? Una chiquilla en el puerto, le dices «¿Qué pasa, guapa?» y resulta que es un chico. Ves las espaldas anchas de un muchacho, se vuelve y toma tetas. ¿Cómo va uno a entender nada? Yo me he criado con principios. En fin… A una conclusión he llegado. El asesino es extranjero. Ningún griego puede ser tan retorcido. A ver, tenemos nuestras cosas. Si fuera solo marica, examinaría el tema desde la perspectiva griega. Pero que juegue en ambos bandos, sexualmente hablando, no, no. Los griegos, aunque sean maricas, tienen principios. Enfermos, sí, pero también ellos a su manera son cabezas de familia. Solo puede ser extranjero, un popurrí de cosas. Porque eso es lo que les han enseñado, sabes. Me han contado que en

Suecia se bañan, y otras cosas, todos juntos desnudos, los padres con sus hijos. ¿Así cómo no van luego a confundir las cosas, los pobres?

A Manolis la voz del comandante se le hacía lejana, casi melódica. Miró por la ventana. La isla se le antojaba desconocida. Llevaba un tiempo con una sensación extraña. Tenía mucho calor, el cuerpo le ardía, en la cabeza las arterias le palpitaban con fuerza, una presión horrible le comprimía el corazón y le cortaba el aliento. Se avecinaba algo horrible, algo incontrolable. Desconocido, inefable. Debía esconderse. Se levantó, escuchó el ruido de su silla al caer, el comandante le gritó algo, bajó corriendo las escaleras, atravesó el puerto doblado en dos, cogiéndose la barriga con las manos como si tuviera un dolor insoportable, se le estaba hinchando el cuerpo y acabaría estallando en el aire como el monigote de Judas que llenaron de dinamita aquel lunes de Pascua en el campo de fútbol y le dispararon una y otra vez hasta que explotó.

—Esconderse, me tengo que esconder —decía.

Empezó a correr a ciegas hacia la montaña, por los callejones el cuerpo golpeaba con violencia las puertas, pero no levantó la mirada, corría llorando hacia su escondite. Y cuando llegó al claro, se cayó de bruces al suelo y vomitó. La tierra se bebió el vómito al momento. Vomitó una y otra vez. La tierra echaba vaho. Ya había visto todo eso, ya lo había vivido. Ese fue su último pensamiento, luego se serenó. Se sentía vacío de todo sentimiento, bueno o malo, y la calma que lo llenó era fría. Se puso a llover. Vio los montes, el puerto, cada hoja de los árboles. Las gotas le golpeaban de una forma distinta, mecánica, antinatural. No era una expresión de la naturaleza, era más bien algo forzado, como una decisión.

—Llueve para mí.

La isla entera se escondió tras una bruma, echaba vaho como si la hubieran sumergido en ácido.

Se tumbó bocarriba. Las gotas le caían en los ojos abiertos, en los globos oculares, el dolor y la precisión del ritmo lo hipnotizaban. Entró en un espacio sin tiempo y todo a su alrededor adquirió una claridad insoportable. La tierra cogió aire, el verde de las hojas lo habría cegado de haberlo mirado, las casas en el puerto eran tan blancas que los ojos le habrían ardido al instante. Y esa claridad, que lo amenazaba por doquier, se volvía más temible aún porque no la percibía con los sentidos. Tampoco con la mente. Un nuevo hilo lo unía a la naturaleza. Pero sin amor, sin éxtasis. Ya no era capaz de comprender nada, puesto que él mismo ya se había vuelto gota, árbol, tierra, hoja, se había vuelto uno con todo eso que normalmente le era ajeno. Pero sin amor. Se sintió decepcionado. Por un momento había creído que vería visiones, que escucharía alguna voz. No sentía ni alegría ni pena. No tenía pensamiento alguno. Ninguna imagen, ninguna sensación lo ayudaba a comprender, a

degustar, a temer. No ocurría nada. Y mientras lo vivía, ya lo había olvidado porque le había abandonado la memoria. Sabía, sin embargo, en algún punto en su interior al que no había alcanzado esa muerte, que aquella era la primera vez, pero habría más, más violentas, más completas. «Soy un instrumento.» Se quedó dormido.

Cuando se despertó, la lluvia había parado.

«El comandante debe de estar buscándome.», se dijo y bajó corriendo la ladera.

En el cuartelillo, su superior estaba distraído, tenía trabajo.

—Tienes que dejar los souvlakis, Manolis, de verdad, ¿no lo ves, que todos los días presentan alguna denuncia contra ese bar? ¿Se te ha pasado lo de la barriga?

—He vomitado.

Aunque todos lo vieron, no comprendieron al instante de qué se trataba. Golpeó la pared con tanto ímpetu que todos hicieron por protegerse a pesar de lo pequeño que era. Cayó bocarriba en el suelo.

—No ha aguantado tanto calor —dijo alguien.

Mark lo cogió y, con cuidado, le hizo sostenerse sobre sus patas en medio del patio.

El pájaro se mantuvo en pie. Tenía los ojos abiertos y tan inmóviles que parecía sonámbulo. Mark dijo que odiaba a los pájaros, sobre todo esos ojos que tenían. Cuando volvían la mirada hacia los lados con esa velocidad, con ese nervio, le parecía siempre que no era para ver, sino para controlar.

—Los odio —dijo—. Los odio.

A mediodía se sentaban fuera, en el patio. Dentro estaba oscuro, solo se veía a Stéfanos tras la barra. Jugaba él solo al ajedrez con una vela encendida en la mano. A mediodía siempre bebían mucho, pero se emborrachaban poco. Quizá porque era de día y tenían el bar para ellos y estaban como en familia. Por las noches, en cambio, con la luz escasa, las caras desconocidas, bastaba una copa para que se emborracharan al momento. Estaban también los muchachos: encaramados a sus taburetes altos, rapados, la nuca quemada por el sol, el pendiente en la oreja, y esos cuerpos, altísimos, delgados, casi raquíticos, tan bronceados, tan cuidados con cremas y aceites, ¡tan apetecibles! Mark pensó de pronto que los ojos de los chicos, y la forma que tenían de volverse de derecha a izquierda, no para ver sino para elegir, eran idénticos a los de los pájaros.

Pero ahora eran las tres del mediodía y no había chicos por ninguna parte. Solo estaba el pájaro petrificado en medio del patio mientras el grupito bebía sin parar y no había manera de que se emborrachase. Sue propuso que alguien trajera agua.

—No. Pan —dijo Günther.

Plácido pidió que lo dejaran en paz. Pero ninguno apartaba los ojos del pájaro. Este, inmóvil, como petrificado, miraba el monte. Mark le puso agua delante del pico, en un platito.

—Una vez me dejó un amante —contó Plácido—. Me tiré la noche entera cogiendo carrerilla y pegándome cabezazos contra la pared. Se iba, me dijo, porque tenía fobia a las arañas y se había enterado de que era la época. «Yo te compro una mosquitera», le dije llorando, «yo te compro una mosquitera para

cada habitación de la casa, cubro todo el jardín si hace falta, la isla entera te la tapo yo». ¿Y sabéis qué me respondió? Que las mosquiteras también le daban miedo porque tenía claustrofobia, que eran muy caras y que, para cuando las comprara, ya habría pasado la época de las arañas. Yo no lo quería, por eso me daba más angustia que se fuera. Toda la noche venga a coger carrerilla y darme cabezazos contra la pared una y otra vez. Cuando estaba ya casi amaneciendo, me puse delante del espejo, mareado, inmóvil, y pensé que era un pájaro. «¿Y ahora cómo voy a irme volando si ya no tengo alas?», me decía yo. «¿Cómo voy a volar? ¿Cómo?»

Mark se arrodilló y le humedeció el pico con el dedo. El pájaro miró al frente con una insistencia indiferente. Lo acarició con suavidad, desde la cabeza hasta la punta de la cola. El pájaro tembló, pero no por fuera, sino más bien como si le tocaran las entrañas. Le echó agua por la cabeza y se le metió en los ojos, se le deslizó por los globos oculares. Todos se agacharon, a la espera de alguna señal de vida.

—Fucking bird —murmuró Sue.

—Hey, you guys! —La voz de Stéfanos sonó como si saliera de una cueva—. It's gin! Lo que necesita el pájaro para volar es ginebra.

—Don't we all? —dijo Günther.

Stéfanos salió del bar tambaleándose y dando besos a la botella de Gordon's.

—Ya veréis, ya veréis.

—No —dijo Mark, que se agachó y tapó al pájaro con las dos manos—. Esto es ya una cuestión personal —añadió.

—¡Me vas a venir tú con cuestiones personales…! ¡Lo que faltaba por oír! —Stéfanos se enfadaba cuando se emborrachaba y solo se emborrachaba a mediodía; por las noches tenía que estar sobrio para los clientes. El pintor era el que más a menudo lo sacaba de sus casillas—. Ya verás —dijo mirándolo con cara de pocos amigos—, ya verás, ya verás.

Le abrió el pico a la fuerza y le hundió el dedo lleno de ginebra hasta la garganta. El pájaro dio un salto hacia atrás, un salto hacia delante. Los ojos le daban vueltas, se le ensancharon. Empezó a mirar a derecha e izquierda, le brillaba la mirada, medía, calculaba a una velocidad alucinante, evaluaba con una concreción y a la vez una indefinición insoportables.

Mark le acercó la mano. El pájaro, con un movimiento más rápido incluso que el de ojos, se dio la vuelta, le picó, abrió las alas y se fue volando.

Esa noche en el bar Mark se sentó al lado de un chico con el pelo corto, ojos enormes y orejitas infantiles. El chico estaba algo borracho, sonreía, pero su mirada, cuando oteaba alrededor, era fría. Mark le propuso ir a su casa a tomar una copa, y este, después de echar una última mirada a todos los presentes, de inspeccionar el lugar, se encogió de hombros y dijo: «¿Por qué

no?». A primera hora de la mañana el muchacho pidió café brasileño con azúcar moreno, estaba desnudo ante la ventana, fumando y mirando el cielo.

—No te lo vas a creer —le dijo Mark mirando la espalda perfecta y los hoyuelos que tenía por encima de las caderas—, no te lo vas a creer, pero hoy a mediodía me ha dado un picotazo un pájaro.

23.

Eran casi las doce del mediodía. El puerto estaba lleno. El *Ayía Eleni* descargaba armarios y bañeras, el barco de los turistas acababa de amarrar, descargó a los japoneses, los bares se llenaron.

—Ice cream! —gritaba Antonio.

Luca vio a Manolis. Él estaba a punto de llegar a su altura. Ella a punto de cruzarse con él. Luca se escondió en un callejón. El guardia pasó a su lado, casi le rozó el brazo con el uniforme. No la vio. Parecía cansado, pensativo. La campana de la metrópolis dio las doce. Manolis se perdió entre el gentío.

Solo se bailaba tango. Era una fiesta que daba Luigi en honor a una compañía de danza que había venido desde Argentina. Sonaba *A fuego lento*. Luca miró a un bailarín. Le gustaban los párpados pesados que tenía: escondían una mirada concentrada, melancólica, arisca. El bailarín se encendió un cigarro y la miró a su vez.

Se imaginó a sí misma en una ciudad llena de luces, paseando por la noche con tacones negros, falda negra pegada a los muslos, camisa blanca y nada más. Esperando en un semáforo en rojo, con el frío acariciándole el cuerpo desnudo. El bailarín, sentado en un café de enfrente, mirándola con esa mirada concentrada suya. Ella contoneando lentamente las caderas solo para él al atravesar la calle y los tacones resonando en la acera, la cara del bailarín acercándose al cristal del bar, fría, deseable, ella pasando justo por delante de él, sacando el pecho, al aire y enrojecido por del frío, él se enciende un cigarro y en el momento en que baja los ojos hacia la llama, ella dobla la esquina y desaparece.

Una bailarina de la compañía se le acercó y le pidió un baile.

—Pero es que no sé, no tengo ni idea de bailar —dijo Luca.

Dio un repaso a la terraza: había muchas parejas de mujeres bailando. El mar se veía de fondo a lo lejos. Pasó un barco. La luna estaba llena. Llevaban faldas largas y anchas, iban descalzas y casi desnudas de cintura para arriba.

La mujer la abrazó y empezaron a deslizarse sigilosamente por las losas blancas. Se pasaron la noche bailando sin decirse nada: *Divina, Amorfo tango, Nostalgias, Canción desesperada*. Con las primeras luces todos los invitados se habían ido, Luigi dormitaba bajo la pérgola de la terraza. La bailarina la dejó plantada en medio de un tango, se fue sin decirle adiós. Cuando llegó a su casa y se quitó la falda, Luca vio que la mano de la bailarina le había dejado una gran marca roja en la espalda.

25.

El puerto estaba desierto. Luca lo vio acercarse desde lejos. Cuando llegó a su altura, Manolis se detuvo. Se miraron distraídos, como si no se conocieran. Luego, cada uno siguió su camino.

26.

Manolis se tendió en la cama. Era por la tarde, tenía sueño, le faltaba poco para tener que irse al cuartelillo. Era una hora que normalmente le gustaba: comía de pie en la cocina, se echaba luego en la cama con un cigarro en la boca y las manos detrás de la cabeza. Pensaba. Nunca se abandonaba a ensoñaciones. Cogía una idea, la tanteaba durante horas con la mente, la dirigía sin controlarla y la seguía hasta encontrar la solución. A veces lo vencía el sueño unos minutos, un sueño dulce que era más reparador que el sueño pesado de la noche. No pensaba nunca en los asesinatos. Pelaba la fruta con el cuchillo, cortaba queso, lo lavaba y lo enjuagaba con el mismo esmero que si lo limpiara de sangre. Los asesinatos no eran pensamientos: eran actos que pertenecían ya al mundo de la ensoñación. Le parecían hechos tan insignificantes que, en muchas ocasiones, cuando veía al comandante atormentado por dar con el culpable, había estado a punto de decirle: «El asesino soy yo».

Se tendió en la cama. Intentó encontrar un pensamiento para trabajarlo en la cabeza. No le venía nada. Decidió pensar en esa ausencia de pensamiento. Ese día estaba aburrido. El tedio se intensificó, se extendió por el cuarto. Exudaba también ahora una monotonía, una fealdad. Las paredes, la silla, la mesa se volvieron simplemente formas en el espacio, sin importancia, sin funcionamiento. Frente a su cabeza una línea negra de hormigas subía hacia el techo. Apoyó el dedo en la pared. Trazó un círculo invisible, encerrando a las hormigas. Estas se detuvieron de golpe. Se fueron despegando de la pared y cayendo inertes al suelo. Fue a la cocina, cogió la escoba y el recogedor, barrió las hormigas. Se peinó y se fue al cuartelillo.

27.

Había más basura que de costumbre por las calles. Algunos se dieron cuenta, se quejaron al Ayuntamiento. Les dijeron que el barrendero le daba a la bebida y entonces a veces o se le olvidaba pasar o se confundía de días. Siempre habían dejado las bolsas en las esquinas de las calles antes de las siete. Poco a poco empezaron a bajarlas más tarde. Ahora ya las llevaban a las horas que mejor les parecía. Las dejaban en medio de la calle, las lanzaban desde los balcones, las terrazas. Los niños habían encontrado su nuevo juego. Rebuscaban entre las bolsas, las niñas hacían muñecas con huesos de pollo, los niños hacían guerras de latas. Una niña construyó un hospital con cáscaras de huevo, se ganó una azotaina. Las bolsas empezaron a acumularse en pequeños montones por toda la ciudad. Había callejas por las que no se podía pasar. La ciudad se llenó de inmundicia. Una mañana se despertaron y la basura los había rodeado.

Ya nadie la recogía. Las bolsas negras obstaculizaban las calles, llegaban hasta los balcones. El sol les pegaba de día, por la noche la piedra caliente seguía cociéndolas. A nadie le importaba. El único momento en que los habitantes salían de sus casas era para tirar sus bolsas. Como si se pasaran el día intentando llenar más, asfixiar la isla a base de inmundicia. Como si comieran diez veces al día para tener más desperdicios. Ensuciaban la isla con saña, con la misma pasión con la que en otros tiempos la mantenían limpia. Rendían culto a la pestilencia, a la contaminación. El mismo culto que antes tenían por pintar las puertas, por encalar las escaleras. Salían con la bolsa y la tiraban donde pillaban. La bolsa estallaba. Las hormigas arrastraban la basura con ellas. El callejón rebosaba de leche cortada, melones podridos, latas de conserva. A pesar del calor, la basura se mantenía húmeda, unida entre sí por una baba viscosa e invisible. Parecía viva. Como si hubiera estallado de tanto comer e hiciera la digestión al sol.

Una noche Manolis se despertó de golpe. No faltaba mucho para que amaneciera. Se asomó a la ventana. El olor lo golpeó, como si se hubiera topado con alguien cuerpo a cuerpo. Podía tocar la última bolsa con la mano, hundir en ella los dedos. Se puso el uniforme a toda prisa, salió corriendo a la calle mientras se peinaba esmeradamente con las manos. «Tengo que estar impecable.» Desde lo alto caían aguas fecales que le manchaban el uniforme, le calaban los zapatos. Escuchó un roce por detrás, vio que algo salía corriendo y se escondía en una bolsa. La bolsa empezó a temblar, como si

estuviera produciéndose dentro una pelea, una paliza. Intentó llegar al puerto por el último callejón. Allí se encontró con una montaña de bolsas, como una barricada, la cumbre se perdía en la noche. Empezó a escalarla. Se cayó varias veces, hundiéndose entre desconocidas materias en descomposición. De vez en cuando agarraba algo peludo que se revolvía. El pánico entonces se volvió enfado. Desapareció el miedo. Le invadió una impaciencia, una fiebre. «Yo las recogeré. Yo limpiaré la isla, el mundo. Si no lo limpio yo, ¿quién lo va a limpiar?». Se quedó un momento en la cima. Luego rodó por el otro lado y apareció en el puerto. Al principio sintió un mareo. No reconocía nada. Todo había cambiado de forma con la basura que cubría el muelle. Se elevaba y formaba cráteres, transformando el puerto en un paisaje lunar. Las bolsas negras tapaban las casas hasta los tejados. Toda la primera línea del puerto parecía oculta tras una máscara negra. Manolis se arrodilló entre la carne podrida, la fruta pocha, los libros rajados. Cogía brazadas, corría y las tiraba al mar. «Yo —decía—. Yo, yo, yo.» A más velocidad, con más violencia, se hundía entero en la basura. La tiraba al mar. El agua empezó a enturbiarse. Una muñeca con el pelo amarillo y una mano rota nadaba desnuda entre papeles sucios. Las latas de conserva golpeaban el espigón. Un extremo del muelle empezó a aclararse. A sus pies el mar empezó a enturbiarse, a espesarse. Manolis se abría camino hacia el centro, metódicamente.

Amaneció. La luz estaba también turbia, espesa. En medio del puerto, Manolis se quitó la chaqueta, la camisa, las lanzó al agua. Había llegado casi hasta el último bar, al punto donde el puerto describe una curva y va hacia los cañones. Había alguien sentado en una silla, la mesa que tenía al lado estaba llena de botes de pintura y pinceles. Era Mark. Tenía un caballete delante. Estaba de espaldas al mar y contemplaba una montaña de bolsas. Echó hacia atrás la cabeza para ver mejor, pintaba con trazos lentos. Manolis lo vio ponerse en pie, recoger un montón de basura y colocarla con sumo cuidado en el suelo, delante de las bolsas. «Así percibiré mejor la altura», lo oyó murmurar Manolis. El pintor estaba tan abstraído que no lo vio, ni siquiera cuando este se le acercó. El pecho desnudo de Manolis le rozó la camisa.

—¿Estás loco o qué te pasa? —lo increpó Manolis.

Mark lo miró sin sorpresa alguna.

—Estaba convencido de que tú también aparecerías en cualquier momento. Es normal. Esta visión solo nos puede interesar a ti y a mí. Tú pones orden. Yo dejo constancia. Por suerte he llegado antes que tú. Esa parte no la he tocado todavía. Es la más interesante. Ahí las bolsas tienen una manera especial de acumularse. Intactas, perfectamente encajadas, parecen una muralla romana. Abajo están las bolsas que se tiraron primero. Encima de ellas, las que fueron formando el muro. En lo alto del todo, las últimas, las

más recientes. ¿O puede que alguien las haya reordenado a escondidas y haya mezclado las capas? Las más antiguas serían entonces las últimas. Podríamos cerciorarnos estudiando el nivel de descomposición.

»Antes siempre soñaba con pintar una serie entera sobre el tema de la basura. Ha ejercido una gran atracción sobre mí desde que era pequeño. Me acuerdo de escaparme de mi casa para ir a verla, la estudiaba durante horas. Con siete años mis primeros bocetos tenían por tema la basura. Intentaba plasmar su textura sobre el papel, expresar el parentesco orgánico que adquirían entre sí sustancias y materiales tan heterogéneos. ¿Cómo una fruta así, que en la casa era tan distinta de la carne, en cuanto pasaba a llamarse basura adquiría otra dimensión, se volvía parte inseparable de una masa? Para mí era reencarnación. El deterioro se convertía en alquimia. Y ahora, aquí, ante este Apocalipsis, me arrodillo. Rindo culto. Si lograras ver la belleza de este decorado, dejarías de poner orden y tirarla al mar.

—Pero crece sola. Se ha desmadrado. Se reproduce como loca, como una enfermedad.

Mark cogió a Manolis de los hombros:

—Pero mira, ¡por favor! ¿Es que no lo comprendes? ¡Mira!

Manolis agachó la cabeza. Empezó otra vez a tirar basura al mar.

Ya se había hecho de día. El cielo estaba gris, plomizo. El calor era pegajoso porque no corría aire. La humedad calaba las losas del puerto, mantenía fresca la basura, viva. Florecía. Las bolsas, cubiertas de rocío, grises bajo aquella luz, con un resplandor metálico de mineral, habían devorado por completo la isla. Y todas hervían, húmedas, como si hicieran un destilado secreto.

Mark pintaba. Se enjugó el sudor con el mismo pañuelo con el que limpiaba los pinceles. Goteaba todo él. Se enjugaba continuamente el pecho, la garganta, el cigarro que le colgaba de la boca se le empapó y se apagó. Lo masticó, lo tragó. Detrás de él, Manolis jadeaba. Mark escuchaba el ruido del agua, mientras la basura caía cada vez más rápido en el mar. Manolis lloraba, deliraba. Decía frases inconexas, sin sentido: «Recojo lo que no recogen. ¿Será que soy el Elegido? Yo limpiaré el mundo. Si no lo limpio yo, ¿quién lo limpiará? Nunca entenderé tu perversión infinita. Primero los asesinatos y ahora esto. ¿Por qué me elegiste a mí y no a ese que pinta, que entiende tus designios, pérfidos y desviados, y que te canta himnos? Yo no entiendo nada, elegiste a alguien a quien siempre le superan tus objetivos, que los ejecuta ciegamente, en la ignorancia. Debe ser parte de tu ardid. Pero ¿por qué no él?».

Mark se levantó. Dejó lenta y estudiadamente el pincel.

—¿Qué acabas de decir? ¿Puedes repetirlo? ¿Con quién hablas, Manolis?

Este se sobresaltó.

—¿Yo? Yo no he hablado. Yo creía que estabas hablando tú. Dices cosas extrañas, inconexas.

Mark hincó las rodillas en el suelo y se abrazó a las piernas de Manolis.

—¿Qué te pasa? ¡Levántate ahora mismo! —le gritó y lo empujó—. ¡Levanta!

Mark se incorporó lentamente, se encendió un cigarro, miró las baldosas.

—Eso es lo correcto, que no lo sepas —murmuró—. Pero yo, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Las señales estaban ahí desde el principio. Las señales estaban sobre ti. Por eso terminé también tu retrato. Tenía que darle un rostro a aquel que no tiene nombre. —Miró a su alrededor; tenía la voz cansada—. Recoges lo que no recogen. Continúa, Manolis, sigue haciendo tu trabajo. Es ya tarde, pero tú sigue. —De la basura se elevó hasta su nariz el olor agrio del vómito.

Un gato salió disparado al puerto desde un callejón. Lo iba persiguiendo una bandada de ratas. Eran tantas que mientras corrían se mordían entre sí, peleándose a ver quién pasaba primera. En medio del puerto, el gato de pronto se detuvo. Inmóvil, con el vello erizado, estaba de puntillas como si llevara tacones. Miró hipnotizado al grupo que iba colocándose a su alrededor y que inundó el muelle, como si mirara unos faros encendidos. Las pupilas se le dilataron exageradamente. Esperó. Las ratas hicieron un gran círculo a su alrededor. Se levantaron sobre las patas traseras. Sus movimientos, lentos y ceremoniosos, daban cuenta de que no tenían prisa, demostraban que organizaban un ritual, que preparaban un sacrificio con leyes inflexibles. Se comunicaban entre sí con chillidos agudos, organizaban los detalles. Y esos gritos se parecían a los de los recién nacidos. Como si el puerto se hubiera llenado de pronto de bebés llorando, arrojados también entre las bolsas. El círculo empezó a estrecharse. Las ratas ensancharon los hocicos: olían la presa. Se acercaron un poco más. Caminaban sobre las patas traseras, les brillaba la barriga, lisa y gorda, como si las hubieran untado con alguna hierba extraña. Todas dieron un último paso adelante.

El gato atacó entonces a ciegas. Pero el ataque fue pura formalidad. No quería morir así, sin presentar batalla, a manos de esos seres a los que consideraba inferiores. Desapareció bajo la masa negra. La matanza se llevó a cabo en un silencio absoluto.

28.

Era el día de la Virgen, el oficio de vísperas. Los creyentes llegaban a la metrópoli desde toda la isla. Los tacones de las mujeres golpeaban a toda prisa las baldosas del puerto, el sudor hacía que se les corriera el maquillaje, iban tirando de los niños. El recinto de la iglesia se había llenado. Los que no cabían esperaban fuera la procesión del icono, formaban una muralla ante la puerta grande, escuchaban al metropolita por la megafonía. El icono aguardaba a la salida de la iglesia, adornado con florecillas blancas y gardenias. Los rayos de sol perpendiculares golpeaban los exvotos y los oros tras el cristal de la imagen. Pegaban con tanta fuerza que parecía que el oro fuese a derretirse. A la virgen apenas se le veía la cara. Los creyentes la miraban descreídos. Estaban acostumbrados a verla en la semipenumbra de la iglesia y ahora, bajo la luz del sol, el brillo les importunaba. Así jamás se atreverían a inclinarse para besarla. Así de expuesta, les resultaba indecorosa. El metropolita oficiaba la misa, enjugándose a cada tanto el sudor con un gran pañuelo de seda:

—«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo»…

Las vestiduras le dificultaban los movimientos, hasta el punto de que, cuando levantaba las manos en alto para enfatizar una frase, la frase había terminado. Se quedaba con las manos en el aire, mirando a los feligreses con ojos torvos, intentando darle al silencio algún sentido misterioso. Iba vestido con hábitos carmesí, amarillo y dorado. El carmesí era de seda, ligero. Destellaba, liso y ligeramente mate, ajado por el uso. El amarillo y el dorado, muy recamados, estaban unidos a la suave seda carmesí. Esa unión de distintas telas y colores le daba al metropolita un brillo imperial. El sol, rojo y fuerte, multiplicaba ese brillo y les daba a las texturas y a los colores matices más ricos, más profundos, que vestían y adornaban al metropolita mucho más que los propios hábitos. Las longitudes escalonadas que lo cubrían le daban un aire desordenado, descuidado, moderno.

●○

Con el calor, el metropolita despedía un olor propio: a algo herbal, como a pachuli, sumado a otro aroma, misterioso, que le exudaba de la ropa, como si estuviera empapada de todas las letanías, las misas, las procesiones desde los tiempos de Bizancio, y esos aromas, puros, inundaron ahora de nuevo el recinto de la iglesia.

Los más pequeños se escapaban, corrían a las pilas bautismales. Los niños se llenaban la boca de agua y escupían a las niñas. Estas se echaban a llorar: el agua les estropeaba los enormes lazos de terciopelo que les adornaban el pelo y, mojados, se les amustiaban y les tapaban la cara. Las señoras se habían echado laca y con el calor despendían un fuerte olor que hacía que la gente no parara de estornudar. Algunos se quejaban, se sugerían normas: que se prohíba la laca en el interior de la iglesia, al menos en verano. Las chicas jóvenes se escabullían por la puerta trasera para fumar: el metropolita volvía la cabeza, las barbas se le enganchaban a los pesados brocados del pecho, las fulminaba con la mirada. Tampoco les quitaba ojo a los monaguillos, para que no se pusieran a hablar. Llevaban las custodias, con los iconos de los santos en la punta, dentro de soles dorados. Intercambiaban miradas pícaras, con la risa al borde de los labios. Bajo las túnicas plateadas y celestes, despuntaban los bajos de los vaqueros y las zapatillas de deporte. Manolis y otro guardia flanqueaban el icono. Lo portearían entre los dos. Él iba con un uniforme nuevo y había ido al barbero. La cara recién afeitada miraba el icono con voracidad, con bulimia. Alguien se fijó en él y se inclinó para decirle a su mujer: «Qué suerte que tenemos también a este hombre. Es respetuoso. Mira cómo murmura las palabras del metropolita, se las sabe de memoria…».

Los monaguillos mecían los incensarios, el incienso se mezclaba con el aroma del jazmín que trepaba por las paredes y lanzaba sus flores como ceniza sobre la solería. El olor no se evaporaba. Caía hacia abajo y asfixiaba a la gente. Los rojos rayos de sol pegaban en el recinto blanco, en las rejas que rodeaban el recinto, los altos muros blancos que cercaban la iglesia. Y todo ese blanco hervía, temblaba del calor, se difuminaba, se volvía incierto, como un espejismo. Los perfumes, los aromas, la falta total de aire limpio mareaban a la gente, la embriagaban. Reían sin motivo, hablaban a voces, pegaban a sus hijos. Las mujeres habían desplegado los abanicos.

—Menos mal que no hay mucha basura en el recinto —dijo suspirando una señora, que se acercó a la nariz un frasquito de colonia.

Un hombre que tenía detrás se inclinó para responderle y estornudó por la laca.

—Por favor, ¡un poco de silencio! —pidió el metropolita con la misma cadencia con la que daba la misa.

Para rehuir el calor, las ancianas se quedaron sentadas en los bancos del interior de la iglesia. Tenían los ojos cerrados y movían la cabeza, aprobando las palabras del metropolita.

—«Jerarquías de ángeles, cantando también ellos salmos de alegría»…

Había dos filas de marineros parados en atención. Iban todos vestidos de

blanco, con unos gruesos zapatos negros y polainas. Tenían el cañón de las armas apuntadas hacia la tierra, en señal de duelo por la Virgen.

Los cascos de los mulos martilleaban el suelo. Los habían encerrado en una construcción en ruinas en medio del monte porque últimamente se habían vuelto indómitos. El encierro y la falta de agua no hizo sino exacerbar eso.

Se escuchó un ruido de huesos y piedras quebrándose. El muro desapareció, cayó y aplastó a uno de los animales. Los demás mulos, desbocados, empezaron a pisar el cuerpo para alcanzar el hueco que se había abierto. Le pisotearon el vientre para coger impulso y saltar, los cascos se les llenaron de sangre, el rojo les llegó hasta el corvejón. Se colaron por el boquete y se perdieron de vista.

—«De tu sagrado tránsito, Virgen casta y pura, las multitudes de ángeles en el cielo y la raza de los hombres sobre la Tierra se regocijan»…

Había llegado la hora de la procesión. Los dos guardias se cargaron al hombro el icono y se posicionaron al inicio de la marcha. Por detrás, el metropolita, los monaguillos, los marineros y la multitud formaron un cortejo. Se pusieron en marcha. Sonaron las campanas de la metrópolis. Y en ese mismo momento empezaron a repicar también las campanas de toda la isla, de todas las iglesias. El icono entró en el puerto. Los fieles se empujaban, para ver mejor las custodias, para no perderse los salmos. Se unieron al gentío que esperaba fuera. Las mujeres se miraban entre sí, se estudiaban las ropas de fiesta: las blusas de florecitas, los zapatos blancos de salón, los encajes en los bajos de las combinaciones, el plisado de una falda. Los hombres miraban el suelo, ponían cuidado en no mancharse los zapatos con la basura, el gesto les daba un aire compungido. Manolis sentía el peso del icono sobre el hombro. Apoyó la mejilla sobre el marco dorado, cerró los ojos.

—«Llena eres de gracia, María, el Señor es contigo, bendita tú eres»…

El icono lo miraba de soslayo, le sonreía. Alrededor de la cabeza, por las manos y la túnica, le colgaban exvotos. La cara, ahogada entre las piedrecitas y los adornos, destacaba con más severidad, como si no aprobara ese derroche de oro que la rodeaba. Anillos, brazaletes, broches de diamantes de un labrado excepcional, pendientes infantiles con piedras celestes, corazones dorados, orejas, manos, piernas, ojos, riñones, arterias y otras partes no identificadas del cuerpo humano, todas en plata, colgaban enredadas tras el cristal, tan apretadas entre sí que a la Virgen parecía costarle respirar.

—«Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu

vientre, Jesús»…

Los mulos corrían enloquecidos monte abajo, en dirección al pueblo. Los primeros callejones se llenaron con las huellas rojas que dejaban sus cascos. Corrían, perdiéndose por el laberinto de calles, volvían a pasar por los mismos sitios, pintando con sangre los callejones, una capa tras otra. Tenían una necesidad imperiosa de llegar al mar. Se embalaron. El ruido de los cascos hacía temblar la isla. Llegaron a las escaleras grandes que bajaban al puerto. Levantaron en alto la cabeza, olisquearon el aire marino y cargaron hacia delante. Las escaleras se llenaron de numerosas manchas rojas, herraduras perfectamente pintadas, en relieve.

—«Y los horribles Serafines»…

En el puerto el gentío se quedó petrificado. Llegaba un rumor desde las entrañas de la isla. Al principio creyeron que eran truenos. Cuando sintieron que el suelo temblaba por el galope, creyeron que era un terremoto. Después, vieron que se abalanzaba sobre ellos un torrente negro. No les dio tiempo a comprender.

—«Abrid vuestras puertas y recibid a la Madre del cielo y la Creadora de la Tierra»…

Los mulos cargaron. El icono fue lo primero que se llevaron por delante y desapareció. Después todos desaparecieron bajo los vientres negros que les pasaban por encima. Se escuchaban gritos, chillidos de niños, solapados por el terrible galope. Los cuerpos estallaban, se desmembraban, extremidades humanas saltaban por los aires y caían sobre la basura, pintándola de rojo. Era como si la basura se multiplicara sola y digiriera las carnes humanas para acelerar y perfeccionar su propia descomposición, como si le perteneciera por derecho esa nueva masa roja que cubría el puerto. En pocos minutos la había absorbido, el puerto volvía a ser suyo. La basura desperdigada se reavivó bajo la pátina y el brillo de la sangre fresca. Las montañas de bolsas negras se pintaron de rojo. La sangre rodaba por su superficie lisa, dándole una nueva cara, de fiesta, más temible aún.

Había una mano medio enterrada en la inmundicia. En el último dedo llevaba un grueso anillo con un sello. Unas uñas pintadas de rojo surgían de una sandalia. Una cabeza flotaba en el mar, se golpeaba contra las barcas, el

pelo ondeaba morosamente en el agua roja llena de burbujas.

Los mulos dejaron atrás la masa informe de víctimas. Enfilaron al galope por la cuesta que bajaba hacia las rocas. Corrían con impulso renovado, incontrolable. Cargaban hacia delante, con los tendones del cuello a punto de estallarles. Abrieron la boca, cerraron los ojos, tensionaron las extremidades, en un encabalgamiento gigante. Y entonces los mulos se convirtieron en caballos. Cabalgaban y su piel turbia se volvió reluciente. El pelaje más corto, sedoso. Se les habían alargado las extremidades, eran delgadas, más delicadas. Cabalgaban y se elevó entonces el verdadero salmo, bajo los cascos rojos, y la isla entera se convirtió en iglesia con el cielo por bóveda. Sacudían las melenas, apoyaban los cascos pintados sobre la acera con la gracia y la flexibilidad de una bailarina, dejaban a su paso relucientes huellas rojas, con precisión, pintando y volviendo a moldear con la sangre una isla nueva. Cabalgaban. El disco rojo del sol se hundía en el mar. El rojo del mar se fundió con el muelle rojo. La isla estaba al rojo vivo. Iba a prenderse, a echar llamaradas como un volcán. También los caballos se habían prendido fuego, galopaban hacia el sol. A cada cabalgada, cortaban trozos de carne dentro de esa luz en llamas. Llegaron al borde del precipicio. Sacudiendo bellamente las extremidades, saltaron al vacío.

La noche se abalanzó sobre la isla, cayó y la cubrió con un negro más cerrado aún que las demás noches. Los lúgubres montones de basura no se veían por ninguna parte, ni tampoco los cadáveres del muelle. Pero los olores eran insoportables con el calor que hacía y con la falta total de aire: sobre todo el de la sangre. La isla entera olía a matadero. La sangre chorreaba por doquier, negra, invisible.

Manolis caminaba. El muelle estaba desierto y colmado de susurros. No podía creer que pocas horas antes el metropolita hubiese dicho allí mismo la misa, que el muelle se hubiese llenado de fieles y él, con su uniforme nuevo, hubiese procesionado el icono. Ahora estaba casi desnudo, lleno de heridas. Pisaba charcos de aguas fecales, miraba por debajo de los cuerpos, hundía las manos en las sangres y las inmundicias. Buscaba el icono. Entró en el recinto de la metrópoli para descansar. Allí, en aquel lugar cerrado, lo abrumaba el hedor. Estuvo a punto de desmayarse. Las bolsas de basura, como si se hubieran movido solas, rodeaban ahora la iglesia. El olor palpitaba a su alrededor, vivo, las paredes blancas lo reverberaban, lo intensificaban. Entró corriendo en la iglesia para salvarse. El olor quería matarlo. Se sentó en un banco, cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

Las sintió antes de verlas. Oyó el susurro, el plástico arrastrándose y esa

vibración continua y sorda del trajín. La iglesia bullía como una fábrica. Manolis encendió una vela: la basura llegaba hasta la bóveda, llenaba la sacristía, se amontonaba sobre el altar, no había lugar del que no se hubiese apoderado. Y, en su sitio de siempre, junto a los bancos, estaba colocado el icono. Manolis se acercó al banco largo, a la derecha, cerca de la sacristía, donde solía ponerse el que tenía la mejor voz del coro. Subió el peldaño. Abrió un libro de salmos: «Salterio, misa del bautismo… Oración secreta del sacerdote». Se puso a leer. Y mientras leía, la voz fue cogiendo fuerza, traspasó las paredes de la metrópolis, de la isla, se extendió por el mar:

—Pues tú, Dios indescriptible, anárquico e inenarrable, viniste a la Tierra, en forma de esclavo, a imagen y semejanza de los hombres…

Levantó la cabeza y miró la bóveda. El dios inenarrable lo miró. Manolis se cogió la cabeza entre ambas manos. Le dolía profundamente, como si le goteara sangre del cerebro. Miró la bóveda. Le pareció que la boca de Dios echaba vaho porque había vomitado. La cabeza se le llenó de imágenes extrañas: vio incontables soles escondiendo el cielo. Vio una llanura donde las mieses se cimbreaban y se partían en una ausencia de viento total. Vio peces que salían del mar y que caminaban por la tierra. Vio luego cómo el mar se retiraba y la isla se fundía con el continente de enfrente. Miró la bóveda. Su furia fue a más. En esos momentos habría matado si hubiera tenido una víctima pensada, elegida con tiempo, como las demás. Acarició el cuchillo que llevaba escondido en el fondo del bolsillo y, como hacía siempre en los asesinatos, se abandonó, con frialdad, conscientemente. Agarró el atril y lo destrozó, lo partió con sus propias manos. Se abalanzó sobre el altar y lo volcó, levantó la puerta doble del sagrario, la arrancó de los goznes, la tiró al suelo y la pateó. Volcó los candelabros. Rompió las ventanas con los puños. Las vidrieras con los ángeles de colores saltaron por los aires, se hicieron añicos. Subió corriendo la escalera de caracol que llevaba a la bóveda. Intentó desgarrar con las uñas los frescos, destrozar las caras, llenarlas de hendiduras.

Bajó corriendo, tiró todos los bancos que flanqueaban las paredes. Lanzó al suelo todos los iconos. Nueva basura se unía a la otra, a la antigua.

Se acercó a la Virgen. El cristal estaba roto. Los exvotos se habían desperdigado entre la basura. La cogió en brazos. Salió disparado de la iglesia, del recinto, se precipitó hacia el puerto y se perdió por los callejones.

29.

Mark deseaba a Dane. Lo deseaba intensamente, lo deseaba desde hacía tiempo. Dane era poco más que un crío, parecía un lobo, una comadreja. Llegaba al bar a las ocho y no se iba hasta que amanecía. Se liaba con todos, pero a Mark le decía siempre que no.

—Te quiero pintar.

—No —le contestaba Dane, que sin embargo lo miraba provocativamente.

El chico bebía zumo de naranja, nada de alcohol, «Mis padres no me dejan», decía.

Mark se obsesionó con él. Todas las noches lo rondaba como un perro por el bar, Dane se bebía su zumo de naranja, Mark se emborrachaba, se ponía como una cuba, se volvía agresivo.

—¿Por qué con los demás sí y conmigo no? —le preguntaba a gritos.

—Porque eso es lo que me pone —respondía Dane en tono sereno y meloso.

Los tenía a todos locos. Los que se habían liado con él querían repetir, algo poco frecuente con tanta abundancia de chicos. Combinaba inocencia y descaro en dosis perfectas. Dane no era un objeto. Él elegía a sus amantes. Dane era Dane.

Una tarde Mark estaba jugando al ajedrez con Stéfanos en el bar. Eran ya las diez y Dane seguía sin aparecer.

—Te como la torre, te como el alfil, te como la reina, que le den al crío de los cojones —dijo Stéfanos.

Dane llegó al bar a las diez y cinco. Mark perdió también el rey. El chico no entró, se quedó mirándolo desde la puerta. Mark conocía esa mirada, se fijó en la sonrisa que le arrugaba la cara y que hacía que pareciera una comadreja. Se acercó al chico y le dijo:

—Vamos.

Cuando se adentraron en los callejones, Mark se le abalanzó, a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—¡No! —dijo Dane—. ¿No te puedes esperar? —Sonrió—. Tengo otra cosa en mente.

Después empezó a silbar y a caminar solo, con las manos en los bolsillos. Le dio una patada a una bolsa de basura.

—No tengo ganas de habitaciones, camas y esas cosas. Esta noche tengo ganas de tierra y de aire libre. ¿Te vienes conmigo al monte?

Mark lo deseaba solo, lejos de toda distracción, preocupación, lo quería en una cárcel con una cama y una reja. Se acordó entonces del escondite de Manolis, que esa noche estaba de guardia. Nadie más conocía el lugar. Solo se lo había enseñado a él, después de obligarle a jurarle que no traicionaría el secreto. A Mark esa noche la traición le importaba poco.

—Vamos.

Subieron por la montaña a toda prisa, corriendo casi. Mark perdió la noción del tiempo. Solo veía el cuerpo delgado de Dane en la oscuridad y lo escuchaba silbar una y otra vez lo mismo. Cuando llegaron al claro, el chico empezó a pegar saltitos y a decir: «Esto es justo lo que quería. Un sitio así». Se quitó la ropa y empezó a bailar. Se volvió de pronto tan niño que su desnudo no tenía importancia alguna,
ningún peso. A Mark se le olvidó hasta por qué estaban allí. Mientras bailaba, Dane pisó algo extraño, daba la impresión de que el suelo estuviese hueco por debajo. Se agachó. «¡Mark, Mark, ven a ver esto!» Se arrodillaron los dos. Apartaron una fina capa de tierra. El icono robado estaba allí debajo. Como si alguien lo tapara todos los días superficialmente, para poder desenterrarlo lo más rápido posible, impaciente por verlo. La Virgen bocabajo, medio enterrada, miró a Dane y a Mark, tenía a Cristo entre sus brazos y la túnica se le había manchado de tierra. El muchacho se tendió y tapó el icono con el pecho. Se quedó inmóvil.

—He muerto —dijo—, he muerto.

Se levantó. Mark vio que el otro estaba empalmado. Pero su cara, extasiada, le hacía parecer un arcángel. Un arcángel en erección, fiero y glorioso.

Dane se colocó sobre el icono, con las piernas separadas, y levantó las manos en alto, triunfante.

—Ven —le dijo a Mark—. Ponte de rodillas aquí. Más para acá. Quiero verle los ojos a la Virgen. —Puso los brazos en jarras y echó para atrás la cabeza.

El pene de Dane hizo que a Mark se le excitara la boca. El chico lo guio, diciéndole que le lamiera con más suavidad, con más fuerza, más abajo. Al poco, lo cogió de la nuca y le dijo:

—Espera.

Mark levantó la mirada. La cabeza de Dane se hundía en la oscuridad. El cuerpo se erigía casto y definido en la noche, como la hoja de un cuchillo, como una cruz que rasga el cielo. A Mark se le saltaron las lágrimas.

—Chupa —dijo Dane y, al momento, añadió—: Espera.

Mark se detuvo. Lo miró. Dane cerró los ojos, se concentró, se relajó. Un torrente de orina cayó sobre el icono. Una corriente transparente e irrefrenable

le lavó la tierra, los ojos, la túnica, las mejillas le relucieron, la boca se le humedeció. Dane paró. Se acarició con familiaridad, con tanta experiencia, sabiduría y conocimiento que el movimiento se volvió sofisticado. Volvió a empalmarse.

—Menéamela. Justo como me estaba masturbando yo ahora. Olvídate de mi presencia. Mastúrbame como si te masturbaras a ti mismo, como si estuvieras solo en la montaña y estuvieras pensando en mí. Me pone que me sientas ausente. Me pone la fantasía de la ausencia, por eso cierro siempre los ojos, para concentrarme en una ausencia triunfal. Me pone la ausencia cuando todas las manos que me tocan son las mías. —Hablaba mientras Mark lo acariciaba, no jadeaba ni gemía, se mecía lentamente y hablaba, le daba instrucciones, ve más lento, más rápido, más suave, más fuerte, presiona más, así me gusta, sigue haciendo eso justo así, no pares; era preciso y severo—. Espera.

Se quedó en suspenso, con los ojos cerrados, se rio con ternura por algo exclusivamente suyo. Y de nuevo varias gotas de orina cayeron sobre el icono y fue la primera vez que Dane gemía.

Mark miró aquella cara entregada a un deseo tan íntimo y se puso celoso porque él no era más que un intermediario para otra práctica erótica que se celebraba ante él, pero aparte, en secreto.

—Acaríciame —dijo Dane—. Espera. Otra vez. Espera.

La noche se partió en dos. La tierra bajo el icono tembló, lo habían vuelto a cubrir del todo con los pies, solo se le veían los ojos, la tierra negra que la rodeaba los subrayaba, parecían maquillados.

—¡Para! —Esa vez a Dane le costó concentrarse—. ¡Basta! Aquí no. Quiero imaginarme todo esto luego yo solo.

—Ven a mi casa y haces allí lo que quieras. Quiero pintarte tendido en mi cama mientras tú fantaseas con lo que sea, quiero plasmar todas las ausencias de tu cara. —Mark cerró el puño como si tuviera un pincel en la mano. Estaba imaginándose el cuadro—. A ti te la pone dura la ausencia, pero yo lo que quiero es hacerte desaparecer en el lienzo. No me interesa nada más. —Le lanzó la ropa—. Vístete. —Lo empujó—. Date prisa. Quiero hacer tu boceto con la luz de la lámpara. Siempre pinto a mis chicos por la noche.

Cuando llegaron a su casa, Mark trajo el caballete, los pinceles, las pinturas.

—¿Tienes café? —preguntó Dane.

—Calla —dijo Mark.

—Ahora te deseo. Te deseo. Vente aquí a la cama conmigo.

—A callar. —Lo desvistió, lo tendió, lo colocó sobre la cama, encendió los focos, le separó las piernas en un ángulo concreto y le volvió la cara hacia la luz. Fue a sentarse tras el caballete, se encendió un cigarro y cogió el pincel —. Y ahora mastúrbate —le ordenó.

30.

Luca escribía. El calor asfixiante y la falta de aire la excitaban, escribía sin descanso. Había bajado al comedor, trabajaba en la mesa grande, con las contraventanas entornadas. Había folios desperdigados por doquier: por la mesa, el sofá, el suelo, incluso por la cocina. Llevaba días sin salir. Dormía. Se despertaba. Se hacía café. Escribía. La fiebre que le provocaba el libro se disparaba con el calor. Escribía con los músculos, empujaba el libro hacia el final con todo su cuerpo. Cuando llenaba la pluma, la enjugaba con la falda, con las piernas, para no tener que levantarse. Un día se dio cuenta de que casi se le había acabado el frasco de tinta. Y esa vez no había sido como en las noches de invierno, cuando se la bebía al volver de casa de Anesula. Se rio. «He dominado la tinta», dijo con fuerza y fue la mayor victoria de todas. Cuando escribía mal una palabra, no la corregía, lo haría después, al final. Ahora debía darse prisa. Esa sensación de que le quedaba poco tiempo no la abandonaba ni por un momento. Y así el libro se calaba también de una urgencia, de un jadeo. Los hechos, los sentimientos, los actos se convertían en un bloque sin matices, espléndido. Incluso el calor se coló en el libro. En los últimos capítulos les pareció que también las letras hervían, le quemaban en las manos. No conocía la razón de esa urgencia. Lo único que sabía era que Manolis marcaba ese ritmo desenfrenado también en el trabajo de ella y en todo lo que la rodeaba. Trabajaba día y noche. Ya dormiría más adelante. Mientras terminaba el libro, el amor que sentía por Manolis se fortalecía, iba a más. Lloraba, porque ahora sí podría amarlo. Por fin se acercaba la hora del encuentro verdadero. Sabía, no obstante, que no volvería a verlo y que por eso escribía con más pasión aún. Intentaba hacer que él también pasara al papel a través de su cuerpo, como las palabras, para llegar a olvidarlo.

Una mañana el libro se acabó. El sol tenía una fuerza inusual, más cercana. Metió el libro en una caja, salió al jardín y lo enterró, en el mismo sitio donde había enterrado la pluma. Justo encima plantó una flor de la paciencia para recordar el lugar exacto. Era de las pocas plantas que resistían el invierno.

31.

El sol llevaba pegando con fuerza desde por la mañana. El mar, sin embargo, traía una leve brisa y la atmósfera estaba menos cargada. La humedad de los últimos días había desaparecido. El aire era seco, vivificante. El Ayuntamiento había anunciado que seguramente ese día llegarían a un acuerdo con la empresa de recogida de basuras, que con el calor se habían secado, marchitado. La sangre se secó y se evaporó. En cuestión de unas horas el efecto benéfico del sol fue una bendición. Los lugareños limpiaban patios, encalaban escaleras. Volvieron a oírse las cigarras. Su canto marcaba la vuelta a la normalidad. Los malos olores desaparecieron. La peste de la basura se fue. Ya no olía a nada. El sol desinfectó la isla.

Mark bajó al sótano después de comer. Era la habitación más fresca de la casa. La utilizaba de bodega, era donde guardaba los vinos en verano. A veces, cuando bajaba a por una botella, se paraba a fumarse un cigarro. Le relajaba la ausencia de vistas y la semipenumbra después de la luz cegadora de los cuartos de arriba. Se sentó en una banqueta y se encendió un cigarro. Cuando levantó la vista, se fijó en que el sol se colaba por el tragaluz, que era alto y estrecho como un pozo y dejaba sobre la solería una gran mancha redonda y luminosa.

—No sabía que el sol llegaba hasta aquí. No me había fijado antes. Aunque tampoco es que me fije en muchas cosas…

Llevaba tiempo sin hablar en voz alta. Se le hizo raro. Solo hablaba así en invierno, cuando quería entrar en calor. Y ese día, conforme iba subiendo la temperatura, a él le fue entrando frío, le daban temblores como si lo hubiera atrapado una gripe. Pensó en Dane, en el suelo alrededor de la cama lleno de colillas.

—Y eso que le di tres ceniceros al muy niñato.

Subió con las botellas.

En el puerto, Antonio había dejado de servir comida. Nadie quería comer con ese calor, tampoco beber alcohol. Todos pedían agua continuamente. Al principio el camarero la llevaba en vasos, después en jarras. Al final la echaba

en garrafas viejas. Todos reían, querían pagarle por el agua, decían que el agua se volvería como el oro, que iba a revalorizarse. Reían y miraban a menudo hacia el sol. El camarero salió del local: llevaba un vaso de agua. Levantó también él la cabeza para mirar el sol. El vaso se le escapó de las manos, se le cayó al suelo y se rompió. Al agua no le dio tiempo a evaporarse. Desapareció, se diría que soplado por una boca invisible. El disco solar palideció, como si se le evaporara la sangre por el calor que él mismo despedía. El cielo se tornó espeso, lechoso. El límite entre el mar y la isla se enturbió, se volvió invisible. Los jazmines que rodeaban la metrópoli no olían ya a nada. También los aromas agradables desaparecieron.

●○

Mark trabajaba. Sentado ante el caballete, bebía lentamente el vino y pintaba. El boceto de Dane se convertía en óleo. El color iba cayendo y cubriendo los débiles trazos de lápiz, los glúteos de Dane cobraban vida con todas las tonalidades del rosa y del café. Mark borró de aquel cuerpo efébico, liso y frágil, toda vulgaridad. El retrato de Dane empezó a parecerse al del resto de los retratos decapitados de chicos que había apilados por el suelo y que colgaban de las paredes hasta el techo. El calor les sentaba bien. Parecían sudar. En el horno que era su dormitorio, conforme pasaron las horas, sus movimientos se volvieron más inciertos aún, más vacilantes. Un cuadro se fundía con el otro, manos que salían y palpaban los cuerpos de al lado, los chicos intentaban en vano unirse. No con ánimo erótico. No soportaban la soledad a la que los había condenado el pintor al encerrarlos solos en esos cuadros. Mark estaba ligeramente borracho. El vino y el calor le excitaban, tenía agudizados todos los sentidos. Hacía tiempo que no se concentraba tan plenamente, con tanta satisfacción. Cantaba por lo bajo una vieja canción francesa, pintaba con cuidado el ombligo de Dane, poniendo con el pincel un poco de morado en la cavidad rosa.

●○

Bajó al sótano a por vino. Ante la puerta el ánimo le cambió de golpe. Lo inundó una oleada de miedo. Últimamente le venían a menudo esos ataques de pánico. Siempre lo pillaban desprevenido, lo recorrían como una corriente eléctrica y desaparecían sin más. Se había acostumbrado a ellos y no le daba ya importancia. Abrió la puerta.

Algo lo sorprendió en la habitación. Miró alrededor. Estaba todo en su sitio, como lo había dejado hacía unas horas. Sin atender a explicaciones, aquella normalidad lo aterraba. Le parecía superficial, antinatural, sospechosa. Todo el espacio se había convertido en una distracción, un engaño que le impedía

localizar una anomalía horrible. Una nueva oleada de pánico lo golpeó en la barriga, se le llenó la boca de bilis. Ahora el temor lo protegía, era una última defensa del organismo que le impedía ver. Se le contrajeron los músculos, empezaron a temblarle sin control. Era un tartamudeo del cuerpo, como si hubiera enredado sus funciones, como si el cuerpo no siguiera ya el pensamiento. Se dobló en dos. Al agachar la cabeza sintió que algo le quemaba con tanta fuerza en la nuca que creyó que le había picado una avispa. Levantó la mirada, miró al tragaluz. El sol, en lo alto del cielo, pegaba en el sótano, dejando sobre la solería la misma gran mancha redonda.

●○

La claridad que despedía el cielo se volvió de pronto letal. Fue un cambio repentino. El calor alcanzó de golpe cotas desconocidas. Las tiendas y los bares cerraron. La isla se quedó desierta.

●○

En el Bill's bailaban bajo los ventiladores. Stéfanos jugaba solo al ajedrez, se echaba vaselina en los labios cada dos por tres y pringaba los peones. Hacía una hora que había dimitido de barman cuando, borracho, había levantado los ojos y había visto el sol balancearse encima del patio, a punto de caerse. Bill también había levantado la mirada en ese mismo momento.

—Good for you, boy, I am quitting too —le dijo.

Stéfanos estaba ahora tendido sobre dos almohadones rojos.

—A vodka, please! —le gritó a alguien que pasaba.

La clientela se servía sola las copas. Habían dejado los combinados y ahora ya solo bebían licores a secas.

—Drink up, old chap! Good for the heat! —decía Bill dándoles palmaditas en la espalda.

Estaban todos allí. Sue, ciega perdida, hizo un extraño striptease. De desnuda que estaba, fue vistiéndose lentamente, poniéndose los vaqueros y la camisa de Günther. Este se puso la falda de ella y se contoneó al son de la música mientras se bajaba lentamente la falda hasta las caderas.

—I want to be a nigger! I want to be a nigger! —gritaba Sue.

—Baby you are! Baby, you are as black as this fucking sun! —gritó Bill señalando el sol con el dedo.

Sue miró el sol y se desmayó. La tendieron sobre una mesa. Ron abrió el grifo para aguar un poco el whisky. El agua salía ardiendo, llenó el bar de vapor, le quemó las manos. Se echó a llorar. Stéfanos lo abrazó y le echó vaselina en las ampollas.

Bill anunció que iba a cerrar las puertas.

—To keep out the beast!

Era el que estaba más sobrio, veía que el calor acechaba en el patio, dispuesto a abalanzarse sobre ellos.

—Stéfanos. The doors!

Stéfanos se levantó dando tumbos, cerró las puertas de cristal, echó la llave y se la guardó en el bolsillo. Volvió a su partida de ajedrez. En el espacio cerrado, los ventiladores hacían un chirrido insoportable, la música resultaba ensordecedora. Bailaban desnudos, fuera de sí por el calor. Sue se había caído de la mesa, la pisoteaban, tenía el cuerpo lleno de cardenales. Cogían las botellas de los estantes, bebían a morro. La ginebra, el whisky, el tequila echaban vaho, les quemaban los ojos y las mejillas. Cuando se fue la luz, no comprendieron qué pasaba. La música estaba eclipsada por las voces de modo que, cuando se cortó, no notaron su ausencia. Sí que vieron, en cambio, que los ventiladores giraban más lentos, temblaban una última vez y se quedaban quietos.

—¡Stéfanos! ¡La llave! —gritó alguien.

Pero nadie se movió. El barman, solo en una esquina, estaba absorto en el juego y no escuchaba.

—Check mate! —anunció y cayó inconsciente encima del tablero y los peones se desperdigaron por el suelo.

A los demás, que estaban ya en el último estadio de la borrachera, el movimiento de Stéfanos, que se multiplicó en los espejos que tenía detrás, les pareció lento, inacabado, como el plano de una película que se detuviera también por falta de corriente. El bar entero se desgajó violentamente del mundo exterior.

Dentro, con la nariz pegada al cristal, abrían y cerraban la boca mudos, como peces en una pecera. Las manos, así, deslizándose por las puertas cerradas, parecían aletas. La asfixia, que les alteraba los rasgos y les llenaba de lágrimas los ojos, les daba un aspecto de diversión loca, como si siguieran cantando.

El calor penetró por las rendijas, se extendió por el suelo y empezó a subir.

Los callejones se llenaron de fantasmas: los que todavía se atrevían a salir se cubrían la cabeza con toallas o sábanas mojadas. Corrían para ponerse a salvo. Otros tenían más aguante. Salían sin nada en la cabeza, bajaban al puerto, esperaban a que ocurriera algo. Miraban en dirección al sol.

—¿Cuándo piensa ponerse?

—¿No tendría que estar ya más bajo en el cielo?

—No, es el día más largo del año. Simplemente tarda.

—Pues yo te digo que lleva horas sin moverse del sitio.

—¿Estás loco o qué? ¿Cómo va a quedarse quieto el sol?

—Que no se pone, hombre, ¿es que no lo entiendes? ¿Cómo quieres que te lo diga? ¡Que el muy puñetero no se quiere poner!

Lo habrían linchado de haber podido. Dos enfermeros pasaron por delante corriendo, con una camilla. Encima, un viejo abría y cerraba la boca.

—¿Qué le pasa, chicos?

—¡Está deshidratado! Tenemos el ambulatorio lleno. Se nos ha acabado el suero.

—Échale retsina en el gotero.

Los enfermeros estallaron en risas. Los otros se encendieron un cigarro. Les gustaba ese tema de la deshidratación. Ese estado de necesidad urgente, el ambiente bélico, los distanciaba de otra cosa, de un terror indeterminado pero intenso.

Todo, la isla, el cielo, el mar, se volvió totalmente blanco. El disco solar que caía a plomo sobre la isla lanzaba ondas de calor cada vez más intensas, más frecuentes, como colosales contracciones. En el monte, las serpientes salieron de sus agujeros, empezaron a bajar hacia la ciudad en busca de agua. Los lagartos se colaron en los sótanos de las casas. Las arañas y los escorpiones salieron de los pozos secos, se escondieron bajo las camas.

En el puerto, los peces saltaban en el aire, como si el mar quemara. Bancos enteros volaban fuera del agua y formaban grandes arcos. Los peces voladores llegaban hasta el muelle, caían en montones sobre las baldosas y se retorcían.

A las afueras del pueblo una mujer vio que el sol se reflejaba en su pozo. Pasadas unas horas, volvió a mirar y todavía estaba allí. La tercera vez que fue, un buen rato después, volvió a mirar. El sol seguía allí, en el mismo sitio.

En ese mismo momento Plácido pasó por delante del ambulatorio. Miró la fachada. En una ventana vio a Alfred o a su fantasma. Estaba maquillado, tenía puesto un camisón de encaje y unos pechos postizos, mientras que el pelo, suelto, le llegaba hasta las rodillas. Le dedicó una sonrisa provocativa y le hizo señas de que se acercara. La sonrisa se torció entonces en una mueca horrible, obscena, vulgar, con la familiaridad y la complicidad de otros tiempos, como cuando en invierno Alfred apagaba la luz, se le metía en la

cama y se le pegaba a la espalda. En aquel silencio absoluto y aquella parálisis del calor, Alfred movió imperceptiblemente los labios y le susurró:

—¿Por qué no subes y echamos una siesta? Todavía nos queda un rato.

Para evitar aquella horrible visión, Plácido cometió el error de mirar al cielo. El sol le quemó los ojos instantánea y eficazmente, no sintió dolor alguno. Se sumió en la oscuridad con alivio. Le pareció refrescante, sombreada, húmeda como una caverna. La cabeza se le llenó de sonidos marinos, la noche que lo rodeaba tenía tersura de terciopelo, como un cielo estrellado. Nunca había sentido tanta calma. Ahora que no veía, la secuencia de hechos se desplegaba ante él con claridad. Le pareció poco interesante, insignificante. Alfred había ido a la isla para morir, con el único fin de aparecérsele ahora en la ventana del ambulatorio y hacerle mirar el sol. Comprendió otros hechos, su infancia, cosas inexplicables, deseos, miedos, impulsos. Le parecían insignificantes ahora que la oscuridad las iluminaba con tanta precisión. Se sentó en una piedra y se palpó la ropa en busca del tabaco y del mechero.

Mark había cerrado todas las contraventanas de la casa. Se pasaba las horas en la oscuridad más absoluta. Pensó que debía de ser de noche ya, no podía ser de otra forma. Bajó las escaleras. Cuando abrió la puerta del sótano, la luz le cegó. El sol estaba justo en el mismo sitio, pegando de plano por encima del tragaluz.

Al salir de la casa cerró la puerta con llave por primera vez en su vida. El sol lo rodeó como un torbellino. Le pareció que el calor debía de haber superado la temperatura del fuego. Su instinto le advertía de que no levantara la cabeza mientras al mismo tiempo se apoderaba de él un deseo irresistible de mirar el sol. Se le agrietaron los labios, la lengua se le hinchó. Pero la sorpresa no fue el calor. Lo que lo embargaba era la felicidad total. No la había sentido desde que era pequeño, cuando fieras e inexplicables oleadas de alegría lo dejaban sin respiración. Bajo aquel sol inefable, volvió a sentir la misma alegría que entonces, entendió que por fin el círculo se cerraba. Suspiró de alivio. Los años del infortunio —un infortunio ficticio que él mismo se había creado para soportar el tedio y la soledad— se detenían allí y entonces. Los años de la pasión, de la creación, le parecieron cómicos. Se sintió ligero y despreocupado como un crío. Bajo aquel brillo, el mundo volvía a ser oscuro, misterioso. Había necesitado ese resplandor, que, en lugar de revelar, recubría para siempre el contorno, las curvas, las cavidades del universo, para comprender que llevaba años pintando una naturaleza falsa: no había estaciones, el día no sucedía a la noche, no había horas, la luz que tanto lo había atormentado no cambiaba nunca. Es decir, no había entendido nada.

●○

El cuartelillo era un horno. Los guardias, desnudos de cintura para arriba, se vaciaban en la cabeza las botellas de agua mineral. El comandante leía a Cavafis. Detrás, uno de los muchachos lo refrescaba echándole agua en la cabeza, con cuidado de que no le entrara el agua en los ojos.

—Más lento, vamos, Yanis, quiero saborearlo bien. —El comandante suspiró—. Este Cavafis es infumable. ¿Dónde está el sentimiento? A mí cuando leo me gusta ponerme un poco triste, plantearme cosas. Pues aquí no hace más que hablar de sofás, lamparitas y espejitos. Y tanto que dicen de la homosexualidad…, yo no la veo por ninguna parte. De vez en cuando piensa en algún muchacho que conoció de joven… Vale, muy bien, ¿y no pienso yo también en mi sobrino? En fin… De todas formas, con este calor no está mal, me calma. En el fondo me quiero instruir. Imagínate que me diera por leer otra cosa que me hirviera la sangre… ¡me daría un sofocón!

Mark entró en el cuartelillo. Se sentó frente al comandante, se sacó del bolsillo un cigarro medio aplastado y se lo llevó a la boca. El comandante se quedó expectante.

—Quiero hablar con usted. Pero que salgan todos los demás.

●○

El comandante hizo un gesto imperceptible con la cabeza. Los demás se largaron cerrando la puerta tras de sí. Se quedaron los dos solos. Mark le sonrió casi con ternura.

—Te da miedo quedarte solo, ¿eh? Que no te dé vergüenza. Yo también me cago vivo.

El comandante esperó. Ese día le pareció de lo más normal que lo tuteara. Mark miró por la ventana y luego habló distraído, como hablaba solo en su casa.

—He venido a denunciar a Manolis. Ha sido él quien los ha asesinado a todos y quien ha robado el icono.

El comisario lo miró perplejo.

—¿De qué Manolis hablas? ¿Del nuestro?

—Del vuestro y del mío.

—No te creo.

—Da igual lo que quieras creer. Los asesinatos hace tiempo que me los confesó. En cuanto al icono, lo encontraréis enterrado en un claro del monte, detrás del monasterio. No conocéis el sitio. Manolis me obligó a jurarle que no se lo diría a nadie. Lo encontré anoche.

—¿Y qué hacías en el monte por la noche? ¿Estabas solo?

—Más o menos.

—¿Y quién me dice que no robaste tú el icono? ¿Que no eres tú el asesino?

—Imbécil —dijo Mark—. Hace tiempo que quiere que lo cojan. Me lo dijo: si me cogen, lo confesaré todo. Quiero que me arresten, que termine todo esto.

—¿Tienes alguna sospecha sobre el móvil?

—Sí, pero no te incumbe.

—¿Lo acusas de otros delitos?

—Sí: no es quien aparenta ser.

—¿A qué te refieres? ¿A que va por ahí con una identidad falsa?

—Sí.

—¿Conoces la verdadera?

—Sí. Pero eso tampoco te incumbe. Tú arréstalo por los asesinatos y lo del icono. Lo demás no te compete.

El comandante se puso en pie. Abrió la puerta, miró a sus guardias. Tartamudeó por la rabia y la conmoción que sentía:

—Manolis —consiguió decir—. Cogedlo.

Los guardias se dispersaron por la isla. Empezaron por el pueblo. Entraron en las casas, se encontraron con personas que morían viendo la televisión en la cama. En los cuartos oscuros, la imagen temblaba por el calor, alguien hablaba del tiempo en las noticias. Los televisores estaban encendidos por toda la ciudad. Se escuchaba el mismo programa tras los postigos cerrados. Registraron las casas una a una. Un guardia vio a un viejo friendo dos huevos en su mesilla de noche, directamente sobre el mármol. Mojaba pan en la yema. Se sentó en el poyete que había a las puertas de la casa y se echó a llorar. Dijo que quería quedarse allí a vivir, que siguieran sin él, que podía soportarlo todo salvo aquella visión de unos huevos friéndose solos en el cuarto en penumbra. Dijo que querría morir si pudiera. Se echó a reír, a decir que volvería al dormitorio, que ayudaría al viejo a freír patatas. Los otros lo dejaron entonces. Salieron del pueblo y se dirigieron al monte.

En el monte, el calor había carbonizado las hojas de los árboles. Había secado el suelo, se había adentrado en las profundidades de la tierra, absorbiendo su humedad. Sobrevolaba la isla a poca altura, como una enorme sombra alada, quemándolo todo a su paso. Los guardias conocían bien el terreno. Miraron en cada barranco, cada cueva, subieron hasta el monasterio, registraron todas las celdas, rompieron las puertas cerradas con llave, bajaron a las cisternas. Manolis no aparecía por ninguna parte. Siguieron subiendo por la montaña. A uno le dio una insolación, lo dejaron por el camino. Llegaron al claro. Cuando vieron el icono a medio enterrar, sintieron cerca la presencia de Manolis. Los óleos del icono se habían derretido. Riachuelos de verde le corrían de las cuencas de los ojos y le surcaban las mejillas. El calor había

dejado ciega a la Virgen. Estaba desfigurada. La pintura roja le caía de la boca al cuello, al pecho, le manchaba de sangre la túnica. Los colores se mezclaban entre sí y la cara se le contraía en consecuencia, cambiaba constantemente de expresión, se alteraba a una velocidad de pesadilla. Ninguno se atrevió a levantarla. Ni tampoco a darle la espalda ahora que estaba a la vista. Le echaron más tierra y la enterraron del todo.

Llegaron a unas ruinas que había cerca de la cima. Una vez más, notaron muy viva la presencia de Manolis. Intentaron buscar un sitio sombreado para descansar la vista. Se escupieron en las palmas para humedecerse la frente. No les quedaba ya saliva. Se echaron en el suelo. Empezaron las alucinaciones. Medio cegados, veían figuras que pasaban por delante de ellos y, a cada vez, creían que era Manolis. Uno incluso aseguró que le había venido el olor de su tabaco: el Camel olía distinto. Se escucharon unos ladridos y entonces unos perros se precipitaron sobre la casa en ruinas. El abrevadero donde solían beber agua se había secado. Lamieron las piedras ardientes y resecas, en busca de una gota. Empezaron a ladrar para trasmitir el mensaje más allá. Las voces se volvieron más agudas, histéricas. Las patas les ardían al pisar la tierra, empezaron a pegar saltitos y, cuando la sed fue a más, a morderse entre sí, intentando calmar la sed con unas gotas de sangre.

●○

Mark estaba en la playa de la Hydronetta. Había cogido la mejor mesa al borde del precipicio. Le colgaban los pies en el vacío. Tenía sed. Entró en el bar: las botellas habían estallado del calor, el suelo se había llenado de cristales. No salía ni una gota del grifo. Rompió la máquina del expreso: se había acabado el agua, las cañerías estaban oxidadas, parecían llevar años en desuso. Salió de nuevo, se rebuscó en los bolsillos, no le quedaba tabaco. El suelo estaba lleno de colillas. Las recogió, se llenó los dos bolsillos. Se sentó a la misma mesa, las fue colocando con cuidado: las más grandes a la izquierda, las más pequeñas a la derecha, como hacía con los pinceles. Empezaría con las pequeñas. Las grandes las dejaría para el final.

—Es de día. Es de día y tengo que hacer que me levanto, que sonrío con picardía porque estoy pensando en mi trabajo, que me hago un café. —Esa frase pertenecía al ritual del invierno—. ¿Por qué me habrá venido ahora a la cabeza?

Las colillas sobre la mesa le hacían sentirse más solo incluso de lo que lo hacía la isla desierta. Empezó a llorar en silencio. Las lágrimas le rodaron hasta las palmas extendidas, se lamió las gotas:

—Jamás habría imaginado que mis propias lágrimas me regalarían unas horas de vida.

Intentó llorar un poco más. Le parecía cómico, se sintió de pronto bien. Encendió la primera colilla, se quitó la camisa, se puso las gafas.

—Me voy a poner moreno. Me pondré moreno por primera vez en mi vida. —Se echó en la tumbona de tela.

Mark era bajo, menudo como un niño, pero todo arrugado. El pelo, en otros tiempos rubio, hacía años que le había encanecido y había adquirido un color amarillo sucio. Su cara, un dechado de arrugas, parecía la de un simio. Y como con los simios, las incontables hendiduras que lo surcaban le conferían una fluidez que hacía que pareciera una superficie líquida que se ondulaba de continuo por el viento. La más mínima contracción lo derrumbaba por completo, le cambiaba toda la arquitectura. Tenía una cara que no cambiaba de expresión: cambiaba de sitio, como un decorado móvil. Un decorado en el que continuamente añades y quitas elementos y vas transformando el espacio sin parar. La cara de Mark parecía un decorado recargado, un cuadro en el que cada figura, concentrada en lo que hace, ignora a la figura que tiene delante, mientras que todas juntas tejen un febril conjunto, complejo e inútil. Sus ojos tenían un color azul claro, descolorido, con una mirada que nadie soportaba, ni él mismo. El día que había intentado retratarse a sí mismo mirándose al espejo, en cuanto llegó a la mirada, tuvo que abandonar la tarea. Lo aterraba la combinación de dolor e ironía que vio en sus propios ojos. Comprendió que la ironía no estaba allí para ocultar el dolor. Por el contrario, el dolor era una distracción, para ocultar su naturaleza más profunda, que era irónica. No volvió a mirarse en un espejo. Desde entonces llevaba siempre gafas de sol, incluso de noche, a veces incluso durmiendo. Solo a Manolis le había enseñado los ojos. Sintió de pronto que no volvería a verlo. No porque él fuera a morir, sino porque la época de Manolis había pasado. La primera vez que lo vio, aquel día del carnaval, había pensado: «Es la hora de que exista esta cara». Y ahora había llegado la hora de la despedida. Lo echaría de menos. Echaba de menos también su casa, una taza blanca con flores azules que había dejado al lado del caballete, una taza que odiaba.

Se miró el cuerpo. No se había despellejado. La piel se le había despegado del todo y le había dejado la carne a la vista. El sol lo penetraba con gran virtuosismo. Se encendió de pies a cabeza. Los brazos, las manos, el cuello, el pecho, la barriga se le convirtieron en fogatas de deseo. Estaba preparado. En el último momento lanzó las gafas al vacío, levantó la cabeza, miró directo al sol.

—Por fin —dijo.

●○

A la isla se le había pasado el miedo. Se abandonó al sol, se abrió como un

cuerpo. Nadie volvería a cansarla, no la herirían ni de mirada ni de pensamiento. Se veía su forma con nitidez: una roca negra desnuda y, en el centro, frente al mar, la ciudad, pequeño pétalo de un blanco cegador dentro de la negrura. Las casas, construidas en la ladera, rodaban hasta el puerto con una gracia increíble. Vista desde arriba, la ciudad parecía un pájaro blanco que apenas posaba las patas en la tierra, impaciente por volver a volar. Y por doquier las rocas. Se hundían en el mar y le daban a su color reflejos metálicos, creando una segunda isla en las profundidades, un espejismo de la otra.

La isla nunca se había visto tan bonita. El sol la descubría. El silencio se volvía sonido.

Hacía un día estupendo. En el bar de Antonio las desgastadas tumbonas rojas llenaban el muelle. A las puertas de las boutiques, colgaban las faldas, las camisas, las sandalias de plástico para la playa. La panadería tenía la puerta abierta. En el mercado las cajas estaban desplegadas sobre los puestos, las cestas apiladas al fondo de las tiendas, las balanzas colgaban vacías, preparadas. Pueblo adentro, el cuartelillo y el ambulatorio parecían hoteles con sus puertas abiertas de par en par. En el Bill's, el patio, con las orzas de barro bien en fila, las sombrillas abiertas, las mesitas blancas lacadas, esperaba los clientes. En el tablón de anuncios de la playa se anunciaba la sesión de noche del cine de verano. En las fotografías una mujer besaba a tres hombres distintos, cuidándose de no estropearse el pelo.

Hacía un día de verano estupendo. Y en el cielo lucía inmóvil el sol.